

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Homoidoscopio Divino. Hacia una literatura queer

a partir de la tradición grecolatina

Obra creativa con poética

TRABAJO RECEPCIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A

LOURDES NANCY CHÁVEZ CERVANTES

D I R E C T O R

DR. ISAÍ MORENO ROQUE

Ciudad de México, septiembre de 2025.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

ÍNDICE

Resumen • 3

Introducción • 5

P O É T I C A

MARCOS

1. Delimitando dioses queer • 10

2. De la tradición clásica a la teoría queer • 19

ANÁLISIS

3. El llamado homoerótico de la musa • 33

4. Definiendo lo indefinible: lo queer de la teoría a la literatura • 45

5. Especificidades del *Homoidoscopio Divino* • 58

Conclusiones • 82

Referencias • 85

O B R A C R E A T I V A

Homoidoscopio Divino • 92

RESUMEN

El *Homoidoscopio Divino* es un compendio de cuentos que está sustentado por una poética que explica el proceso creativo y teórico para reformular los mitos griegos clásicos y utilizarlos en la escritura de cuentos que aborden lo queer como elemento central. Aunque el proyecto se inscribe en la tradición grecolatina, se aparta de los cánones establecidos, ya que en lugar de situar a los héroes como protagonistas –como en obras clásicas como *La Ilíada*, *La Odisea* o *La Eneida*– se opta por destacar a los dioses, situándolos en el centro de la narrativa, lo que permite explorar el homoerotismo desde una perspectiva subversiva y literaria.

Esta premisa fundamenta que la mitología no solo es un legado ancestral, sino también la base desde la que se erige el cuento moderno. En este sentido, se plantea que la transformación de los mitos es inherente a la literatura, ya que éstos sirven de pretexto para crear nuevas narrativas que se adaptan a los contextos culturales y sociales de cada época. Este proyecto, se caracteriza por tener un contexto abiertamente homosexual y queer, donde lo raro es la heterosexualidad, haciendo énfasis en que el amor y el deseo en la antigüedad ya se manifestaban de formas diversas, como se observa en la literatura de la tradición griega.

Así mismo, se reflexiona sobre la evolución del activismo y la teoría queer. Describiendo cómo el movimiento gay fue cediendo terreno a la teoría queer, y que “queer” en sí es un concepto que se consolida como un término paraguas para designar todas las identidades y orientaciones no normativas. Se destaca que, mientras el movimiento gay buscaba el reconocimiento dentro de categorías preestablecidas, la teoría queer cuestiona la rigidez del binarismo de género y la heteronormatividad, proponiendo una visión más fluida y diversa de la identidad sexual. Se recurre a definiciones extraídas de autores contemporáneos que evidencian cómo lo queer simboliza la inclusión y la resistencia a

clasificaciones fijas, y se establece un paralelismo entre manifestaciones culturales grecolatinas y contemporáneas –como el carnaval, las fiestas dionisiacas y las celebraciones del orgullo– que crean espacios de resistencia y renovación, en los que lo reprimido se transforma en motivo de orgullo y resistencia, reafirmando la función transformadora de la literatura queer.

El compendio *Homoidoscopia Divina* se estructura en cinco cuentos –dos independientes y tres interconectados– que, en conjunto, conforman una narrativa continua. Se describe el proceso de gestación de estos relatos, recursos narrativos clásicos y modernos, y la recreación de ambientes que evocan tanto el rigor de la tradición grecolatina como la flexibilidad de la literatura queer y juvenil actual.

PALABRAS CLAVE

Literatura, queer, cuento, mitología, grecolatinos.

Poética del Homoidoscopio Divino

INTRODUCCIÓN

* * *

INTRODUCCIÓN

La sección del libro que tiene frente a usted fue redactada con el firme propósito de responder a las dudas sobre el origen y desarrollo de esta compilación de cuentos titulada *Homoidoscopia Divina*. Tales respuestas se deslindan, desde luego, de toda pretensión inefable o endiosada. Aquí no hablaré como esa diosa interlineada, narradora hilandera que entrelaza destinos desde el Hades, como lo hicieran las mismas Moiras, sino con el desenfado que se reserva para la amistad: de igual a igual.

Planteadas estas perspectivas, seguro mi amigo lector desespera por saber más sobre el impulso detrás de este libro. El tema elegido contiene conceptos que considero pertinente esclarecer desde el principio: el gusto por la mitología, la necesidad de reimaginarla desde lo contemporáneo y, sobre todo, la mirada queer con la que ha sido narrada. Por ello, me interesa aclarar que hablaré como autora, y no como figura externa a estos relatos.

Ahora bien, cuando menciono “teoría queer” y “literatura queer”, ¿a qué me refiero? La teoría queer no es solo un marco crítico, sino una forma de mirar el mundo con lentes que descolocan lo fijo, que interrogan lo “normal” y dan permiso a los cuerpos y deseos para respirar con libertad. La literatura queer, por su parte, no se limita a representar personajes LGBTQ+, sino que rompe moldes narrativos, juega con las voces y afirma otras formas de existir. Entre ambas —la teoría como pensamiento y la literatura como creación— se teje este *Homoidoscopia Divina*, donde los dioses griegos se transforman en personajes que desafían tanto al Olimpo como al papel que representan. Porque si algo aprendimos de los mitos es que están vivos, y que la forma más vital de narrarlos es desde el deseo y la imaginación.

Comencemos, entonces, con los conceptos básicos (que se van a ampliar a lo largo de este texto). En *La mitología contada con sencillez*, David Hernández de la Fuente (2005) explica que un mito es una narración antigua, transmitida oralmente, que relata historias de dioses o héroes relacionados con el rito religioso. Sin embargo, también señala que, con el tiempo, los mitos se despegan del rito y viajan por el imaginario colectivo en múltiples formas, convirtiéndose en materia prima cultural. A diferencia del cuento popular —más estructurado, más limitado en sus interpretaciones—, la mitología se presenta como un mosaico polifacético, sin patrones temáticos fijos ni fronteras claras.

Carlos García Gual (2003), en su ensayo “Los mitos griegos en la literatura de nuestro tiempo”, también distingue entre mito y cuento: los cuentos asignan nombres simples o genéricos a sus personajes (Juanito, el lobo, la bruja), mientras que en los mitos los nombres portan linaje y peso: Polifemo, Circe, Tifón. David Hernández (2005) añade que los cuentos no requieren precisión contextual, mientras que los mitos sí: evocan atmósferas reconocibles.

Además, remarca las fronteras nebulosas y discutidas entre el mito y el cuento, iniciando con algunas consideraciones generales, en las que, a pesar de que ambas clasificaciones coinciden en ciertas líneas argumentales (por ejemplo, las narraciones acerca del único sobreviviente que vuelve, o el hijo menor que salva a sus hermanos, etc.), la diferencia fundamental reside en que los personajes del cuento popular son simplemente arquetipos y se limitan a eso, ya que carecen de una psicología compleja o de un desarrollo individual dentro del relato: son figuras funcionales al esquema narrativo, no sujetos con matices internos. En cambio, el mito permite que sus personajes tengan una gama infinita de interpretaciones, pues en ellos se proyectan tanto dilemas humanos como dimensiones simbólicas profundas. Por eso, figuras como Heracles no tienen una única historia, sino una constelación de relatos.

Para ahondar más en este tema, Joseph Campbell presenta *El viaje del héroe* (1990), que hace referencia a un patrón fundamental descubierto en numerosas historias o mitos provenientes de todo el planeta. Inicialmente, esta idea fue difundida y detallada en su totalidad en *El héroe de las mil caras* (1949) y, en resumen, es una estructura narrativa impulsada por la motivación del héroe por transformarse o lograr un objetivo superior. Aunque no es el foco de este proyecto, vale la pena mencionarla para entender mejor el trasfondo universal que comparten estos relatos. Lo importante aquí es observar cómo estos elementos del mito se adaptan al formato del cuento sin perder su fuerza simbólica.

Guillermo Samperio (2005), al hablar de la estructura del cuento, menciona a Vladímir Propp, un autor fundamental para entender el cuento tradicional, y que identificó 31 funciones narrativas y ciertos roles fijos como el héroe y el villano, en su libro *La morfología del cuento* (1928). Aunque el cuento moderno ha transformado muchas de estas funciones, persiste una constante: “todo relato lleva implícita o explícitamente dos líneas de acción que chocan” (Guillermo Samperio, 2005, p. 98).

Lo que se hace aquí es tomar personajes míticos y fijarlos en papel, acotando sus infinitas posibilidades para darles forma narrativa. Su poder arquetípico permanece, pero se adapta a una estética y una intención queer: no como entes lejanos, sino como figuras reconocibles que encarnan conflictos identitarios y emocionales contemporáneos.

Estos cuentos no son solo un divertimento; son un acto de resistencia. En ellos se combate el prejuicio desde el cuerpo de los dioses, resignificados para que sus dilemas no se reduzcan a sus preferencias sexuales, sino que aborden problemáticas complejas de otra índole. Como bien dice Rubén Serrano en *Asalto a Oz* (2019):

Cuando dábamos con estas historias, las guardábamos como si fueran una reliquia.

Eran la única forma de saber que no estábamos solos y solas. Que no éramos las

únicas personas del planeta que se sentían así. Nos sentíamos acompañados. Por eso tenemos la necesidad de leernos, de encontrarnos y de identificarnos. Este libro es un espacio para todo eso. (p. 8)

Y aún más poderosa es su reflexión, cuando cita a Duval:

«Nadie tiene tanto poder sobre la construcción de la realidad como alguien que escribe». Aquí estamos. Encontraos. Identificaos. Leeos. Daos un abrazo. Si nos vieran, Federico García Lorca, Gloria Fuertes, los hermanos Moix y Esther Tusquets estarían orgullosos y orgullosas de lo que estamos creando. (p. 16)

El resultado de este trabajo me enorgullece. Es el libro que me hubiera gustado encontrar cuando buscaba relatos donde los dioses fueran personajes temáticos: no herramientas narrativas, sino portadores de sentido. Así es como entiendo ese término: personajes cuya construcción está profundamente ligada al desarrollo de una idea central. En palabras de Edward Morgan Forster (1927), en *Aspectos de la novela*, señala que algunos personajes son creados específicamente para encarnar conceptos o emociones, y no tienen vida fuera de ellos. A diferencia del personaje funcional, que cumple un rol estructural dentro de la trama, el personaje temático encarna y dramatiza las ideas clave del universo narrativo. Para mí, esos son los verdaderos protagonistas.

Y como toda creadora tiene derecho a jugar a ser diosa en su mundo narrativo, aquí empiezo. Bienvenido, lector. Que las letras te hablen y los dioses te guíen.

Capítulo 1

DELIMITANDO DIOSES QUEER

Poética del Homoidoscopio Divino

DELIMITANDO DIOSSES QUEER

Estimado lector, esta poética nació como un manual para reformular los mitos griegos clásicos desde una mirada narrativa contemporánea. Su objetivo era explicar la elaboración de *Homoidoscopio Divino* y mostrar cómo una parte modesta de los vastos conocimientos mitológicos puede pasar por un proceso creativo donde la homosexualidad —como rasgo clave de sus personajes divinos— se sublima hasta conformar un cuento moderno.

Sucede también que este proyecto buscó, desde su origen, insertarse dentro de la tradición grecolatina, en diálogo directo con los relatos épicos como *La Ilíada*, *La Odisea* y *La Eneida*. En estas obras, la figura del héroe humano ocupa el centro narrativo, mientras que los dioses, aunque fundamentales, suelen operar como fuerzas externas: catalizadores, aliados o antagonistas que orientan el destino, pero rara vez recorren un arco emocional propio. Si bien existen otras obras donde las divinidades desempeñan roles protagónicos — como ciertas tragedias de Eurípides o comedias romanas donde intervienen desde el prólogo—, el foco de este proyecto opta por reinterpretar el modelo épico más que el dramático o satírico.

Desde esa perspectiva, colocar a los dioses como protagonistas es un gesto consciente de desplazamiento que no implica una ruptura con lo clásico, sino la transformación de esas figuras arquetípicas en sujetos narrativos complejos: atravesados por la emoción, el deseo y la contradicción. Es un giro afectivo y poético que reconfigura la épica desde adentro, sin anular sus estructuras y abriéndolas a nuevas sensibilidades. Esta transformación parte de una mirada queer: desplazar el centro de la norma heroica, enfocar los márgenes simbólicos y humanizar lo sagrado a través de otra forma de sentir y contar.

En este sentido, los dioses en la narrativa antigua pueden entenderse, como apunta Walter F. Otto (1954), como encarnaciones de fuerzas cósmicas que van más allá de ser personajes psicológicos: “no realizan milagros en el sentido mágico, sino que encarnan realidades propias de la naturaleza, el coraje o el orden universal”. Su función no se limita a actuar como humanos elevados, sino a manifestar lo inasible: principios abstractos, dimensiones inmateriales que afectan el devenir sin ser del todo comprendidas. No obstante, este proyecto decide asumir esa incomprensibilidad como un terreno fértil para la imaginación. Propone precisamente eso: conceder interioridad a esas fuerzas, abrirles un espacio narrativo desde lo afectivo. ¿Y si el héroe central ya no fuera un mortal frente al dios, sino un dios expuesto a los temblores de la emoción?

Inspirarse en los modelos épicos clásicos, atravesarlos desde una sensibilidad contemporánea que se permite interrogar y recomponer sus pilares. En lugar de héroes guiados por dioses, dioses que habitan su propio viaje. Y en ese tránsito, el mito deja de ser pedestal para volverse espejo. En esta lógica, sin embargo, omitía un punto esencial: la homosexualidad como componente y eje estructural de estos cuentos. No es accesorio, es constitutivo. De allí la raíz «homo» en Homoidoscopia.

Tengo que contarte, lector mío, que me enteré dentro de esta investigación que el movimiento gay (también conocido como LGBTQ+) fue cayendo en desuso de forma gradual y mientras tanto un concepto, relativamente nuevo para este siglo, se fue constituyendo a lo largo de estos años hasta formar lo que hoy conocemos como “Teoría queer”. La “Q” en el acrónimo LGBTQ+ remite tanto a la identidad queer como a un espacio abierto de cuestionamiento. Mientras el movimiento gay busca reconocimiento en las categorías establecidas, la teoría queer las cuestiona, ampliando así el horizonte de la disidencia sexual.

Al incluir la “Q” (que simboliza tanto la identidad queer como ese espacio de cuestionamiento), es como el movimiento gay reconoce la lucha de quienes desafían las normas de género y sexualidad, y con ello, en su momento brindó visibilidad a toda variabilidad identitaria, y no solo quienes se identifiquen con términos específicos.

Pero ¿qué es queer? El primer acercamiento formal a este concepto, para esta autora, fue a través del libro *Resistencias Queer* (Luis Ruiz y Andrea Natzahuatza, 2023), leído durante el mes del orgullo LGBTQ+ de 2024. El título llamó su atención por prometer un compendio actualizado de conceptos y definiciones vinculadas a la diversidad sexual y de género. Allí se ofrece una definición directa: “Queer: Término sombrilla que nombra a todas las identidades y orientaciones que no son heterosexuales o cisgénero” (p. 16). El propio texto explica también que un “término sombrilla” o paraguas es aquel que agrupa varios conceptos relacionados bajo una sola categoría.

En un primer momento, esta definición resultó clara y útil. Frente a la confusión generalizada respecto a la expansión constante del acrónimo LGBTQ+, la noción de lo queer ofrecía una alternativa amplia e inclusiva, sin necesidad de listar etiquetas específicas para cada experiencia. Sin embargo, pronto se reveló que lo queer va más allá de una definición estructural. Implica una forma de habitar el mundo desde la libertad, la fluidez y la resistencia a los moldes fijos impuestos por la cisheteronorma (es decir, la presunción de que ser cisgénero y heterosexual es “lo normal”).

Cisgénero, por contraste, se refiere a aquellas personas cuya identidad de género coincide con el sexo asignado al nacer. Lo queer, entonces, no sólo abarca a quienes no encajan en esa categoría, sino que también propone un enfoque ético y existencial: una actitud ante el deseo, el cuerpo y la intimidad que privilegia el cuestionamiento antes que la clasificación, el gozo antes que la normatividad.

Por ello, en lugar de delimitar lo queer desde lo que excluye, este trabajo busca compartir lo que puede ser: una experiencia vivida desde lo íntimo, lo contradictorio y lo vulnerable; una exploración afectiva y política que rechaza las explicaciones públicas, y se enfoca en la autenticidad personal. Lo queer reconoce los avances del movimiento LGBTQ+, pero los interroga cuando tienden a cristalizarse en nuevos moldes restrictivos.

Desde esta perspectiva, el concepto se expande más allá de señalar lo que no es heterosexual o cisgénero: se nutre de una afirmación afectiva, creativa y diversa del deseo. Es un llamado a desbordar, a plantear preguntas, a desestabilizar incluso lo ya conquistado si corre el riesgo de volverse dogma. Así entendido, hablar de sexualidad no es simplemente declararse ante la sociedad, sino asumir un proceso íntimo de autoconocimiento sin etiquetas ni escenificaciones.

Esta apertura radical es la que permite, en el plano literario, hablar de una literatura queer: como poética disidente, rechazando ser un género cerrado. Una forma de escribir y leer donde el cuerpo, el lenguaje y el amor se conjugan fuera de la norma, desde el deseo de imaginar nuevas formas de existencia.

Así pues, más allá de su dimensión política o cultural, lo queer introduce grietas creativas que permiten repensar incluso lo ya conquistado, cuando corre el riesgo de cristalizarse en nuevos moldes.

En *Homoidoscopia Divina*, lo queer no es solo una temática, sino una fuerza estructurante: atraviesa los relatos como una constante estética y simbólica. Está en los cuerpos y deseos no normativos de los personajes, en los juegos con el lenguaje, en la hibridez de los géneros narrativos y en la relectura crítica del mito grecolatino desde una perspectiva disidente. Los cuentos no buscan encajar en una categoría queer “cerrada”, sino expandir sus posibilidades expresivas. Así, esta obra se inscribe en una tradición narrativa donde la

marginalidad, el exceso y la fluidez son signos de creación, no de desviación. Parte de este contexto nos lo explica Gracia Trujillo Barbadillo (2022) citando a Colling en *El feminismo queer es para todo el mundo*:

[...] Por el contrario, el activismo queer llega a ser, en determinadas ocasiones, incluso hiperidentitario con las identidades más abyectas o marginalizadas como las butch o bolleras masculinas, las maricas afeminadas, las gitanas pobres, las no monógamas, las queer rurales, las diversas identidades y corporalidades trans*, etc. Queer, de hecho, también se ha entendido, y activado, como un lugar de confluencia multi-identitaria.

Queer, en definitiva, no es lo mismo que elegetebé. Las políticas identitarias han sido (y siguen siendo) importantes a la hora de obtener avances legales para las denominadas “minorías sexuales” y, al mismo tiempo, las aportaciones teóricas queer (como, por ejemplo, el énfasis en que las identidades son construcciones sociales, históricas, y no esencias, y que no podemos olvidar que los diferentes ejes de poder interseccionan) pueden ser muy útiles para repensar algunas de sus dimensiones. (pp. 27-28)

Ahora, respecto a los detalles y características de la teoría queer, es responsabilidad de esta autora profundizar a lo largo de este texto, pero mientras tanto nos limitaremos a decir que para fundamentar una teoría es necesario tener un corpus que la respalde y es por eso que la literatura queer existe, se ha ido construyendo y echando raíces a través de estos años predominando poco a poco en diferentes ámbitos. La literatura queer retoma a los grecolatinos del corpus de la literatura gay para fundamentarse, y en ellos se buscaron bases sólidas como el mito de Zeus y Ganímedes, o no tan sólidas, como la sonada relación de

Aquiles y Patroclo, que más que contar propiamente con una mención en *La Ilíada*, se volvió un secreto a voces en la Grecia Antigua y del cual ya hablaremos a detalle más adelante.

Para adentrarnos de lleno en estos temas grecolatinos, abriremos la mirada a los dioses como presencias simbólicas complejas, más que simples personajes. Si bien desde su origen los mitos divinos presentan múltiples versiones, es sabido que han inspirado numerosas historias a lo largo del tiempo, formando parte del imaginario colectivo. Esa es, en parte, la explicación de cómo los dioses pasaron a convertirse en personajes temáticos: protagonistas de las historias de este compendio de cuentos. Como señala Miguel Ángel Vitagliano (2003) en el libro *Cómo ambientar un cuento o una novela. Técnicas y recursos para escribir ficciones creíbles*:

Así como todo espacio debe ser particularizado, un personaje también debe contener, además de las características más generales, rasgos que le sean eminentemente propios, que sirvan para singularizarlo, incluso puede tratarse de detalles que no mantengan una relación directa con lo que va a acontecer. Esto es un principio que no habría de descuidarse tampoco en la construcción de un ambiente.

(p. 42)

Los elementos literarios que se utilizaron en este compendio de cuentos serán abordados desde el juego de palabras del título mismo, hasta los diferentes manuales de cuento que fueron consultados para realizar dicha tarea, pasando por los temas básicos, entre los cuales se encuentran los conceptos de planteamiento, nudo, desarrollo, clímax y desenlace, así como el tiempo y los verbos en los que los cuentos han sido escritos, y por qué.

Se abordan cinco cuentos: dos historias independientes y tres ligadas entre sí. Todas pertenecen al mismo universo y conforman una sola historia en distintas etapas narrativas.

Este compendio surgió cuando me planteé una línea argumental que más adelante se convertiría en “Reivindicación divina”. Después por sí solo surgió el prelude de “Hermafrodito”, con el que podría abordar ese estilo clásico con ese narrador de segunda persona que, al menos para contar esta historia funcionó de maravilla. Y finalmente, para abordar a todos los olímpicos que más me gustaron durante mi estudio de grecolatinos, decidí incluir a Dionisio y Apolo, tal cual como hace años los imaginé en silencio dentro de mis clases de mitología.

Este recorrido ha sido profundamente emocionante. Poco a poco, fui comprendiendo hasta dónde me llevarían estos dioses en su travesía. No fue sencillo decidir cómo plantearlo con claridad, ni asegurarme de que cada detalle del imaginario se plasmara para que el lector lo experimentara con nitidez.

En cuanto a la ambientación, abordaré la técnica de rediseño de personajes, los guiños ocultos o ‘huevos de pascua’, y la motivación que los atraviesa (la mitología, los dioses y la homosexualidad como engranajes centrales del texto). También incluyo las referencias utilizadas —tanto académicas como de la cultura pop—, el uso de la descripción, el tipo de narrador, los recursos para construir una atmósfera olímpica, el ritmo, los tonos, los objetos, el registro (como el habla juvenil de Hermes o la solemnidad de Apolo y Atenea), y las acciones. Todos estos elementos contribuyen a ofrecer un cuento de calidad.

Así llegamos a los diálogos, cuyo valor se resume bien en las palabras de Silvia Adela Kohan, autora de *Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento*, (2000), que sobre ellos nos dice:

El diálogo bien construido es una de las formas narrativas más creíbles para el lector[...] Gracias al diálogo los personajes expresan lo que no podrían expresar

mediante otra técnica[...] revela cómo son los interlocutores y ofrece datos del entorno a través de lo que de ellos dicen los hablantes. (p. 11)

En estos cuentos, son los personajes quienes explican parte del contexto de las situaciones que atraviesan, dejando ver sus personalidades e intereses. Esto permite al lector comprender e imaginar a estos dioses —mis dioses— a través de sus voces. Además, esta forma de caracterización revela por qué pertenecen a la literatura queer y bajo qué rasgos se construyen como tales, en diálogo con el cuento gay mexicano, del cual forman parte.

Capítulo 2

DE LA TRADICIÓN CLÁSICA A LA TEORÍA QUEER

Poética del Homoidoscopio Divino

DE LA TRADICIÓN CLÁSICA A LA TEORÍA QUEER

La tradición literaria en la que se insertan estos cuentos forma parte de la literatura queer. Esta, a su vez, se inspira en las raíces de la literatura clásica griega. Antes de avanzar, conviene aclarar qué entendemos por 'clásico': se trata de aquello que perdura en el tiempo por su valor histórico, simbólico y estético. Es decir, que el texto independientemente de la época en que sea leído contendrá un mensaje para el lector. E. Gabriel Sánchez Barragán en el libro *Tras las huellas de Grecia y Roma. Una técnica de investigación en filología clásica* nos dice que:

La literatura clásica tiene como cualidades esenciales la simplicidad, la perfección de la forma, la verdad y la belleza, pero no una u otra, sino en conjunto. Así, dicho estudio no resulta sencillo, pues estamos ante una de las literaturas más ricas de la historia de la humanidad y, al mismo tiempo, aquella que dio origen a todas las literaturas europeas y a las nacidas de estas, como la mexicana. (Gabriel Sánchez, 2009, p. 32)

Teniendo eso aclarado, resta mencionar que al llamar a un autor griego *clásico* será, tal cual como nos menciona Gabriel Sánchez (2009): “[...] entendiendo que clásicos eran aquellos que sobresalían de sus contemporáneos y en sus obras promovían valores que servían de norma de conducta a sus lectores o escuchas. De esta manera, los autores clásicos pronto fueron considerados como ejemplos a seguir.” (p. 30).

Como ya se ha mencionado, los clásicos grecolatinos forman parte de las raíces que nutren la teoría queer. Un texto clave en este análisis es *El personaje gay* de Víctor Saúl Villegas Martínez (2018) nos explica a detalle que antes de tener una clasificación de lo gay y un estudio especializado para este género literario, esa literatura era sólo literatura. A partir

de que se clasificó, la mera existencia de una literatura gay ya causaba conflicto, pero es por ella que hoy en día se tiene una literatura queer, misma que se ha ido enriqueciendo y que, pese a sus complicaciones, gracias al activismo en favor de las libertades sexuales existe para ensalzar a su comunidad.

Para estas clasificaciones se produjo una nueva lectura de los clásicos con el objetivo de encontrar en ellos los inicios del homosexual en la literatura. Se extrajo un corpus literario —mismo en el que se ahondará en los siguientes capítulos— que se enfrentó a un dominante corpus heterosexual. Gracias a estas hazañas, hoy podemos encontrar con mayor facilidad autores de literatura gay, librerías especializadas e investigaciones académicas serias que abordan el tema.

Una de las tensiones dentro del movimiento gay fue que, en su lucha por la equidad entre homosexuales y heterosexuales, ciertas identidades disidentes quedaron relegadas. En cambio, la teoría queer redefine las libertades del individuo sin despojarlo de sus deseos, representación e identidad. Así, este nuevo corpus de literatura queer —aunque acoge dentro de sí lo que fue la literatura gay— no se limita a hablar de lo homosexual. También cuestiona la identidad sexual, las relaciones de poder y los mecanismos de opresión del sujeto, deshaciendo incluso los principios fundacionales de la sexualidad misma.

Entre los registros, que ya se encuentran dentro del corpus queer, encontramos autores que aportan y refuerzan el enfoque crítico del movimiento, como en la novela mexicana: *Entre el petróleo la homosexualidad y la política*, (1997). Donde Luis Mario Schneider hace un repaso de literatura gay mexicana, pues es uno de los registros más significativos y sistemáticos de novelas de corte homosexual en México. Luego están los ensayos de Carlos Monsiváis sobre estudios y acercamientos de la literatura y cultura gay en México. Antonio Marquet en sus textos enfoca la representación de la identidad gay dentro de la cultura

mexicana, propone en una postura puramente queer la destrucción de toda identidad prefabricada y representaciones hegemónicas sobre sexualidad, mostrándose en contra de la supremacía heterosexual.

David William Foster es uno de los investigadores más reconocidos de la literatura gay latinoamericana. Su trayectoria crítica puede situarse dentro de una genealogía cercana a la de autores como Schneider, Monsiváis y Marquet, quienes han contribuido a delinear un canon disidente dentro de las letras hispanoamericanas. Foster ha destacado por remarcar el imaginario literario gay, identificar sus principales características y establecer vínculos entre la ficción homoerótica y su contexto sociopolítico.

Como señala Víctor Villegas (2018), su obra concentra aportes sustanciales de crítica e investigación sobre literatura gay. Es, por ello, una fuente de consulta fundamental para comprender a los autores más representativos desde el año 2000. Además, ha explorado diversas representaciones queer, aplicado estas categorías al análisis de la literatura homoerótica hispanoamericana, abordado problemáticas teóricas en torno a lo queer y elaborado sumarios monográficos sobre la expresión homosexual en la literatura mexicana.

En el siglo XIX, José Ricardo Chaves rastrea figuras disidentes en la literatura mexicana, como el estereotipo del dandy. Ya en el siglo XX, Víctor Federico Torres da continuidad a este recorrido dentro de la literatura a lo largo de la historia en México y sus autores. Recoge cuentos donde el tema aparece abordado de forma directa estableciendo así, cómo la homosexualidad ha deconstruido las estructuras de género nacionales, y cómo el discurso de la reformulación sexual es una forma de decidir resistir y generar una lucha constante.

Finalmente, entre este valioso recorrido que compone el corpus queer en México, Víctor Villegas (2018) menciona el libro *De amores marginales* (1996), del autor Mario

Muñoz. Esta antología reúne 16 cuentos escritos por autores consagrados dentro de la literatura gay mexicana.

Más allá del aporte de Víctor Villegas (2018), la homosexualidad aparece como un tema clave para comprender el *Homoidoscopio Divino*. Se trata de una dimensión que atraviesa todo el compendio, enraizada en mi propio imaginario desde los primeros años de vínculo con el mundo grecolatino, donde descubrí en los clásicos una suerte de “mundo opuesto” en el que el amor entre varones estaba naturalizado. En realidad, en mis estudios del mundo antiguo me encontré con que este tipo de amor tenía sus propias reglas sociales. Como lo sintetiza Eva Cantarella (1995/2021) en *Según natura*, esta fluidez amorosa no implicaba una identidad desviada, sino una forma compartida de vivir el deseo:

Los griegos y los romanos, de hecho, más allá de las profundas diferencias entre las dos culturas, vivían las relaciones entre hombres de un modo muy diferente del que lo hacen (obviamente salvo excepciones), los que hacen hoy una elección de tipo homosexual: para griegos y romanos (siempre salvo excepciones) la homosexualidad no era una elección exclusiva. Amar a otro hombre no era una opción fuera de la norma, distinta, de alguna manera desviada. Era solamente una parte de la experiencia vital: era la manifestación de una pulsión sea sentimental, sea sexual que a lo largo de la existencia se alternaba y complementaba (quizás al mismo tiempo) con el amor por una mujer. (p. 9)

Con esto en mente, es pertinente introducir otro concepto clave de este proyecto: el mito. Aristóteles menciona en *La Poética* que *mythos* posee dos acepciones: el relato heredado y el argumento. Pero es este último un concepto muy complejo, que va un tanto más específico dentro del griego clásico. A grandes rasgos, Carlos García (2003) en su ensayo “Los mitos griegos en la literatura de nuestro tiempo”, nos lo describe como: “el

argumento de una pieza dramática”, o que “proporciona el contenido de la trama teatral” (p. 18).

Según Carlos García (2003), los tres grandes géneros clásicos —épica, lírica y tragedia— se nutrieron del mito, que pasó de la tradición religiosa a la literatura. Aun cuando los mitos se desprenden de su contexto original, conservan su aura fabulosa y paradigmática.

El autor destaca una gran ventaja del mito: al carecer de una forma narrativa fija, puede representarse en diversos géneros literarios. Esta flexibilidad lo convierte, en palabras de Carlos García, en un pretexto fecundo para su recreación literaria contemporánea (p. 18).

Una de las fuentes más relevantes del mundo grecolatino es la epopeya o literatura épica: una narración extensa con función didáctica, en la que el poeta, como servidor de las Musas, utiliza los mitos como telón de fondo para retratar escenas del mundo mortal. Tal es el caso de *La Ilíada*, que comienza con las palabras: “Canta, oh, diosa, la cólera del Périda Aquiles...” (Homero, trad. en 1982, p. 31). Este poema es uno de los textos griegos más conocidos y puede considerarse la primera obra escrita del mundo occidental.

Homero, autor de *La Ilíada*, es descrito por Sara García Peláez Cruz (2017) como ‘un aedo o cantor fuera de serie’ (p. 12). Su capacidad narrativa refleja la íntima conexión entre los griegos y sus dioses, una característica que inspira esta autora a profundizar en la representación divina en su propio proyecto literario.

Los dioses, humanizados, poseen virtudes, defectos, caprichos, sufrimientos, obligaciones, alegrías y enojos; participan de la cotidianidad: duermen, comen, pelean, tienen hijos. Aunque cada uno cumple una función dramática, sus particularidades los distinguen como seres inmortales. Mientras los mortales comen de los frutos de la tierra, los dioses se alimentan de néctar.

Las descripciones de Homero construyen una iconografía común: los dioses son más bellos, altos y poderosos que los humanos, y poseen habilidades vedadas a los mortales, como volar o emitir luz. No obstante, su inmortalidad no los exime de fragilidades: pueden ser heridos y mostrar debilidades a través de su descendencia.

Sin embargo, pese a estas limitaciones, no deben ser subestimados. Como señala Homero, los dioses manipulan el destino de los mortales, controlan la naturaleza y protegen a sus favoritos:

[...] y Zeus que con el rayo se goza envió desde el Ida / un violento y feroz huracán que una gran polvareda / levantó entre las naos y abatió a los aqueos el ánimo / y dio gloria a los teucros y a Héctor, porque confiando, / en las buenas señales del dios y en su gran valentía, / intentaba romper de una vez aquel gran muro aqueo (Homero, trad. en 1982, p. 225).

Homero establece así las bases de una teogonía fija, proporcionando un marco claro sobre los dioses, lo que lo convierte en una fuente principal de conocimiento sobre el misticismo de la antigua Grecia. Todos los dioses son inmortales, pero no eternos; su linaje, parentesco y precedencia en el tiempo, salvo en el caso de Zeus, determinan su importancia. Nos narra sus rasgos característicos, funciones y rivalidades, además de los honores que debían recibir, instruyendo así a los griegos sobre a quién dirigirse y cómo hacerlo. La *Ilíada* no es solo un poema épico, sino también una rica introducción a la teología, la historia y la vida cotidiana de la antigüedad, enmarcada por el despliegue literario imponente de sus dioses.

Diálogos de los dioses, de Luciano de Samósata es otra de mis inspiraciones clásicas. Este texto es bastante interesante debido a la época en la que se originó, durante los primeros siglos de la era cristiana, y la forma en que este autor nos presenta a los dioses nos da una

combinación efectiva de diálogos y comedia tradicional, pues como nos dice el artículo “Luciano: diálogo de los dioses. Algunas consideraciones sobre el humor”:

El profundo conocimiento de los autores más importantes de la cultura griega le permitió el acercamiento a la religión de cuyos dioses, con defectos demasiado humanos, se rió, como ya lo había hecho Homero. Por otra parte, Aristófanes le proporcionó los instrumentos lingüísticos y escénicos para que pudiéramos gozar con plenitud de esa risa. Los Diálogos de los dioses son un ejemplo: por sus veinticinco cuadros desfilan las principales deidades del panteón griego. (Liliana Sardi y Esther Rosenbaum, 2001, p. 130)

Leerlo me hizo imaginar nuevas historias, especialmente por la forma en que presenta a los dioses humanizados hasta el punto de la comedia. Fue interesante darme cuenta que podía jugar exagerando algunas de estas características de los dioses para hacerlos más carismáticos en la actualidad. Pero pasé de la solemnidad de lo antiguo como en “Hermafrodito”, a la actualización de sus perfiles como en “Reivindicación Divina”, donde ya es factible ver a Zeus con una guitarra o a Hermes haciendo referencias ágiles de los mortales actuales.

Dentro de esta retroalimentación de autores fue Marguerite Yourcenar, quien me enseñó que por medio de un serio trabajo de investigación es posible encarnar un personaje para rebasar las barreras culturales y moldear el tema que uno desee a nuestro antojo. Logrando representar perfectamente una época, con sus lugares, costumbres y hasta paisajes pictóricos. La novela de la que hablo, es sin lugar a dudas la semblanza biográfica *Memorias de Adriano* (1951). En la que el emperador nos narrará su pasión por Antínoo, la desgracia de perderlo, y otras vivencias a lo largo de la historia de su reinado del imperio romano.

Otra fuente clave la encontré en la asignatura de Mitos y arquetipos en la literatura, que estudié durante esta licenciatura, se trata de la compilación de los libros *El libro de las maravillas. Cuentos de Tanglewood* (1853/2013) de Nathaniel Hawthorne, este libro fue muy importante para que existiera *Homoidoscopia Divina*.

Ya que terminó de formar estos relatos. El autor se propuso redactar cuentos infantiles basados en la mitología griega, el que haya pensado un público específico y cómo dirigió las intenciones de su idea es una genialidad que el propio autor explica mejor que nadie en una carta del año 1851:

En las próximas seis u ocho semanas me propongo escribir un libro de cuentos hechos a la manera de los mitos clásicos. [...] Si no me equivoco mucho, estas antiguas ficciones servirán admirablemente a este propósito; y trataré de darles un cierto tono gótico o romántico, o algún otro por el estilo que me guste más, para evitar la frialdad clásica que repele como el tacto del mármol. (p. 7)

Otra fuente de inspiración que se alinea con la búsqueda que yo emprendía la encontré en el cuento *Las ménades*, de Julio Cortázar. Este texto me enseñó mucho sobre las libertades que puedo tomarme respecto a temas grecolatinos, pues basta con representar la esencia misma de un motivo mítico (en este caso, las bacantes) y situarlo en otro ambiente literario para generar un efecto similar, pero con un giro simbólico y original. Un ejemplo comparable es la reescritura del mito de “Hermafrodito” en mi cuento, donde se conserva el concepto central del personaje, pero desde una nueva perspectiva.

Lo más fascinante para mí de estos autores fue cómo lograron interpelarme al punto de despertar el deseo de recrear algo a partir de la mitología griega. Carlos García (2003) lo sintetiza, cuando cita a Pavese, al señalar que: “Un mito es siempre simbólico; por eso no tiene nunca un significado unívoco, alegórico, sino que vive de una vida encapsulada que,

según el lugar y el humor que lo rodea, puede estallar en las más diversas y múltiples florescencias.” (p. 15).

Una vez que profundicé en las fuentes principales de inspiración que se apegan más a los clásicos, y que guardan ese hilo conductor y que guardan ese hilo conductor sin perder su identidad clásica, ya podemos mencionar dónde encontrar estas características dentro de su estructura narrativa. Por ejemplo, “Reivindicación Divina” está planeado en 3 cantos, y se menciona una triada divina que emulan a Homero.

En cuanto a personajes y diálogos, elegí a los dioses como figuras temáticas porque sus personalidades, cargadas de simbolismo y contradicción, permiten desglosar una amplia variedad de temas. Esta riqueza narrativa ofrecía múltiples posibilidades, lo que hizo el proceso mucho más estimulante tanto para el lector como para mí como autora. La dosificación de los diálogos también se convierte en una herramienta narrativa efectiva. En “Hermafrodito” predominan las descripciones, mientras que en “Reivindicación Divina” y “Areté: Hijo del designio”, la historia avanza principalmente a través de los diálogos. La forma en que los personajes se comunican es parte esencial de mi estilo, y la cantidad de intervenciones responde a una decisión intencional, acorde a lo que cada relato requiere. Estos dioses conservan un tono acorde con su majestuosidad, pero su humanización les permite tomar ciertas licencias: pueden bromear, quejarse o manifestar emociones que los acercan al lector. En cuanto al uso del narrador, opté por mantener la tercera persona en todos los cuentos; sin embargo, en “Hermafrodito”, consideré necesario experimentar con la segunda persona para generar una implicación más íntima con el lector. Este ejercicio narrativo resultó enriquecedor y dejó un aprendizaje significativo.

Mi intención es insertar mi obra directa y orgullosamente dentro de la literatura queer, sin dejar de destacar la influencia grecolatina que la atraviesa. Esta es especialmente evidente

en “Areté: Hijo del designio” y “Hermafrodito”, donde recorro incluso a epítetos y expresiones que evocan sus orígenes míticos. En “Reivindicación Divina” estas características se presentan de forma más diluida, pues el tono narrativo se adapta a una voz más informal, propia de la literatura juvenil. El tema central —la disidencia afectiva como fuerza narrativa— se encarna en personajes temáticos: dioses griegos queer que reescriben su propia trama mediante romances y vínculos no normativos, lo que los alinea con los planteamientos de la teoría queer.

El orden de los cuentos responde a una lógica cronológica interna: “Hermafrodito” abre el compendio por situarse en la antigua Grecia; le siguen las tres partes de “Reivindicación divina”, ambientadas en la actualidad, donde algunos Olímpicos intentan recuperar sus puestos como deidades.

Finalmente, “Areté: Hijo del designio” cierra el ciclo de los antiguos dioses griegos y da paso a una nueva deidad. Me emociona haber ocupado el trono del Olimpo con un personaje de mi autoría: hijo de un designio queer que honra la tradición mítica desde una perspectiva renovadora. Con este proyecto cumplo un sueño ambicioso: sumergirme en los clásicos a través de la creación literaria, aportar nuevas versiones de los mitos y enriquecer el corpus queer con personajes vibrantes dentro de la literatura juvenil contemporánea.

La intención última es acercar a los lectores jóvenes a los autores clásicos grecolatinos, despertar su curiosidad y fomentar el estudio de estas fuentes para mantener vivo su legado. Así, se construyen nuevos universos narrativos donde lo queer y lo grecolatino convergen en una sola propuesta literaria, revelando que, aunque no lo parezca a primera vista, ambos comparten profundas afinidades temáticas.

En este punto resulta indispensable detenerse en una idea que emergió durante el repaso histórico realizado: la teoría del carnaval de Mijaíl Bajtín (1895-1975), filósofo y

teórico de la literatura rusa cuyas aportaciones fundamentales se sitúan entre las décadas de 1920 y 1940. Uno de los conceptos más relevantes de su obra es el del carnaval, entendido como una lente poderosa para analizar fenómenos culturales y sociales. Según el artículo de Jesús Antonio Machuca Ramírez (1995), titulado “Mijaíl Bajtín y las nuevas orientaciones de análisis en las ciencias sociales (la cultura cómica popular)”, el carnaval es más que una fiesta: constituye una cosmovisión que subvierte el orden establecido, permite la crítica social y habilita una renovación simbólica. Bajtín introduce también la noción de *realismo grotesco*, donde lo corporal y lo material se exaltan para expresar la naturaleza cíclica de la vida — muerte y renacimiento—. En este marco, la risa cumple una función catártica y desmitificadora, operando como herramienta de resistencia.

Tras este recorrido, resulta inevitable vincular el concepto bajtiniano de carnaval con las fiestas dionisiacas de la Antigua Grecia, e incluso con la marcha del orgullo LGBTQ+ en la actualidad. Estas tres manifestaciones comparten elementos clave como la inversión del orden, la exaltación del cuerpo y la subversión de normas sociales. Algunas correspondencias clave entre el carnaval bajtiniano y las fiestas dionisiacas son:

- Suspensión del orden y liberación social: ambas permiten la inversión de roles y la transgresión de normas.
- Risa y realismo grotesco: exaltan lo corporal, lo alimenticio y lo erótico como formas de expresión cultural.
- Renovación simbólica: representan el ciclo vital de muerte y renacimiento.
- Teatralidad y polifonía: múltiples voces y formas de enunciación confluyen en su despliegue.

- Crítica al poder y a la solemnidad: burlan jerarquías y desmitifican figuras de autoridad.

Estas correspondencias permiten establecer un vínculo claro con la marcha del orgullo LGBTQ+, la cual también suspende el orden establecido y transgrede las normas de género y sexualidad mediante la visibilidad del cuerpo, el maquillaje, el arte performático y la celebración colectiva. Elementos como la ironía, el drag y la teatralidad operan aquí como mecanismos de crítica al sistema heteronormativo. Como el carnaval, la marcha no es solo celebración: es reclamo político, propuesta de transformación y encarnación de una utopía social.

No obstante, es necesario añadir una dimensión crítica: tanto el carnaval como la marcha, al subvertir el orden, también posibilitan su eventual restablecimiento. En términos bajtinianos, funcionan como válvulas de escape culturales que liberan tensiones sin dismantelar por completo el sistema. La marcha no constituye una ruptura permanente, sino una suspensión temporal: un paréntesis extraordinario donde lo queer puede habitarse con plenitud, aunque inevitablemente contraste con el retorno a la norma cotidiana. Nadie vive en estado de carnaval permanente sin comprometer su energía o integridad emocional. Tal vez por ello estos espacios son tan necesarios: porque equilibran la represión estructural con expresiones de libertad que recuerdan que otro mundo es posible, aunque sea por unas horas.

Desde este marco teórico, pude articular los conocimientos adquiridos a lo largo del proyecto para afirmar que el carnaval, las fiestas dionisiacas y la marcha del orgullo configuran espacios de liberación donde lo marginado se transforma en fuerza colectiva. Bajtín demuestra que la risa y la transgresión no son simples formas de entretenimiento, sino estrategias de resistencia y transformación cultural. Esta noción fue clave para concebir que los cuentos reunidos en *Homoidoscopia Divina* también podrían leerse como espacios

literarios carnavalescos: escenarios donde las normas tradicionales se invierten, los cuerpos queer ocupan el centro del relato, y lo festivo se convierte en una poética de la disidencia. En estas narraciones, la risa carnavalesca no adorna: subvierte, desafía, transforma. Y como en la marcha o en las bacanales, aquí lo queer no solo se enuncia: se encarna, se celebra y se reinventa.

Capítulo 3

EL LLAMADO HOMOERÓTICO DE LA MUSA

Poética del Homoidoscopio Divino

EL LLAMADO HOMOERÓTICO DE LA MUSA

Comencemos por aclarar algo básico sobre las construcciones de las deidades grecolatinas: estas figuras no deben leerse únicamente como entes religiosos o espirituales, sino también como arquetipos narrativos. Sus atributos, relatos y conflictos reflejan valores, tensiones y deseos humanos. Es decir, más que seres adorados, los dioses pueden ser entendidos como símbolos vivos que expresan la complejidad de lo humano desde lo mítico.

Adentrándonos más en el término “Olímpicos”, podemos decir que proviene directamente del lugar donde residen: el Monte Olimpo. Este monte era considerado por los antiguos griegos como la cima sagrada donde habitaban las divinidades principales. El término alude tanto al panteón que conformaban como al lugar simbólico desde donde ejercían su poder. Tal y como nos explica la autora Pauline Schmitt-Pantel (2011) en *Dioses y diosas de la Grecia antigua explicados a todo el mundo*, son los siguientes: Zeus, Hera, Poseidón, Deméter, Atenea, Apolo, Artemisa, Ares, Afrodita, Hermes, Hefesto, y Hestia conforman esta genealogía oficial de dioses olímpicos, aunque su número puede variar según la fuente.

Respecto a los dioses elegidos para los cuentos del *Homoidoscopio Divino*, encontramos como protagonistas a Zeus, Poseidón, Hermes, Dionisio y Apolo. Cada uno fue seleccionado por la potencia simbólica que encierra su figura, por su carga mítica y por la posibilidad de ser resignificados desde una perspectiva queer. En especial, Dionisio y Apolo se destacan por representar polos opuestos —lo irracional y lo racional, el éxtasis y la medida— que, sin embargo, pueden encontrarse en un punto de fusión. Ellos encarnan el alma de la resolución de este compendio.

Me he concentrado en proponer y replantear un físico original para cada dios, y resaltarles con toques de modernidad, sin retirar sus clásicas atribuciones (cada dios tiene varias). Ellos intervienen en distintos ámbitos de la vida de los griegos antiguos dependiendo del contexto histórico, social y cultural. Y depende, según la época o ciudad desde la que se estudien.

Es importante aclarar que no todos los dioses que intervienen en los cuentos fueron parte del canon olímpico original. Algunos provienen de genealogías alternativas o mitos menores, pero su inclusión responde a la necesidad de ampliar la mirada mítica y dar cabida a otras representaciones divinas menos normativas, o invenciones propias. El *Homoidoscopio Divino* apuesta por esa inclusión simbólica, permitiendo que nuevas formas de lo sagrado tomen voz en los relatos.

Sé que, llegado este punto, muchos lectores podrían preguntarse si necesitan un conocimiento profundo de la mitología o la historia griega para adentrarse en estas páginas. La respuesta es no. Este relato no sigue al pie de la letra las versiones más populares de los mitos, sino que los reinterpreta desde una mirada contemporánea y poética. Por ello, cualquier lector curioso —familiarizado o no con el mundo helénico— puede dejarse llevar por estas historias. Si después surge el deseo de acudir a las fuentes clásicas que las inspiran, será un viaje complementario, no un requisito.

No obstante, aquellos que sí posean herramientas más profundas en mitología podrán detectar guiños, intertextualidades y juegos narrativos que dialogan con los textos clásicos. Estos elementos funcionan como capas adicionales de sentido, pensadas para quien desea leer más allá del plano evidente, sin que esto vuelva inaccesible la lectura para otras personas.

La temática central son los dioses griegos: «dioses temáticos» que protagonizan nuevas historias, tomando selectivamente información de los mitos. Siguiendo la definición

que ofrece Carlos García (2003) al citar a Detienne: “el mito es un relato tradicional que refiere a la actuación memorable y paradigmática de unas figuras extraordinarias —héroes y dioses— en un tiempo prestigioso y esencial” (p. 16). A ello cabe añadir que un mito puede abordar temas diversos: los hay cosmogónicos (origen del mundo) y teogónicos (origen de los dioses), pero también existen mitos que explican aspectos del mundo desde una perspectiva cultural, siempre ligada al contexto histórico, religioso, social y político en el que fueron forjados. Como lo aclara Pauline Schmitt-Pantel (2011): “[...] es necesario tener en cuenta el contexto histórico, a la vez cultural, religioso, social y político, en el que un mito fue forjado.” (pp. 43-44).

La mitología incluye además relatos sobre transformaciones de género y personajes con identidades sexuales ambiguas, lo que ofrece raíces tempranas para el cuestionamiento de las categorías de género. Ejemplos notables aparecen en *Las metamorfosis* de Ovidio (2013): el mito de Tiresias —quien vivió como hombre y mujer (III, vv. 314-336)— y la historia de Hermafrodito —cuyo cuerpo unía rasgos masculinos y femeninos— son antecedentes literarios de discusiones actuales sobre identidad de género. Carlos García (2003) señala acertadamente que esta tendencia a reinterpretar los mitos ya existía en la antigüedad, donde cada autor adaptaba los relatos con un afán de originalidad.

Este enfoque aplica tanto desde una perspectiva histórica o filológica como desde la práctica literaria contemporánea, en la que los autores nos apropiamos de mitos del imaginario colectivo para crear nuevas reglas del juego. Así lo confirma Carlos García (2003) en su ensayo “Los mitos griegos en la literatura de nuestro tiempo”, donde explica con claridad:

En la literatura moderna vuelven los mitos griegos ya solo con una función literaria, desligados por completo de su relación con la religión, la política y la

religiosidad antigua. Ya no se prestan a ser evocados con ingenuidad, sino que son rememorados como historias ‘fabulosas’ de un legado a la par extraño y familiar, pues nuestra relación con la mitología antigua resulta ya un recurso cultural de segunda mano. (p. 22)

Dentro de los temas trabajados en estos cuentos, resulta esencial comprender cómo se conceptualizaba la sexualidad y las relaciones entre personas del mismo sexo en la época clásica grecolatina. No puede obviarse que dichas prácticas no eran percibidas como hoy en día, por lo que cualquier aproximación requiere de una lectura contextualizada.

En la Grecia clásica y la Roma antigua, el homoerotismo formaba parte de un sistema cultural y social con normas propias, a menudo articuladas mediante jerarquías. Textos filosóficos y poéticos frecuentemente tratan el amor entre hombres en clave erótica, pero también como devoción o admiración. Ignacio González Saceda (2012), en su tesis *Manifestaciones homoeróticas masculinas a través de la mitología griega*, aclara:

He preferido nombrar al fenómeno objeto de mi estudio *manifestaciones homoeróticas* y no *homosexualidad* posicionándome en un punto de vista constructivista, según el cual, la homosexualidad es un término médico surgido a mediados del siglo XIX, junto con el de heterosexualidad, para nombrar una sexualidad no reproductiva y considerada “patológica” y diferenciarla así de la sexualidad reproductiva y vista como “natural”. Por tanto, los términos homosexualidad/heterosexualidad surgen como identidades sexuales y sería un anacronismo referirse a ellos en épocas anteriores al siglo XIX. Con anterioridad a este siglo existirían una serie de prácticas y deseos, pero no unas identidades. (p. 3)

Desde esta perspectiva, puede comprenderse mejor la ambivalencia cultural hacia las prácticas homoeróticas: si bien muchas sociedades antiguas las admitieron, también

impusieron restricciones según edad, estatus o roles. Paolo Zanolini (2005/2010), en *Gay: La identidad homosexual de Platón a Marlene Dietrich*, subraya un punto clave al respecto:

En lo que respecta a la inexistencia de la categoría de homosexualidad en el pasado, vista desde la perspectiva del heterosexual de hoy, lo más perturbador es sin duda la otra cara de la moneda: si los pederastas griegos son sólo los impropios antepasados de los gays, los antepasados de los heterosexuales pasarían a convertirse en las ovejas negras de la respetable familia. (p. 17)

Juan Eslava Galán (1997) ahonda en estas temáticas en *Amor y sexo en la antigua Grecia*, donde realiza un recorrido por las prácticas amorosas en la cultura griega: desde el ideal del “amor perfecto”, los distintos tipos de cortejo, la normatividad pederasta, hasta las manifestaciones lésbicas, transgénero y la prostitución. Su mirada global permite entender cómo el deseo y el cuerpo fueron también territorios culturales con reglas distintas a las actuales:

Los griegos, como muchos pueblos de la antigüedad, eran bisexuales. Al margen de la pederastia institucional, que, como hemos visto, se justificaba en ciertas clases sociales por cumplir una esencial función pedagógica, existieron otras formas de homosexualidad sin otro objetivo que la obtención de placer. Muchos griegos se entregaron abiertamente a ella, unas veces por propia inclinación, otras como sustituto, por carencia de mujeres. Esto explica que las relaciones homosexuales se toleraran en ciertas situaciones. (p. 68)

Aquí presento algunos detalles clave sobre cómo se entendían y practicaban las relaciones del mismo sexo en estas sociedades, empecemos por la Grecia Clásica:

a) La Pederastia (relación entre un hombre adulto y un joven adolescente): era una práctica común y aceptada en la sociedad, especialmente en Atenas, por ser parte esencial de

la educación de los jóvenes, quienes aprendían múltiples conocimientos a través de tener una relación con un mentor adulto.

b) El amor platónico: La idealización del eros entre hombres como un amor superior y espiritual fue muy influyente en la época. Platón, por medio de Sócrates (inspirado por Diotima), reflexiona en *El Banquete* sobre que el amor es un proceso de ascensión que empieza por la atracción física y luego se va ampliando hacia la belleza espiritual, la virtud, el conocimiento, y, finalmente, a la contemplación de la belleza; busca la verdad, y la inmortalidad del conocimiento. Por otro lado, Jenofonte en su versión de *El Banquete*, explora la relación entre el amor y la virtud entre hombres en el contexto de la pederastia.

En *Fedro*, Platón desarrolla la idea de que el amor verdadero es una «locura divina» que ayuda al alma a recordar la perfección del «mundo de las Ideas», de donde proviene originalmente. Esta obra complementa la idea platónica de que el amor trasciende lo físico para lograr una unión con «lo divino» y alcanzar la sabiduría.

Aunque es posterior a Platón, el neoplatonismo popularizó la idea del amor como algo elevado y desprovisto de deseo sexual, una interpretación que influyó profundamente en la concepción moderna. En el sentido actual, el “amor platónico” suele entenderse como un vínculo idealizado y puro, mientras que, en su sentido original, representa una vía de autotranscendencia y desarrollo intelectual.

En ese marco, describir el homoerotismo como un camino hacia la elevación intelectual y espiritual proporciona una idea que ha sido clave en la literatura queer: repensar el amor como una forma de transformación personal más allá de las normas tradicionales.

c) Esparta y Tebas: Plutarco en “Vida de Licurgo” nos cuenta que, en Esparta, las relaciones afectivas entre soldados del mismo sexo eran fomentadas como parte de la cohesión militar. Estas relaciones fortalecían la lealtad entre los guerreros. También en “Vida

de Pelópidas”, menciona la relación entre los miembros del Batallón Sagrado de Tebas, una unidad militar compuesta por parejas de amantes que destacaron por su valentía, estableciendo un antecedente literario para el ideal de camaradería masculina, presente en la literatura queer, en la que se encuentran relaciones entre hombres que desafían las normas sociales al ser simultáneamente amigos y amantes.

d) Safo de Lesbos (s. VII a.C.): Juan Eslava (1997) señala que se conoce muy poco —casi nada— sobre la homosexualidad femenina, aunque posiblemente fue tan intensa como la masculina, y en algunos casos tuvo un carácter propedéutico similar. La palabra que define el amor entre mujeres proviene del griego *lesbianas*, en alusión a las mujeres de la isla de Lesbos, donde aparentemente existía un alto número de mujeres que preferían la compañía de su mismo sexo. Luciano de Samósata refiere la existencia de mujeres que mentalmente se sentían hombres y vivían conforme a ello. Plutarco sostiene que las espartanas casadas se enamoraban de otras jóvenes, aunque lo presentado tiene el matiz de una pederastia femenina compensatoria, ya que los hombres vivían acuartelados debido a su dedicación militar. Existen fuentes que indican que en Lesbos era habitual la relación entre una mujer adulta y una joven. No obstante, aunque el carácter educativo de la relación está claro, parece que esta se forjaba sobre fundamentos más equitativos que los de la pederastia masculina.

Es con Safo que encontramos referencias explícitas al amor entre mujeres, especialmente al elevar a nivel literario su sensibilidad fervorosa. En los siglos alejandrinos y romanos, el tema se difundió más —como casi todo—, posiblemente por la existencia de numerosos testimonios de aquel período. Enamorarse era cosa de mujeres, y el griego tardó en aceptar y explorar esa otra dimensión de los vínculos humanos, hasta el periodo helenístico. Por eso puede afirmarse que Safo «inventó el amor»: “por ser la primera en

exponer sus glorias y sus tormentos, la pasión, los celos, el dolor de la ausencia, su gozosa plenitud y sus desdichas” (p. 75).

e) Aquiles y Patroclo: frecuentemente considerados un ejemplo de pareja homoerótica dentro de la literatura grecolatina. Su relación ha sido transmitida como una historia de amantes desde la Grecia Clásica y Helenística, a partir de los indicios emocionales que ofrece *La Ilíada*, especialmente en los cantos 18 y 23. En el primero, Aquiles llora la muerte de Patroclo ante su madre Tetis; en el segundo, Patroclo lo visita en sueños para pedirle que queme su cuerpo, y Aquiles, desesperado, intenta abrazarlo sin éxito. Estos episodios han sido interpretados como reflejo de un vínculo que va más allá de la camaradería, motivando múltiples lecturas desde la antigüedad hasta el presente.

No obstante, conviene ser precisos: Homero nunca declara explícitamente que Aquiles y Patroclo fueran amantes. Como señala Ignacio González (2012), fue en la época clásica cuando se generalizó esta interpretación, influenciada por el contexto cultural en el que la pederastia estaba normalizada. En ese proceso de reinterpretación, incluso se invirtió la edad de los personajes, convirtiendo a Aquiles en el *erastés* y a Patroclo en el *erómenos*, a pesar de que en el poema original Patroclo es mayor.

Esta relectura del mito se prolonga y amplifica en la obra romana *La Aquileida*, de Publio Papinio Estacio¹, donde la dimensión homoerótica de Aquiles cobra un lugar central. El poema narra su juventud en Esciros, oculto entre las hijas del rey Licomedes, disfrazado de mujer. Estacio subraya el deseo que Aquiles provoca y encarna, envuelto en travestismo,

¹ Publio Papinio Estacio fue un poeta romano del siglo I d. C., conocido por su estilo ornamental y por su devoción a los temas heroicos y mitológicos. *La Aquileida* fue su última obra, quedó incompleta y sólo se conservan alrededor de 700 versos.

ambigüedad y belleza. A diferencia de Homero, Estacio inscribe sin temor al héroe en un espacio de tensión sexual y poética, donde el cuerpo ya no es solo fuerza, sino también deseo.

Esta línea es retomada y llevada a plenitud por Madeline Miller en *La canción de Aquiles* (2011), novela que reescribe el mito desde la voz de Patroclo, construyendo una historia de amor explícita, íntima y trágica entre ambos héroes. Allí, el mito se vuelve confesión, y el héroe, amante. Es, quizá, la culminación moderna de un deseo que Estacio apenas pudo sugerir.

Fuera de la épica, la relación entre Aquiles y Patroclo también fue tematizada por figuras como Platón, Jenofonte, Esquines y Plutarco, este último en *Vidas paralelas*, donde sugiere que la devoción entre ambos podría considerarse una forma de amor verdadero. Otros autores como Esquilo y Píndaro también reforzaron la idea de su cercanía emocional.²

En tiempos recientes, la literatura queer ha encontrado en esta relación una tensión afectiva, erótica y simbólica que escapa a las categorías rígidas de género y sexualidad. Así, entre susurros antiguos y gritos modernos, la historia de Aquiles y Patroclo continúa reescribiéndose como un amor que nunca dejó de arder: queer en su esencia, épico en su forma, eterno en su dolor y su deseo, demostrando el poder de su vínculo a partir de la trascendencia que ha tenido en la literatura a lo largo de los siglos.

Ahora pasemos a la Roma Antigua: su homoerotismo puede explicarse brevemente señalando que estaba relacionado con roles de género y poder. El hombre libre (ciudadano) debía ocupar un rol activo o dominante, mientras que el rol pasivo se asociaba con esclavos, libertos o extranjeros. Los autores romanos dejaron testimonios de afecto y deseo entre

² Sugiero contrastar esta información con lo señalado en la nota al pie 42 (Ignacio González, 2012, p. 45).

personas del mismo sexo. Su literatura muestra la pasión y el amor homosexual sin condenas, especialmente cuando involucraba a esclavos o jóvenes. A continuación, algunas fuentes de la literatura romana que fundamentan estas interpretaciones:

a) Juvenal y Marcial: forman parte de una tradición de sátira que a menudo subvertía las normas de género. En sus respectivas sátiras, los poetas presentan críticas y burlas hacia aquellos hombres que asumían un rol pasivo en relaciones sexuales. Además, se ridiculizaba a los hombres que no cumplían con los ideales de masculinidad romana. Este ejemplo no solo muestra cómo el rol en las prácticas sexuales reflejaba el estatus social, sino que también revela los espacios de tensión y las transgresiones, evidenciando la preocupación social por quienes desafiaban las identidades y roles de género.

b) Catulo: en sus *Carmina*, ofrece alusiones al deseo erótico hacia jóvenes hombres, a quienes expresa su amor y deseo de manera similar a como lo haría hacia las mujeres.

c) *Historia Augusta*: (de autor desconocido) menciona la relación entre Adriano y Antínoo como una muestra de amor homoerótico romano, pues la devoción de Adriano excedía las normas tradicionales de este tipo de relación.

Michel Foucault, en *La historia de la sexualidad*, especialmente en el volumen El uso de los placeres (1984), explora cómo la sexualidad en Grecia y Roma estaba más centrada en el ejercicio del poder y la moral que en la identidad. Señala que los griegos percibían la sexualidad como un arte de vivir, en lugar de una identidad, abriendo así un camino teórico afín a lo queer.

Quizá, a estas alturas, mi ávido lector se pregunte cómo todo este contexto se articula en el presente proyecto. Como autora, me corresponde entonces presentar la premisa que guiará su desarrollo: las situaciones mencionadas dentro de estas raíces grecolatinas serían

retomadas siglos después, pues nos proveen de un marco y un repertorio de temas y personajes que cuestionan las normativas de género y sexualidad. Esto permite una exploración de la identidad y el deseo en formas que han sido resignificadas en la modernidad desde una perspectiva de resistencia queer, y que se han convertido en cimientos para el análisis contemporáneo de la literatura queer.

Aunque los conceptos de «queer» y «homosexualidad» en su sentido actual no existían en la antigüedad, y estos temas carecían incluso de una delimitación conceptual clara, sembraron la semilla que permitió madurar el fruto ideológico que hoy conocemos, y que sigue en constante desarrollo.

Capítulo 4

DEFINIENDO LO INDEFINIBLE: LO QUEER DE LA TEORÍA A LA LITERATURA

Poética del Homoidoscopio Divino

DEFINIENDO LO INDEFINIBLE: LO QUEER DE LA TEORÍA A LA LITERATURA

4.1 Contexto histórico de las teorías queer

Siguiendo a Víctor Villegas (2018), quien señala que, en México, el estudio de la literatura gay y queer floreció en los años noventa, con orígenes que se remontan a la literatura decimonónica con *Historia de Chucho el Ninfo y la Noche Buena* (1890), y aunque comúnmente se dice que todo comenzó con Luis Zapata, lo cierto es: que la literatura de esta naturaleza es más extensa y diversa. Este recorrido nos permitirá también comprender por qué Ignacio González (2012) se expresa como lo hace respecto al término «homosexualidad» en su tesis (véase capítulo 3, p. 37).

Los orígenes del término «queer» se encuentran en Europa. Lorenzo Bernini (2017), en su libro *Las Teorías Queer. Una introducción*, explica que desde el siglo XVIII, «queer» fue un epíteto despectivo en inglés, utilizado para denigrar a las minorías sexuales. Podía significar: torcido, raro, bizarro, estrambótico, así como insultos como marica o maricón, sin distinción de género. Gracia Trujillo (2022) complementa esta idea señalando que su traducción al español ha presentado dificultades, ya que en inglés contiene una fuerte carga ofensiva y no posee un género específico. Activistas e investigadoras advierten que el uso del término en inglés puede ser una manifestación de colonialismo lingüístico, perdiendo además su carácter subversivo. Por ello, en muchos contextos se ha optado por conservar la palabra en su forma original.

Víctor Villegas (2018) añade que, durante el siglo XIX, la larga hegemonía del catolicismo en Occidente forjó una cosmovisión basada en mitos y valores rígidos. Dentro de este pensamiento se configuraron identidades consideradas indeseables, como la homosexual, legitimadas desde el discurso médico para mantener el poder de las identidades

dominantes. Así, se perpetuaron valores heterosexuales, patriarcales y reproductivos, denigrando todo lo que escapara a ese sistema. La psiquiatría fue empleada como herramienta para perseguir y castigar a quienes se identificaban con esta etiqueta.

Este periodo se extiende al llamado «Siglo oscuro» (1869–1968), donde la homosexualidad fue duramente sancionada y perseguida, con su punto más atroz durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, Lorenzo Bernini (2017) subraya que, a partir de finales del siglo XIX, el término «queer» comenzó a ser reapropiado de forma provocativa, primero en Estados Unidos y luego a nivel global, transformándose en una identidad política. Esta resignificación minó progresivamente su connotación negativa.

El movimiento LGBTQ+ surge en este contexto como una lucha por la igualdad y la aceptación, en la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de la rebelión de Stonewall en 1969, que marca un antes y un después en el activismo gay. Según Víctor Villegas (2018), con el tiempo se abandona la etiqueta «homosexual» y se adopta el término «gay», generando un auge del movimiento a nivel internacional y replanteando la noción de heterosexualidad.

La crisis del movimiento aparece en los años ochenta con la irrupción del VIH. La pandemia trajo muerte, estigmatización e inacción estatal, intensificando la homofobia y reforzando la marginación. Este contexto propicia el nacimiento del pensamiento queer como rechazo a las identidades fijas, planteando una mirada crítica que desmantela las estructuras tradicionales del deseo, la identidad y el cuerpo.

Hasta aquí, por esto y más, en este proyecto asumo lo queer como una lente para mirar el mundo y como una forma de escritura que duda, se desliza y se multiplica. No se presenta aquí como categoría rígida, sino como una poética de la disidencia que abre grietas e imagina existencias múltiples desde la literatura.

Lorenzo Bernini (2017) insiste en que no se debe hablar de una sola teoría queer, sino de “las teorías queer”, ya que componen un conjunto diverso de enfoques críticos que analizan la relación entre poder y sexualidad desde distintas disciplinas. Comparten una visión política que promueve la continua reconstrucción de conclusiones provisionales, ancladas en la tradición de la teoría crítica.

El concepto «queer» es polisémico y fluctuante. Como adjetivo, inestabiliza lo que califica, pero no por ello se convierte en un término vacío. Etimológicamente, deriva del germánico *quer* (diagonal, torcido) y del latín *torqueo* (torcer, torturar). Así, «queer» se opone a *straight* (recto, heterosexual).

Este análisis nos lleva a comprender que el sistema sexo-género-orientación sexual es una construcción contradictoria e insuficiente, al crear categorías binarias como «el hombre» y «la mujer», «el homosexual» y «el heterosexual». Esto refleja la heteronormatividad y otras formas normativas como la homonormatividad, la transnormatividad y el homonacionalismo.

Ahora abordemos el concepto de binarismo. Cristina Mateos Casado (2017), en *Barbarismos Queer y otras esdrújulas* (R. Lucas Platero, et al. [Eds.]), lo describe como un pensamiento hegemónico que concibe la realidad en dicotomías sexuales opuestas y jerarquizadas, basadas en órganos reproductivos. Este sistema ha servido para justificar desigualdades históricas.

Víctor Villegas (2018) complementa señalando que el hombre privilegiado dentro de este sistema refuerza su poder a través de discursos como el mito de Adán y Eva, que desprestigian lo femenino. Cristina Mateos (2017) también expone las propuestas de diversas autoras que, a través de sus teorías, consolidan el pensamiento queer. Entre ellas, destaca

Simone de Beauvoir con *El segundo sexo* (1949): “No se nace mujer, se llega a serlo” (p. 48).

Gracia Trujillo (2022) sintetiza esta obra señalando que no hay base biológica, psicológica o económica que determine la posición de la mujer en la sociedad, sino que es la civilización la que produce este mito. De Beauvoir influyó en la segunda ola del feminismo, que marcó la distinción entre el sexo (material) y el género (aquello moldeado culturalmente).

Foucault, en *La historia de la sexualidad* (1976), analiza cómo la sexualidad ha sido históricamente moldeada por el poder. Monique Wittig retoma estas ideas en *El pensamiento heterosexual* (1992), rechazando la noción esencialista de «la mujer» y proponiendo una crítica radical a las identidades normativas.

Judith Butler, en *Gender Trouble* (1990) y *Undoing Gender* (2004), es una de las voces más influyentes de las teorías queer. Desde el constructivismo radical de Foucault, afirma que el género es performativo, y que las identidades sexuales se construyen mediante repeticiones normativas.

Judith Butler rompe con el binarismo de sexo y género, abriendo el camino a nuevas formas de pensar la identidad, que influyen a los feminismos latinoamericanos y poscoloniales. Se inaugura el siglo XXI con los «dispositivos de poder» que establece Foucault, el «sexo» como «tecnología biopolítica». Según Beatriz Preciado, en *Manifiesto Contre-Sexuel* (2000), los roles de género emergen como producto histórico de la modernidad, la industrialización y el colonialismo.

Marcela Lagarde hablaba del miedo social a las “identidades binarias cambiadas”, mientras que la teoría queer propone fracturar esta lógica y ampliar las posibilidades de vida y relaciones sin normatividad. Kate Millett, en *Sexual Politics* (1970), denuncia al patriarcado

como sistema de dominación sexual. Donna Haraway, en su *Cyborg Manifiesto* (1985/1995), usa al *cyborg* como metáfora de la ruptura de fronteras.

Eve Kosofsky Sedgwick, en *Epistemología del armario* (1990), cuestiona las clasificaciones de «heterosexual» y «homosexual», proponiendo analizarlas críticamente en lugar de asumirlas. Esta obra es clave en el surgimiento de la teoría queer.

Libros como *Barbarismos Queer y otras esdrújulas* (Lucas Platero et al., 2017) y *Resistencias Queer* (Luis Ruiz y Andrea Natzahuatza, 2023) compilan definiciones que visibilizan la evolución semántica y cultural de los términos queer. Diego F. Gómez (2017), por ejemplo, aclara que «homoerotismo» no es sinónimo de «homosexualidad», pues se refiere al deseo de naturaleza erótica que siente una persona por otra de su mismo sexo.

Lorenzo Bernini (2017) destaca que lo queer también cuestiona los modelos normativos dentro del propio movimiento LGBTQ+. Víctor Villegas (2018) concluye que muchos críticos contemporáneos basan sus estudios en estas teorías para dismantelar las estructuras de dominación sexual y patriarcal, reivindicando la literatura queer latinoamericana desde sus propias voces y realidades. De modo que, por ejemplo, se ha puntualizado que el gay europeo sólo es el pasivo, y el gay norteamericano, así como el latinoamericano, no distingue de rol sexual.

Las ideologías que buscan homogeneizar invisibilizan las diferencias y refuerzan categorías hegemónicas. La teoría queer denuncia esta tendencia y propone alternativas críticas. Gracia Trujillo (2022) afirma que “definir lo queer, es algo muy poco queer” (p. 16). Pues lo que importa es examinar cuáles son sus particularidades y porqué tiene potencial esta teoría. Ante esto, lo queer es un cambio de perspectiva: pasamos de pensar que existen «personas normales» a un grupo de «minorías sexuales». Todos somos distintos, cada uno de nosotros. Este cambio en la crítica ha sido y continúa siendo esencial para las micropolíticas

queer, y se aspira a implementarlas en todos los ámbitos del individuo, ya que la representación queer busca desafiar los estándares culturales predominantes y ofrecer una variedad de perspectivas que reflejen la complejidad de la experiencia humana. Celebrar la diversidad y la multiplicidad de identidades, desafiando las estructuras de poder que imponen la conformidad, trabajando hacia un reconocimiento de la pluralidad y la justicia social, debido a esto es que se evidencian áreas de contrapunto entre estas dos ideas.

Es momento de asentar bajo qué objetivos se plantan entonces las teorías queer: una postura política y marco de comprensión (cambio esencial para las micropolíticas queer). Una herramienta, o un conjunto de ellas, que puede ser provechosa para interpretar u observar el mundo de forma distinta. Es un procedimiento, una actitud e incluso una inquietud personal; no una identidad. Porque como añaden en Lucas Platero, et al. (2017), la identidad bajo la mirada queer, emerge como algo en constante cambio, algo que no se mantiene inalterable y se dirige a una sexualidad que no permanece estática, sino que es progresiva y a medida que la vida del individuo progresa, la identidad del mismo va transformándose. Y siguiendo con la idea de Gracia Trujillo (2022), «queer» es incluso un verbo o adjetivo: «queerizar», en español, puede ser: de atravesar, de permear, o de cuestionar, entre otras expresiones.

Hoy por hoy, en el mundo las pedagogías queer han trabajado conjuntamente para incorporar géneros y sexualidades en el contenido educativo, no únicamente como temas sino como métodos para modificar algunas categorías del campo del aprendizaje. Avances que nos ayudan a entenderlo como un movimiento u acción. Queerizar la escuela, el saber, las metodologías, los movimientos sociales, las calles y un largo etcétera. Para hackear la normalidad, descomponer el sistema dicotómico y vincular alianzas y redes. De modo que, podrían afirmar: «soy queer» o incluso: «estoy queer», pues no constituye una identidad fija

ni esencialista. Más bien, lo queer constituye una posición crítica, una forma de estar en el mundo que desafía las categorías impuestas de género, deseo y cuerpo. No se trata de una identidad cerrada, sino de una práctica disidente, una actitud que interrumpe la lógica binaria y normativa. Ser o estar queer implica habitar el margen de manera activa, creativa y reflexiva; es un posicionamiento político, afectivo y también conceptual, que se transforma con el tiempo y el contexto.

José Esteban Muñoz dice que “lo queer es un modo estructurante e inteligente de desear que nos permite ver y sentir más allá del atolladero del presente” (Gracia Trujillo, 2022, p. 9). En ese sentido, lo queer no solo se refiere a la sexualidad o el género, sino que se erige como una crítica al sistema en su totalidad.

Finalmente, lo queer, según Víctor Villegas (2018), puede verse como un “concepto incluyente” o una “base identitaria abierta y flexible”. En lugar de imponer, propone abrir. Así, “encuirar” se convierte en un acto político y poético de inclusión radical. Gracia Trujillo (2022), añade que «queer» es incluso un verbo o adjetivo: «queerizar», en español, puede ser: de atravesar, de permear, o de cuestionar, entre otras expresiones.

La teoría queer desde la cual se lucha, resiste y sobrevive, no solo se opone a la normatividad sexual, sino que lucha por una libertad que abarque todos los aspectos de la existencia, con ejemplos que van desde lo simple, como el lenguaje inclusivo y la libertad de elegir sus pronombres, a lo complicado, mejorando la calidad de vida de todas las mujeres, y que, por ejemplo, ya vienen haciendo las lesbianas huyendo de su predispuesta posición social.

El éxito de su empresa puede verse en la cosmovisión patriarcal recientemente alterada, con la presencia de una mujer que rechaza aceptar el espacio privado y la

subordinación como forma de vida preestablecida. Desafiando las verdades absolutas y los modelos únicos. Queerizándose, poco a poco.

4.2. Hacia una definición estructural de la literatura queer

La teoría queer, surgida como una impugnación crítica contra las normas sexuales, de género y deseo, ha influido de manera profunda en el análisis literario contemporáneo. Si bien gran parte de los marcos teóricos se centraron en la performatividad, la disidencia identitaria o la deconstrucción del sujeto, resulta imprescindible trazar un puente con la praxis narrativa y poética que, bajo estos impulsos, ha configurado un cuerpo textual también subversivo: la literatura queer.

Este tipo de literatura no constituye un género cerrado ni una serie de características fijas. Como bien se ha insistido en este trabajo, "queer" es una posición de lectura, una actitud crítico-afectiva que desafía los marcos de inteligibilidad convencionales. Desde ahí, hablar de "literatura queer" no es adscribir un canon, sino iluminar una serie de estrategias, tópicos y estructuras que dan cuenta de subjetividades desplazadas del centro.

Ahora bien, a diferencia de la teoría queer, que se construye en el discurso académico y filosófico, la literatura queer opera en el campo del arte. Su potencia radica en que no sólo tematiza la disidencia, sino que *la encarna en la forma misma del relato*. Esto puede observarse en ciertos rasgos constantes que voy a ejemplificar con el cuento “Hermafrodito” de este compendio de cuentos:

- Desestabilización del sujeto: Los personajes queer suelen resistir los procesos de fijación identitaria. A menudo no se autodefinen o lo hacen de manera contradictoria, inestable o incluso paródica.

Ejemplo: Desde el primer párrafo, el narrador interpela directamente a Hermes en segunda persona, marcando un tono de confesión y ruptura con lo identitario fijo: “Tú

estabas a su lado, por supuesto, eres el heraldo divino y tu deber es estar disponible [...] Pero, ¿quién te conocía realmente?”.

Esta pregunta abre una grieta en la supuesta estabilidad del personaje. Hermes no se define por su rol tradicional sino por sus deseos, contradicciones e impulsos.

- Dislocación del tiempo y del espacio: Las narrativas queer pueden recurrir a estructuras fragmentarias, a saltos temporales, a escenarios que tensan la relación entre lo real y lo simbólico. Hay una voluntad de romper la linealidad y el marco hegemónico.

Ejemplo: El texto entrelaza tiempos y dimensiones: empieza en un tono confesional posterior a una tragedia no del todo revelada, y luego salta al pasado con un recuerdo sensual, mezclando narración lineal con introspección poética: “Ahora, cuando llevas a alguien al Hades, disfrutas del silencio frío [...] Pero no siempre fue así. ¿Recuerdas aquella mañana[...]?”

Esta fragmentación crea una narrativa queer del tiempo: no se trata de un progreso lógico, sino de una espiral de emociones que coexisten.

- Ironía, parodia y exceso: Siguiendo a Sedgwick, lo queer puede expresarse a través de recursos que desbordan la medida clásica: el kitsch (estética del mal gusto que se vuelve deliberadamente expresiva o sentimental), el camp (exageración estilizada que celebra lo artificial o extravagante), el doble sentido, el pastiche (mezcla de estilos o géneros como forma de homenaje o subversión), el tono performativo (uso del lenguaje y la forma como actos que construyen identidades), todos ellos se vuelven recursos político-estéticos.

Ejemplo: La sensualidad con la que Hermes contempla a Ares es deliberadamente enfatizada, con detalles estéticos que rozan lo camp: “Contemplaste con detenimiento su

barba cerrada; sus cabellos cortos y rizados, con chispas doradas [...] Pensaste con deleite que eso era debido a las expediciones bélicas.”

El tono es irónico y sensual a la vez. Hermes se entrega al goce del mirar con una intensidad paródica que subvierte el tono solemne tradicional de los dioses.

- Erotismo como lenguaje de resistencia: Lejos de lo puramente narrativo, el deseo emerge como eje estructurante del texto, muchas veces desbordando los límites de lo decible.

Ejemplo: El deseo de Hermes no es decorativo, es el núcleo de la trama. Su impulso por Ares no se presenta como tabú ni como desviación, sino como motor vital que contrasta con el tedio divino: “Tu trabajo te aburría cuando tenías que mantenerte en un solo lugar [...] hasta que viste ese fuerte torso desnudo del dios de la guerra entrar al palacio.”

Lo erótico no está subordinado a la acción, sino que es el eje emocional, subversivo y narrativo. El cuerpo deseado es poder, es ruptura.

- Reapropiación de mitos, géneros y figuras clásicas: En consonancia con la teoría, muchos textos queer reelaboran lo tradicional desde un gesto de reescritura que subvierte las jerarquías.

Ejemplo: El texto toma personajes del canon (Hermes, Ares, Zeus) y los reescribe desde un deseo no normativo. Hermes, lejos del heraldo neutral, se convierte en un ser deseante, carnal, crítico: “Pensaste entonces en lo bueno que sería jugar con fuego y tentar a ese varón temible [...]”.

Este gesto transforma el mito. No se niega su origen clásico, pero se invierte su sentido al presentarlo desde una óptica queer, deseante, moderna.

Tales características pueden encontrarse tanto en autorías que se identifican como queer como en otras que, sin hacerlo explícitamente, han desarrollado una sensibilidad afín. La pregunta de si es necesario ser queer para escribir literatura queer ha sido motivo de debate, y si bien la identidad del autor puede matizar la lectura, lo queer se expresa sobre todo como una apertura a formas de narrar que corrompen la norma.

Esta literatura, además, no exige que el lector sea queer, pero sí interpela su mirada. Le propone habitar otros cuerpos, otras temporalidades, otras éticas del deseo. En este sentido, como ha señalado Paul B. Preciado, leer queer es también ensayar otra forma de estar en el mundo.

Por ello, en el marco de este trabajo, la literatura queer se concibe no como una colección de libros temáticos, sino como una praxis textual que, desde la forma, el lenguaje y el gesto, sostiene una disidencia radical y sensible ante la normatividad literaria y vital.

Ahora bien, cerrar esta reflexión exige posicionarse también desde una perspectiva ética. ¿Qué significa proponer esta poética? ¿Qué responsabilidad entraña hablar de lo queer como forma de vida y de literatura? Se ha señalado con frecuencia que lo queer resiste a la definición, y con razón: lo queer no desea fijarse, ni someterse a una norma. Pero al mismo tiempo, en el ámbito conceptual, se vuelve urgente nombrar y delinear ciertos contornos que permitan una lectura crítica y situada.

Las verdades absolutas —en torno a la sexualidad, el deseo o la identidad— han sido el germen de muchas formas de opresión. Por ello, la literatura queer desafía tales verdades no para imponer otras, sino para abrir la posibilidad de múltiples formas de verdad encarnadas. Esto supone reconocer que la sexualidad es un derecho humano, pero también una vivencia personal, cambiante, íntima, que no puede reducirse a una categoría fija.

Ahora bien, incluso desde una perspectiva biológica, el sistema binario resulta simplista y limitado. La sexología moderna reconoce que el sexo no se limita únicamente a los polos masculino y femenino. Según Anne Fausto-Sterling (2000), existen al menos cinco categorías biológicas de sexo: masculino, femenino, hermafrodita verdadero, pseudohermafrodita masculino y pseudohermafrodita femenino. Estos cuerpos intersexuales evidencian que la naturaleza no responde a una lógica dicotómica, sino a un espectro. Sin embargo, el binarismo cultural ha silenciado esta realidad, usándola de manera cínica: se apela a la “biología” para justificar un orden binario, pero se invisibiliza lo que la propia biología ha documentado. Este acto de omisión selectiva revela una hipocresía normativa que insiste en codificar la vida humana en moldes estrechos que la naturaleza misma contradice.

Al hablar de literatura queer, entonces, no se trata de normar ni de institucionalizar una poética, sino de afirmar el derecho al goce, a la diferencia, a la expresión no normativa. Se trata de ejercer una libertad responsable: no aquella que ignora las implicaciones éticas de sus actos, sino aquella que se hace cargo del deseo, del lenguaje y de las posibilidades de transformación que toda escritura implica.

Así, lo queer, entendido como una estrategia de lectura y de escritura, nos permite visibilizar formas de subjetividad que resisten ser nombradas desde la norma. Y si bien hay autores que desconfían de los intentos de sistematización, establecer una base teórica flexible —como la que aquí se propone— permite dialogar con lectores, críticos y creadores desde un lugar claro y afectivo. Porque, al final, la literatura queer no busca definir lo indefinible, sino compartir el gozo de una mirada que se atreve a ser otra.

Capítulo 5

ESPECIFICIDADES DEL *HOMOIDOSCOPIO* *DIVINO*

Poética del Homoidoscopio Divino

ESPECIFICIDADES DEL HOMOIDOSCOPIO DIVINO

Sin más preámbulos, pasemos al análisis de los cuentos desde su estructura, ya que esta sección de la poética es, a juicio de esta autora, la más relevante para desglosar los conocimientos estilísticos y los tecnicismos literarios adquiridos a lo largo de la licenciatura. Resulta esencial contar con las bases necesarias para la apreciación de este compendio: la inventiva a partir de los mitos griegos aplicada al desarrollo del cuento.

Conviene aclarar que, si bien para el lector es opcional dominar un tema antes de su lectura, no sucede lo mismo con el escritor. Al respecto, Miguel Vitagliano (2003) señala: “Sea cual sea la índole de la narración que se vaya a escribir es preciso comenzar por la búsqueda de información. No importa de qué tipo de relato se trate, siempre será necesario recopilar informaciones diversas” (p. 13).

En otras palabras, es imprescindible conocer el tema que se pretende abordar, no solo para la creación de cuentos sobre dioses griegos queer, sino para cualquier obra literaria. Este principio fundamental se inculca desde los inicios de la formación académica: el estudio profundo del tema es un requisito indispensable para la escritura seria. A partir de ese conocimiento, cada autor desarrolla su creación literaria de manera personal; sin embargo, el trabajo de investigación previo no es opcional. Así lo reafirma Miguel Vitagliano (2003): “Información, espacios y descripciones serán los tres factores que permitirán organizar nuestra caja de herramientas en distintos niveles” (p. 12).

Ahora bien, para abordar de lleno el compendio de cuentos *Homoidoscopio Divino*, debemos comenzar mencionando que el título mismo es un juego de palabras, que toma el prefijo «Homo» de homosexual y homoerótico; e «-idoscópico» de la palabra caleidoscopio. Esta nueva creación nos remite algo que viene del griego, y con este término se insinúan los

temas a tratar en el compendio de cuentos. Los vínculos homosexuales, que irán cambiando de personajes según el cuento, resaltando la belleza de esto como en un caleidoscopio, y las diferentes formas de abordar estos temas a lo largo de sus líneas.

Es aquí donde viene a tema la «sublimación», que tiene sus raíces en la concepción filosófica del amor platónico, pero que para esta poética es conveniente explicar a detalle dicho concepto. Empecemos, mi entrañable lector, por la definición que nos ofrece la RAE: “Engrandecer, exaltar, ensalzar, elevar a un grado superior”. Fue esta la principal intención de los cuentos aquí desarrollados: sublimar la homosexualidad por medio de las divinidades grecolatinas que forman parte de la mitología, para construirlos como personajes, pero esta vez dentro de cuentos con una esencia propia. Y dotar a los protagonistas con aptitudes que apuntan al carisma, la belleza, el erotismo, el cenit del enamoramiento y la pasión; ellos son dioses y portan la divinidad misma con perfección, elegancia y naturalidad.

Dentro de los cuentos que componen el *Homoidoscopio Divino* prevalece en su mayoría la narración lineal, que es aquella que no tiene alteraciones de tiempo y se cuenta de principio a fin. Guillermo Samperio (2005) nos dice en el libro *Después apareció una nave*, que dicha narración puede ser exitosa mientras el autor posea la destreza necesaria para ir generando distracciones, y éstas deben ser extremadamente fuertes para evitar que el conflicto anuncie con anticipación el desenlace. Aunque resulta más complicado ocultar el hecho mediante la narración, ya que el comienzo no muestra el conflicto desarrollado. Pero es la que más se asemeja a los inmemoriales relatos orales, y posee la misma estructura que los primeros cuentos tradicionales.

Sin embargo, es importante mencionar que estos cuentos tienen entre sus páginas analepsis (que son una variación en el tiempo de la historia, y suceden cuando el protagonista

mira al pasado). E igual tiene una especificidad, en el cortometraje lo llamamos «flash back». Como ejemplo utilizaré el cuento “Hermafrodito”.

“Tú estabas inquieto, buscabas con la mirada a la diosa del amor. Al verla llegar al fin en compañía de Hefestos, te acercaste a saludarla. Ella te dedicó una mirada llena de agrado y te pusiste nervioso, un hueco en el estómago. ¿Lo recuerdas? La acechaste durante toda la reunión, pero a discreción. Parloteabas con uno y otro dios mientras bebías ambrosía y vino.” (p. 99)

Asimismo, resulta pertinente señalar que algunos cuentos como “Reivindicación Divina. Canto III: Fama”, rompen con la linealidad tradicional al emplear una estructura *in media res*, es decir, aquella en la que la narración comienza en pleno desarrollo del conflicto, sin preámbulo. Este recurso, heredado de la épica clásica y desarrollado teóricamente por Gérard Genette (1983) en *Nuevo discurso del relato*, permite sumergir de inmediato al lector en la tensión narrativa, mientras los antecedentes se revelan poco a poco a través de evocaciones, recuerdos o diálogos. En este mismo cuento, además, se configura una estructura pendular o de vaivén, ya que los saltos temporales no solo reconstruyen el pasado, sino que dialogan emocionalmente con el presente narrativo. Este ir y venir entre tiempos no responde a una simple cronología alterada, sino que obedece a una lógica afectiva, simbólica y rítmica que intensifica la experiencia del personaje y del lector.

Voló luchando contra la ventisca para capturar a Ganímedes y a su hijo Hermafrodito en el aire y rescatarlos de ese peligroso tornado. Con un gruñido, esquivó una bocina que salió volando desde el escenario.

—¡Zeus! ¡Poseidón! ¡¡Paren, carajo!! ¡¡Se los van a cargar a todos aquí!! —gritó, abrazando con fuerza a sus protegidos y gimiendo por el esfuerzo de no dejarse arrastrar por ese viento poderoso. [...]

* * *

Un par de audios en YouTube se habían vuelto virales por las increíbles melodías de una banda misteriosa [...] (p.150)

De este modo, la estructura narrativa se convierte también en un espejo del conflicto interno: fragmentado, obsesivo, oscilante.

En el *Homoidoscopio Divino* hay dos voces narrativas, que se explicarán a detalle a continuación. El primer cuento titulado “Hermafrodito”, está narrado en segunda persona y fue con el que comenzó todo porque esta autora deseaba escribir una especie de prólogo inmersivo (pues la segunda persona puede llegar incluso al punto del *deus ex machina*, y considero esa idea atractiva). Al respecto Teresa Dey (2011) nos habla de este tipo de narrador en *Enunciación y voces del relato. Blog de clase de Teresa Dey*:

Con la segunda persona gramatical podemos encontrar matices del narrador muy interesantes porque a través de un yo presente o ausente se dirigen a un tú que es al mismo tiempo el protagonista y el lector. Hay momentos en que pueden dirigirse al protagonista y ser una especie de dios que le dicta qué debe hacer; o convertirse en su conciencia y espejo, una especie de alter ego interior. También puede ser una entidad que le cuenta la historia a los personajes, siempre hablándoles directamente de tú, como si estuviera presente.

Hay diferentes opiniones respecto a este narrador, Alberto Paredes (2015), en *Las voces del relato*, nos dice también que: “[...] su presencia es la más esporádica e irregular dentro del campo narrativo” (p. 92). E incluso divide este segundo narrador en dos tipos: la segunda persona aparente, y la segunda persona plena, que es el caso de este cuento, donde el narrador-personaje crea un circuito con su narratorio que es otro personaje dentro de la

historia que relata, y las posibilidades de manejar esta segunda persona adquieren un desarrollo total más cómodo.

El resto de estos cuentos están abordados desde una tercera persona, Demetrio Estébanez Calderón (1996/2008) afirma en su *Diccionario de términos literarios* que, el narrador puede estar distanciado o aislado de esos sucesos y, en tal situación, los narrará sin involucrarse ni hacer referencia a sí mismo. En la obra literaria previa al siglo XX, este tipo de narración usualmente mostraba un narrador omnisciente. Particularmente me resulta muy conveniente después de habernos metido en las sandalias aladas de Hermes, porque así podemos volver a tomar distancia como lectores y conocer con calma estas versiones de los dioses abordados desde un él/ella, ellos/ellas. Este narrador también es conocido como omnisciente. Nuevamente, como fuente tenemos a Teresa Dey (2011), quien explica que:

Esta persona gramatical se usó en los cuentos de tradición oral. Desde una distancia casi mítica, es obvio que ni el universo ni los dioses cuentan sus propias historias, sino que los seres humanos son quienes las refieren a partir de lo que los abuelos contaban. Con el tiempo, esta manera de narrar fue convirtiéndose en un recurso de objetividad, es decir, si el narrador no estaba involucrado en la historia, podía mantenerse al margen de la emoción.

Teresa Dey también detalla que es gracias a esta aparente objetividad que, desde tiempos ancestrales, se ha establecido un pacto silencioso entre el lector y el narrador omnisciente: un acuerdo implícito que le concede al narrador autoridad absoluta sobre los hechos del relato. No se pone en duda lo que cuenta —es decir, los eventos narrados, el desarrollo de la trama, los pensamientos o sentimientos de los personajes—, ya que el lector acepta, casi instintivamente, que esa voz lo sabe todo. Sin embargo, lo que sí puede ponerse en juego —especialmente en narrativas contemporáneas o críticas— es cómo se cuenta: la

intención del narrador, sus silencios, el punto de vista que adopta o incluso su fiabilidad como figura narrativa. Esto permite que el rol del narrador omnisciente, aunque tradicionalmente incuestionado, sea también terreno fértil para la subversión o el juego literario.

Más específicamente Luz Aurora Pimentel (1998/2017) en *El relato en perspectiva*, nos explica la perspectiva de Gérard Genette respecto a cómo el narrador filtra su discurso para poder transmitirlo y nos dice que, en el caso de este narrador en tercera persona, lo llama «focalización cero» o también denominada «no focalización» porque el narrador se establece limitaciones mínimas a sí mismo: entra y sale libremente de la mente de sus personajes más variados, mientras que su libertad para moverse por los diferentes sitios es igual de extensa. Así, el centro (o foco) de la narración se traslada continuamente de una mente ficticia a otra de manera casi indiscriminada. Este enfoque se asemeja al tradicional narrador omnisciente; sin embargo, su «omnisciencia» representa, en realidad, una mayor libertad no solo para entrar en la conciencia de los distintos personajes, sino también para proporcionar datos narrativos que no estén sujetos a las restricciones cognitivas, perceptuales, espaciales o temporales de los personajes. Por esta razón, un relato en focalización cero nos proporciona una variedad de antecedentes.

Es entonces que en directo desde la mente de los dioses se pueden facilitar toda clase de datos de este nuevo universo en el que están ubicados, explicar de esta forma el cómo se adaptaron y cómo lo perciben es más fácil de entender. Pero no hay que abusar de la cantidad de información que puede darnos este tipo de narrador por lo que, en conjunto, también se recurre al siguiente recurso a explicar: los diálogos.

Respecto a la elaboración de los diálogos, ya hemos abordado el tema parcialmente durante el primer y segundo capítulo, mencionando el uso adecuado de éstos de forma teórica y la cantidad, de forma general. Sin embargo, es importante ahondar un poco más dentro de

la técnica utilizada. Guillermo Samperio (2005) menciona que, no es imprescindible que los diálogos sean cortos, pero sí es crucial que sean precisos, directos y rotundos. El diálogo es tal cual un medio de expresión y sólo debe emplearse como un componente añadido a la narrativa cuando se requiera.

Por otro lado, en *Cómo crear personajes de ficción*, Jean Saunders (1992/2011) nos da una detallada descripción de cómo deben hablar nuestros personajes, de modo que se mantenga el interés del lector y la función que tengan sea para retroalimentar la historia todo el tiempo, ya sea caracterizando a los personajes o aportando datos a la historia que queremos contar. Incluso hace hincapié en que: “Todas las palabras que pones en la boca de tus personajes han de estar pensadas cuidadosamente.” (p. 18) También nos menciona que cada personaje debe tener una voz única, de modo que sin especificarlo sepamos quién es el que habla y sobre todo respetar lo que nosotros mismos hemos estipulado para los personajes dentro de su personalidad, acento e incluso estado de ánimo para darles verosimilitud.

Debo añadir a esta acotación el registro del habla, previamente mencionado y ejemplificado, que se refiere al grado de formalidad que tiene alguien al hablar, ajustándose al contexto de su entorno y, en este caso, al trasfondo del personaje. Entre los dioses de estos cuentos, Zeus y Poseidón son identificables porque tienen un registro del habla formal, es decir, suelen hablar solemnes y serios. Hermes y Dionisio tienen un registro coloquial, con expresiones cotidianas y vocabulario sencillo y es una forma de demostrar que son dioses que se mueven con más naturalidad entre mortales. Todos los personajes llegan a estar en el registro vulgar cuando tienen expresiones de enojo, o un registro neutro cuando simplemente se detecta una claridad y accesibilidad a las ideas que van aportando sin ser rígidos.

Miguel Vitagliano (2003) añade al concepto del registro, el de la tonalidad. Los coloca juntos, definiéndolos como el uso de una lengua que se adecúa a una determinada situación

(pues no se habla del mismo modo, por ejemplo, con un jefe en el trabajo que con un amigo). La lengua es la misma, lo que varía es el registro, y es importante al construir un ambiente que no todos los personajes de un relato hablen del mismo modo, y añade que ni siquiera un mismo personaje debería mantener inalterable su tono en situaciones diferentes (por ejemplo, Don Quijote y Sancho no hablan de la misma manera). Más adelante, añade que es el narrador quien sostiene el registro general de un relato, es decir su tonalidad, la decisión del autor termina con la elección de cómo debía ser la voz narrativa y nunca podemos confundir ni homologar al narrador con el autor.

Otro aspecto importante a tomar en cuenta, según Jean Saunders (1992/2011), son los que él llama “recursos para reforzar el diálogo”, que son tres, y tienen que ver con los incisos entre rayas, en otras palabras, la acertada intervención del narrador. Primero están los calificativos: “—Zeus... Zeus terminará contigo —la diosa habló entrecortado, con la voz cargada de esfuerzo. Una mueca de dolor cruzó su rostro, y su respiración se hizo más pesada—. Derrocarlo... alguna vez fue mi misión...” (p. 190).

La segunda es la frase explicativa que, como su nombre lo indica, es una explicación más detallada con la que se logra percibir al personaje de modo diferente tanto por el lector como por el personaje con el que está interactuando, ya que supone una reacción de su interlocutor: “—¡Voy a llevarlo a la costa, haz algo! / Dionisio asintió con decisión. De repente, sonrió como un maniaco. Su rostro perfecto se transformó en una expresión espantosa, reflejo puro de su deseo de venganza. Apretaba la lanza en su mano.” (p.178).

Y finalmente, el tercero que son los matices expresivos, que se marcan en una sola línea, o son recalcados por los signos de puntuación dentro del diálogo: “— ¿Cómo es que te divierte estar en una situación así? Ya no puedes más —dijo Apolo.” (p.170). El autor

menciona que es posible hacer una combinación de estas tres posibilidades mediante lo vaya exigiendo nuestro escrito.

Ahora, para trabajar un poco sobre los ejemplos que se han dado, añadiré que entre los tiempos verbales y conjugaciones utilizados, Guillermo Samperio (2005) nos menciona que el tiempo que más conviene para narrar un cuento es el pretérito, pues este tiempo no está relacionado con la temporalidad dramática de la historia, debido a que hay un presente construido con el pretérito, pues esta conjugación verbal es un artificio hecho para desenredar el conflicto sin generar problemas de coherencia o distracciones. Además, añade que: “La mayoría de los mejores cuentos están escritos en la congregación del pasado” (p. 91). Y no me dejarás mentir, ávido lector, el *Homoidoscopio Divino* ha seguido este precepto sin esfuerzo.

Ahora siguiendo con este autor para abordar las promesas que te he hecho, tomaré como ejemplo el cuento de “Reivindicación Divina. Canto I: Nike”, para repasar contigo las partes del cuento en cuatro tiempos. Empieza con el planteamiento, en el que se describe la cotidianidad dentro de la vida del personaje principal y se marca el primer punto de tensión, que se vale de su intensidad y cualidad, sin importar la cantidad: Zeus preocupado por la actual decadencia de los dioses, recluta a Poseidón a ejecutar un plan para recuperar la fe de los mortales, pues la falta de culto los está debilitando.

Sigue el problema, conflicto o nudo, en el que dos fuerzas dramáticas, encarnadas dentro de los personajes del hecho por narrar, van a enfrentarse, sustentando y desarrollando la tensión del relato hasta que se desate. Es fundamental, pues sin un conflicto no hay cuento. Desde una perspectiva narrativa, el conflicto se entiende como la confrontación de voluntades: A quiere una cosa, B quiere otra, y lo que genera interés es ver cómo ambos actúan para conseguir lo que desean. Según Mempo Giardinelli (2003), el conflicto en el

cuento “suele ser único, claro y lineal, sin ramificaciones mayores”, lo que permite una estructura breve pero intensa, donde cada elemento narrativo cumple una función precisa. En el ejemplo que se analiza, el primer paso del plan es llegar hasta la verdadera isla de Lesbos, donde Zeus resguardó a las amazonas entre sus nubes: allí se activa el conflicto entre el deseo de rescate y el poder opresivo que las mantiene ocultas.

En el desarrollo se preparan los elementos que darán como resultado una resolución, por lo general ocupa la mayor parte del cuento y es en la que suceden el mayor número de dificultades. En el cuento del ejemplo es: allí se enfrentan en batalla contra Andrómaca, una bruja nieta de Prometeo, que lidera a las guerreras que ha hechizado. Se ven obligados a usar sus poderes y lidian con su falta de energía durante la batalla.

Inevitablemente, es momento de explicar el clímax, que como su nombre ya lo dice, es el momento culminante del cuento: Andrómaca es quien robó a Nike y a Ganímedes (a quien Zeus convirtió en un ave). Y cerraremos mencionando el desenlace o final, en el que se desata el nudo con claridad, hay varias formas de hacerlo y Guillermo Samperio (2005) ahonda en ellas, pero este cuento tiene un final detonante, que no deja la menor duda de los acontecimientos, en este ejemplo que es la primera parte de “Reivindicación Divina” es que: los dioses triunfan y Zeus deja a su hija, la semidiosa y amazona Dánae como gobernante.

Con este ejemplo también me parece oportuno explicar la clasificación de los personajes: tenemos a los principales que son Zeus y Poseidón, los personajes secundarios son Dánae, Ganímedes y Nike, y el antagonista es Andrómaca (e incluso las amazonas). Miguel Vitagliano (2003) añade en cuanto al personaje, que éste debe hablar como es, pero por supuesto, hay que conocerlo bien como autor para saber quién es, cómo es, etcétera. Para esto la voz narrativa no puede perderse de vista, porque el narrador elegido para contar una historia es también un personaje, que puede o no tener una identidad revelada dentro del

cuento. Es importante saber que un narrador tiene el dominio total de la historia, y dicho dominio puede extenderse a la puntuación misma para crear una atmósfera particular.

Ahora, intentemos diseccionar de forma ordenada la construcción de una atmósfera en este texto creativo, pues es la clave para sumergirte, lector, dentro del mundo narrativo y te sea tangible a mi antojo. Es verdad que, como nos dice Miguel Vitagliano (2003) a grandes rasgos, la atmósfera se crea a través de una efectiva combinación de elementos estilísticos, sensoriales y emocionales que contribuyen a formar un ambiente único en el relato.

Guillermo Samperio (2005) denomina a la atmósfera como el “lugar de los acontecimientos narrativos” (p. 99). Y no puede ser cualquier espacio, sino un ambiente con determinadas características, concreto, que va adquirir una función narrativa en la que suceden las acciones del cuento. Los elementos que se incluyan serán dependiendo del hecho por narrar, y la intención de su autor guiará la tensión, y le dará eficacia a la historia al concordar con la línea dramática. Es por eso que deben ser descritas rápidamente, dando los elementos suficientes para dibujarse en la imaginación del lector.

Silvia Kohan (2000) en *Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento*, menciona “el lugar”, donde se desarrolla la conversación, lo que nos facilita ambientar la situación, incrementar el suspenso y prometer un cambio o evento único. Es posible que los hablantes lo mencionen o no: la atmósfera prepara el diálogo. Y existen dos opciones: A) Dependiendo de dónde se hallen los personajes, así hablan; B) Detallar el desarrollo de la escena mediante el diálogo. A continuación, te mencionaré los recursos de esta fórmula.

Sabemos que todo texto se origina con un eje o motivación, y hay dos tipos: tenemos la motivación del personaje, que va relacionada con mantener una continuidad de los comportamientos y actitudes que el personaje mostrará en la narración. Y la motivación de

la acción, que al realizarse adquiere credibilidad por concordar con la trama, se vuelve necesaria y tiene justificación al vincular la historia sin contradicciones. Por lo tanto, según el autor, el uso de la descripción tiene como base dos posibilidades: detiene el ritmo de la acción, o coopera con el ritmo de la acción.

Ahora trabajaré con el cuento “Reivindicación Divina. Canto II.- Fortuna” como ejemplo para ilustrar los puntos que iré desarrollando a continuación, y así dejar claro al lector que tengo presente los lugares en los que estos podrían ubicarse. Si tomamos la trama de esta narración, dentro del compendio en sí, se queda en la primera opción (que detiene el ritmo de la acción), ¿y cuál es esa? Formar una banda de rock-country con Zeus y Nike, pero para ello Hermes y Poseidón habrán de llevar a cabo una expedición por mar en búsqueda de Fortuna, y surge una complicación tras otra, hasta lograr el objetivo de encontrar a la diosa y reunirse con Zeus.

La creación de atmósferas es uno de esos procesos que no siempre se ven, pero se sienten. Como una temperatura invisible que envuelve la narración. Para lograrlo, eché mano de varios recursos que voy a compartirte a continuación:

- Lo sensorial: apelé constantemente a los cinco sentidos para hacer que el lector pudiera no sólo imaginar, sino oler, tocar o estremecerse: “El aire se tornó helado y soplaba alrededor de ellos, agitando el barco, trayendo del inframundo el aroma de tierra húmeda y carbón quemado, que se mezcló con el característico del mar.” (p. 135)

Aquí, la atmósfera se construye desde los olores, el clima y el movimiento; todo lo que rodea a los personajes también afecta su energía.

- El tono: ese color emocional que se cuela en las palabras, en el ritmo. Ronaldo Menéndez (2013) en *Cinco golpes de genio. Técnicas fundamentales en el arte de escribir cuentos* propone que la inspiración también es técnica, y que el tono nace de un estado

anímico particular, como cuando afirma que: “Los relatos que subyugan y obligan a una lectura intensa y sostenida, probablemente fueron escritos en un estado anímico semejante.” (p. 111)

- Las metáforas e imágenes, que no describen lugares, pero sí los sugieren, los cargan de significados. Por ejemplo, en este relato hay una escena en la que Hermes se mueve ‘como un gato caprichoso’: “Le era indiferente el espacio personal, al menos con los dioses olímpicos.” (p. 127)

Esta actitud crea una atmósfera teatral, sensual, casi líquida: lo espacial se insinúa a través de cómo el cuerpo lo habita.

- La luz y la sombra, que permiten hablar del espacio a través del contraste emocional:

Al fin, todo ese resplandor se fue apagando y logró distinguirse un hombre mortal. Sus pupilas eran del mismo color verde con el que brillaban las del hijo de Zeus, solo que, a diferencia de la vivaz deidad, este sujeto no transmitía emociones: estaba en trance. (p. 135)

Aquí, el cambio lumínico es también un cambio anímico.

- La emoción: que sobra y se desborda hasta hacer temblar paredes.

—¿Qué? —exclamó Poseidón, indignado. La tierra se estremeció bajo sus pies. El amo del océano ni se inmutó mientras el templo vibraba y las cosas se caían de los muebles—. ¡Zeus es un imbécil! ¡Y tú claramente no sabes convencer a nadie! ¡No puedo creer que tengas asignada esta misión entre los dioses! —refunfuñó, fulminándolo con la mirada. (p. 130)

El entorno reacciona al personaje. La atmósfera, en este caso, nace de su rabia. Es un temblor literal, pero también narrativo.

Miguel Vitagliano (2003) nos dice que incluso: “la incorporación de fragmentos o recortes tomados de experiencias cotidianas” (p. 79), puede ser un recurso más para dar credibilidad a lo que queremos contar, y formar una experiencia de realidad de ese mundo ficticio. Pues al incorporar directamente trozos de la vida cotidiana como la música o publicidad, se da una noción que yuxtapone narración y experiencia: “—¡Por supuesto que no! Tú serías el tipo que carga las bocinas y esas cosas. Contrataríamos a Slash y Aerosmith —intervino con ágil ironía en su tono y perdió la seriedad después, dejando ver nuevamente una sonrisa.” (p. 124). Aquí cuando Hermes menciona artistas de rock conocidos, o saca una tablet para organizarse, estamos cumpliendo con lo mencionado por el autor, reemplazando la descripción por una exposición directa de la atmósfera.

Siguiendo sobre los temas destacados para este autor, tenemos también el ritmo y la fluidez, mismas que principalmente podemos encontrar en la longitud de las frases, y el cómo se percibe la prosa (por ejemplo, las oraciones cortas y concisas generan tensión, urgencia o incertidumbre). Miguel Vitagliano (2003) cita a Ítalo Calvino con dos conceptos: «vínculo verbal» y «vínculo narrativo». El verbal tiene que ver con los conceptos o ideas que enhebran, como un tejido, cada uno de los acontecimientos del cuento. El narrativo, es sencillamente el orden de las acciones entre sí (esas que constituyen el eje o motivación).

Para hablarnos de la importancia de los objetos dentro de un cuento, Miguel Vitagliano (2003) destaca que ciertos elementos pueden adquirir un peso narrativo tal, que se convierten en el eje o núcleo de la historia, funcionando como catalizadores de sentido y acción. Un objeto puede transformarse de esta manera en el auténtico protagonista, y si esto sucede, nos encontramos frente a lo que podríamos denominar: «objeto mágico» (concepto que también fue estudiado por Propp).

Alrededor del objeto mágico se establece un campo de fuerza, conocido como el campo narrativo. Es posible afirmar que el objeto mágico es un signo identificable que establece de manera explícita la relación entre individuos o entre sucesos. En este caso no es propiamente un objeto lo que los dioses anhelan a lo largo de los tres cuentos de “Reivindicación Divina”, pero es casi como si lo fueran porque las tres pequeñas diosas: Nike, Fama y Fortuna; aparecen poco y al dar su bendición a los dioses mismos, los envisten de victoria y triunfo sobre los mortales.

A continuación, propongo analizar el rediseño de los personajes en estos cuentos, tomando como base el trabajo de Víctor Villegas (2018) sobre las principales características del gay latinoamericano, tema que, confío, resultará de interés para el lector: 1. La fuga de su punto de origen (ya sea del núcleo familiar, o ciudad natal, entre las opciones principales). Esto lo encontramos en el quinto cuento, “Areté: hijo del designio”. Con Dionisio y Apolo huyendo de Zeus a la tierra. 2. Un afeminamiento (que amalgama una mezcla de rasgos de ambos géneros, motivo por el cual se genera el rechazo social principalmente). Entendiendo el afeminamiento como la adopción de gestos, actitudes o rasgos asociados a la feminidad en cuerpos del sexo masculino. En los cuentos, Dionisio encarna esta feminización de forma más constante, mientras que Hermes la adopta de manera estratégica durante sus encuentros con Poseidón. En cambio, personajes como Hermafrodito presentan una ambigüedad más estructural: una androginia que funde elementos sexuales (intersexual) y de género, aunque en este universo se posiciona como mujer. En todos los casos, lo que emerge es una transgresión de las normas binarias, y esa tensión construye parte de su identidad narrativa. 3. Falta de una pareja estable (por la promiscuidad que trae consigo el romper el molde monógamo heteronormativo y también por la acumulación de vacíos emocionales). Zeus, Poseidón y Hermes presentan esta característica por igual (porque, aunque no se ahonda en

la historia de los primeros dos mencionados, es porque es un dato muy conocido dentro del imaginario colectivo).

Además, Víctor Villegas (2018) nos aporta los rasgos principales que tienen los personajes dentro de los relatos de dicha clasificación y que, puedo asegurarte, querido lector, coinciden con los de esta antología: 1. Culto a la belleza y juventud. Basta decir que todos los personajes de este compendio de cuentos son dioses; 2. Idealización del efebo. Los jóvenes amantes deben ser perfectos no sólo físicamente, es por eso que Hermes se sacrifica al máximo tanto en “Hermafrodito” como capturando a Fortuna junto con Poseidón, o que Dionisio defiende y ayuda a toda costa a Apolo; 3. Lucha contra una sociedad hostil. Es por eso que en las tres partes de “Reivindicación Divina” los dioses se ven obligados a volver a ganarse a los mortales por medio de otras artimañas; 4. Enfrentamiento con la familia; 5. Ruptura con los lazos afectivos. La explicación de estos dos conceptos se resume tanto con “Hermafrodito” como con “Areté: hijo del designio”. La trama central de estos relatos es la disputa entre dioses por diversas situaciones que tienen que ver con un estado de enamoramiento e impulsividad; 6. Auto-escarnio. Hermes reprochándose sus propios sentimientos, tanto en “Hermafrodito” como en “Reivindicación Divina”, en la que Poseidón también siente esto, sobre todo en “Reivindicación Divina. Canto II: Fortuna”.

Estos elementos establecen el arquetipo gay latinoamericano en autores mexicanos, y para este proyecto es importante conocer dicha información, porque son estos vínculos afectivos los que prevalecen en el compendio de cuentos *Homoidoscopia Divina* y esta es una forma de comprobarlo.

Finalmente, para cerrar con broche de oro esta travesía por la teoría literaria que alimenta esta poética, quiero hablarte un poco sobre la intertextualidad. Este concepto no se reduce a las referencias visibles dentro de un texto, sino que abarca un entramado profundo

de conexiones, ecos, transformaciones y reescrituras que lo atraviesan como corrientes subterráneas. Gérard Genette, en *Palimpsestos* (1982), propone que dentro de lo que llama “transtextualidad” —toda relación entre textos— existe una categoría especial: la “hipertextualidad”, mediante la cual un texto (hipertexto) deriva de otro anterior (hipotexto), a través de operaciones como la imitación, la parodia o la transformación. Entre estas, destaca la transformación compleja: una reescritura profunda que no solo modifica la forma, sino también el sentido del texto base.

En *Homoidoscopia Divina*, esta idea adquiere un peso particular: cada cuento parte de un mito o fuente grecolatina (misma que se desglosará a detalle en esta sección), pero no se limita a repetirlos; los tensiona, los subvierte, los rescribe desde la disidencia. Algunos relatos se nutren de la transformación compleja; otros optan por la alusión sutil o el desvío simbólico. Lo queer opera aquí como agente de mutación: desmantela los códigos heredados para volverlos significantes nuevos. Esta escritura no reverencia: interroga. No preserva: reinventa. Su poética dialoga con las fuentes desde el deseo de abrirles otros caminos posibles.

Los dioses que protagonizan esta obra no fueron elegidos sólo por su peso simbólico dentro del panteón griego, sino por los matices de ambigüedad, transgresión y deseo que los atraviesan desde sus orígenes. Dionisio, Apolo, Poseidón, Zeus, Hermafrodito y Hermes exhiben (ya desde las fuentes clásicas) rasgos queer que han sido ignorados, censurados o leídos bajo la sombra de la normatividad, como veremos a continuación:

- Dionisio: dios del vino, el éxtasis y el desborde, es quizás la figura más abiertamente queer del panteón griego. No solo por su erotismo desbordado, sino también por su ambigüedad de género. En *Las Bacantes*, Dionisio aparece vestido con túnicas femeninas, se

presenta como un joven de belleza afeminada y persuade a sus seguidores (como al rey Penteo) a travestirse y abandonar el orden racional (Eurípides, 2003).

- Apolo: aunque arquetipo del orden, es también símbolo de un amor masculino idealizado. Su vínculo con Jacinto —“bellísimo adolescente”, transformado en flor tras su muerte trágica (Ovidio, 2013, *Metamorfosis*, X, vv. 162–219)— da cuenta de su inclinación homoerótica, así como su amor por Cipariso, a quien convierte en ciprés tras una pérdida dolorosa (Ovidio, 2013, *Metamorfosis*, X, vv. 106–142).

- Poseidón: aunque tradicionalmente asociado a una imagen hipermasculina, sus relatos están llenos de ambigüedades sexuales. Uno de ellos es el mito de Cénide, una joven virgen que, tras ser violada por Poseidón, pide ser transformada en hombre. Así nace Ceneo, guerrero valiente que encarna un tránsito de género que rompe con los binarismos clásicos (Homero, *Ilíada*, I.264; Ignacio González, 2012). En otro mito, Pélope es raptado por Poseidón, quien lo convierte en su amante. Posteriormente, el dios lo ayuda a ganar la mano de Hipodamía. Esta relación pederástica cumple una función de iniciación masculina, legitimada culturalmente (Ignacio González, 2012).

- Zeus: símbolo de la virilidad clásica, rapta a Ganimedes, el más hermoso de los mortales. En *Las Metamorfosis*, se relata cómo el dios lo eleva al Olimpo para hacerlo copero de los dioses (Ovidio, 2013, *Metamorfosis*, X, vv. 155–161). Esta relación, lejos de ser un caso aislado, forma parte de un imaginario donde la belleza juvenil masculina es deseada y, a la vez, sometida. Ignacio González (2012) señala que Ganimedes representa al bello vulnerable, raptado por su belleza dentro de una estructura patriarcal. Rubén Darío Montoya (2012), en *Ética sexual y estética de la existencia en la antigua Grecia*, amplía esta visión desde una lectura foucaultiana del *Fedro* de Platón, donde el joven, inicialmente objeto pasivo del deseo, se transforma en sujeto erótico: “el amado comienza a amar, pero no sabe

qué le pasa [...] henchido de deseo [...] está dispuesto a no negarse” (Platón, 1993, citado en Rubén Montoya, 2012, pp. 118–119).

- Hermafrodito: hijo de Hermes y Afrodita, es la fusión literal de masculino y femenino. En *Las Metamorfosis* (Ovidio, 2013), se narra cómo la náyade Salmacis se une a su cuerpo y ambos se funden en uno solo, provocando que quien se bañe en esas aguas “pierda su sexo”. Este mito se ha interpretado como una alegoría de la identidad no binaria y de la disolución de géneros rígidos.

- Hermes: dios del movimiento y los cruces, no presenta mitos explícitamente homoeróticos, pero tampoco se le asocia con una heterosexualidad establecida. Este vacío permite una apropiación simbólica desde lo queer. Como figura fronteriza —mensajero entre mundos, protector de los caminos—, Hermes es, en sí mismo, una figura queer: siempre entre lo uno y lo otro, sin necesidad de definirse.

Desde este contexto, podemos ver que desde la androginia travestida de Dionisio hasta la fusión no binaria de Hermafrodito; desde el deseo masculino en Apolo hasta la pederastia divina en Zeus y Poseidón; o la movilidad identitaria de Hermes, estos cuerpos míticos revelan su disidencia cuando se los mira sin miedo. Esta relectura no impone: revela lo que siempre estuvo ahí.

Como explica Ignacio González (2012), el mito no describe una realidad histórica fija: produce sentido, construye un mundo simbólico. Esta poética asume, entonces, su derecho a intervenir esos mundos no para traicionarlos, sino para reactivarlos. La reescritura de mitos grecolatinos que sostiene esta poética no es un gesto aislado ni anacrónico, sino una continuidad crítica, afectiva y simbólica de una tradición que ha moldeado el pensamiento occidental desde sus orígenes. Como señala Gilbert Highet (1996) en su libro *La tradición clásica*: “los griegos inventaron casi todos los géneros literarios que nosotros utilizamos”, y

ese legado, reelaborado por los romanos, sobrevivió siglos de guerras, silencios y relecturas, hasta configurar los pilares de la literatura moderna.

La intertextualidad aquí no responde solo al gesto posmoderno de citar o deconstruir, sino a una cadena más vasta que enlaza a Virgilio con Dante, a Platón con Shakespeare, a Eurípides con Borges. En palabras de Gilbert Highet, nuestra civilización es nieta de Roma y bisnieta de Grecia, y gran parte de lo que escribimos, pensamos o soñamos está atravesado por esa doble herencia. “Los pensamientos tienen vida más larga que los idiomas” (p. 12), afirma, y es esa vitalidad del pensamiento mítico lo que esta tesis busca encender desde una mirada queer.

Lo queer, entonces, no es una capa moderna sobrepuesta a lo antiguo, sino una lente que permite ver lo que ya estaba allí. Esta poética se inscribe en un palimpsesto de reescrituras: conecta lo clásico con lo contemporáneo, lo normativo con lo disidente, lo sagrado con lo deseante. Como recordaba Ignacio González (2012), el mito produce realidad, y esta poética desea, con plena conciencia estética e histórica, inscribirse en esa producción.

Entre los guiños personales: Dionisio tiene ojos dorados como la cebada; las alas de Hermes no están adheridas a su calzado, sino a sus tobillos; el dije de Poseidón, que se transforma en tridente, lo hace por mera practicidad. Las amazonas, tradicionalmente hijas de Ares y habitantes de Themyscira, fueron aquí trasladadas a una Lesbos oculta —homenaje a *Wonder Woman* (2017)—, donde algunas nacieron de Zeus, pero su culto se inclinó hacia Atenea y Artemisa, deidades que exaltan la feminidad incluso en su templanza. El ave en la que se transforma Ganímedes es un *Aegithalos caudatus*, especie que habita Grecia, para conservar la coherencia entre geografía, mito y simbolismo.

Los diseños de las tres diosas —Nike, Fama y Fortuna—, así como su conformación en una triada, surgieron del deseo de que funcionaran como el “objeto mágico” de las

narraciones. Pensando en las olimpiadas y las medallas que se otorgan, obtuve mi respuesta: por ello, cada una de ellas es representada en tonos dorado, plateado y cobrizo.

Y entre todos los símbolos, hay uno que concentra esta poética: Areté. Su nombre, heredado del griego clásico (ἀρετή), es mucho más que “virtud” o “excelencia”. Deriva del verbo *aristeuein* (sobresalir, ser el mejor), y en su sentido más profundo designa la plenitud del ser en su máxima expresión (aquello que cumple con su propósito esencial). En la épica homérica, *areté* es heroica (fuerza, valor, honor); en Platón y Aristóteles, es moral y filosófica (sabiduría, justicia, templanza). La educación griega entera giraba en torno a formar ciudadanos con *areté*, hombres y mujeres (como Penélope o Atenea) que encarnaran el ideal del *kalós kagathós* (lo hermoso y lo bueno, unidos).

En *Homoidoscopia Divino*, Areté es el hijo de Dionisio y Apolo, la unión mística de razón y pasión, sol y vino, estructura y delirio. En él se sintetizan los opuestos que parecían irreconciliables: lo que el canon dividió, aquí se reconcilia. No representa una virtud única, sino la totalidad del ideal griego trasladado a una sensibilidad queer y contemporánea. Es un hijo, sí, pero también una idea viva: la prueba de que lo divino puede reinventarse, y que la excelencia no está en la pureza, sino en la fusión; pues lo uno no existe sin lo otro.

Antes de tomarnos un momento para mirar desde la cima lo que se ha construido aquí, te mencionaré las referencias pop personales, que fueron fundamentales para gestar estos relatos, ya que permitieron evocar atmósferas específicas al asociar ideas preexistentes.

American Gods de Neil Gaiman (2001) influyó al presentar a los dioses como seres humanizados y vulnerables ante la pérdida de la fe. Esta novela propició una reflexión sobre la fragilidad de los mitos y el impacto de la cultura contemporánea en lo divino. Sin embargo, opté por centrarme exclusivamente en la mitología grecolatina debido a la complejidad de integrar múltiples panteones.

El canal de YouTube *Destripando la Historia* resultó inspirador por su enfoque lúdico y accesible, que demuestra cómo el interés por la mitología puede mantenerse mediante formatos innovadores. Su video sobre Zeus fue especialmente útil para imaginar visualmente al personaje en una etapa temprana del proyecto.

Otra fuente importante de inspiración para mí fue el anime de *Saint Seiya* (1986), pero en realidad el enfoque que tomé de aquí fue para imaginar cómo utilizaban sus poderes los dioses en combate. En cuanto al tratamiento de los personajes divinos que tiene esta serie, a excepción de Atena, toma a los dioses como antagonistas, fríos y distantes entre sí y la humanidad, ese fue un aspecto que quise cambiar en mis cuentos. Inicialmente fue este el estilo visual que me gustaba imaginar, y quizá Apolo y Dionisio entran mejor en este diseño (aunque más adelante mis personajes dejaron de ser caricaturizados y comencé a pensar en actores).

Películas como *Immortals* (2011) me impulsaron a proponer una visión alternativa: aunque su diseño de personajes me resultó útil (Luke Evans como Zeus, Isabel Lucas como Atenea y Daniel Sharman como Ares), los dioses eran mostrados como entidades distantes, despiadadas y egocéntricas, algo que decidí matizar en mis relatos. En cuanto al diseño visual, influencias como Jason Momoa en *Aquaman* para Poseidón, Ezra Miller en *La Liga de la Justicia* para Hermes, Ken Bek para Apolo y Andrej Pejic para Dionisio me ayudaron a imaginar físicamente a mis personajes, aunque solo a nivel estético.

Finalmente, películas como *Hércules* (1997) de Disney y *Troya* (2004) marcaron mis primeros acercamientos a la mitología, aunque hoy reconozco sus limitaciones. En especial, *Troya* fue decepcionante por omitir a los dioses, elemento crucial para comprender la esencia de *La Ilíada* y el pensamiento de la Grecia antigua.

La buena noticia de haberme empapado de las ideas que vi expuestas en estas menciones, y otras a lo largo de este proyecto, es que pude escribir mi versión, una en la que se incluye todo lo que yo considero importante resaltar de los grecolatinos, reinterpretado, para unirlo con la teoría queer y dándole mi propio estilo, por si eso fuera poco, me divertí creando estas historias, de las que estoy muy orgullosa.

* * *

CONCLUSIONES

Poética del Homoidoscopio Divino

CONCLUSIONES

La literatura queer se enriquece al contrastarse con un estudio histórico que se remonta a la Antigua Grecia y Roma, evidenciando que la sexualidad y los roles de género son construcciones sociales e ideológicas, y no realidades biológicas inmutables. La heteronormatividad ha impuesto una dicotomía arbitraria entre lo “sexual” y lo “no sexual”, justificando –mediante discursos científicos y sociales– la subordinación de grupos como mujeres, homosexuales y otras personas no normativas (o simplemente queer).

Este recorrido histórico demuestra que el mito ha sido un antecedente fundamental en la evolución del cuento, y que su reformulación es inherente al proceso literario, en tanto se adapta a las transformaciones culturales y sociales. La teoría queer, surgida en el contexto del movimiento gay, sostiene que tanto la sexualidad como el género son performativos y fluidos, una idea que se corrobora en prácticas actuales, como los métodos de reproducción asistida, que desvinculan la reproducción del acto sexual.

Aun en pleno siglo XXI, cuando nos sentimos atrapados en las incertidumbres del nuevo milenio y nos preguntamos de dónde venimos y hacia dónde vamos, regresar a los clásicos puede ayudarnos a encontrar respuestas en nuestro camino hacia el futuro. Con una aproximación razonable, podemos ver que, a lo largo de mil quinientos años de historia, griegos y romanos ya exploraron nuestro presente y nuestro porvenir. Hallaron el amor en todas sus formas, incluido el amor literario que Occidente, tras periodos intermitentes de olvido a conveniencia, redescubre hoy en su herencia grecorromana con la literatura queer.

En este sentido, la relectura de la herencia grecorromana en la literatura contemporánea queer recupera y reinterpreta estas tradiciones con un enfoque actual, indagando en el deseo, y el género desde nuevas visiones, pero manteniendo ecos del legado grecolatino como se evidencia en obras juveniles tales como: *Llámame por tu nombre* (André Aciman, 2007),

Heartstopper (Alice Oseman, 2020), o incluso la reinterpretación de mitos clásicos con ideología queer, como *La canción de Aquiles* (Madeline Miller, 2011), o los cuentos de mi *Homoidoscopio Divino*. Dichas narrativas van más allá de la recuperación de las tradiciones antiguas que constituyen una fuente inagotable de inspiración, a partir de ellas propone una visión más flexible y crítica de la identidad, contribuyendo a la resignificación constante de mitos y a la generación de nuevas historias, que van más allá de un simple recuerdo lejano, que nos sirven para reconsiderar el presente y el porvenir tanto de nosotros como de la literatura queer.

* * *

REFERENCIAS

Poética del Homoidoscopio Divino

REFERENCIAS

- ANTIGUA GRECIA. (15 de diciembre de 2023). Festival Dionisias Rurales: Celebración de la vida y la fertilidad. *Antigua Grecia*. <https://antiguagrecia.net/ceremonias-y-rituales/festival-dionisias-rurales-celebracion-vida-fertilidad/>
- BERNINI, L. (2019). *Las teorías queer. Una introducción*. España: Editorial Egales.
- BUTLER, J. (2023). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (Trad. M. A. Muñoz García). Barcelona: Ediciones Paidós.
- CANTARELLA, E. (2021). *Segun natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*. (Trad. M. Llinares). España: Ediciones Akal. (Trabajo original publicado en 1995).
- DEY, T. (21 de octubre de 2016). La segunda persona. Enunciación y voces del relato. *Blog de clase de Teresa Dey*. <https://uacmenunciacionyvoces.wordpress.com/>
- ESLAVA GALÁN, J. (1997) *Amor y sexo en la antigua Grecia*. España: Temas de Hoy.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, D. (2008) *Diccionario de términos literarios*. España: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1996).
- EURÍPIDES. (2003). *Las Bacantes* (Trad. M. Rodríguez Tobal). Madrid: Ediciones Cátedra. (Original del siglo V a.C.).
- FAUSTO-STERLING, A. (2000). *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*. Basic Books.
- FORSTER, E. M. (1927). *Aspectos de la novela*. México: FCE.
- GARCÍA GUAL, C. (2003). Los mitos griegos en la literatura de nuestro tiempo. En M. G. Ochoa Santos (Ed.), *Mito, filosofía y literatura en la modernidad* (pp.13-38). México: Plaza y Valdés.

- GARCÍA PELÁEZ CRUZ, S. (2017). Prólogo. En Homero, *Ilíada y Odisea. Con estudio introductorio e iconografía de la obra* (Trad. L. Segalá y Estalella, pp. 9-27). México: Mirlo Editorial. (Obra original escrita ca. siglo VIII a.C.).
- GENETTE, G. (1983). *Nuevo discurso del relato*. Madrid: Cátedra.
- GENETTE, G. (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.
- GIARDINELLI, M. (2003). *El género cuento: Teoría y práctica*. Alfaguara.
- GONZÁLEZ SACEDA, I. (2012). *Manifestaciones homoeróticas masculinas a través de la Mitología griega*. [Tesis de maestría. Universidad Complutense de Madrid] E-Prints UCM. <https://docta.ucm.es/>
- HALPERIN, D. M. (2000). *San Foucault: Para una hagiografía gay*. Egales.
- HAWTHORNE, N. (2013) *El libro de las maravillas. Cuentos de Tanglewood. Mitos griegos para niños y niñas*. (Trad. G. Escodín y M. Salís). Daruma. (Trabajo original publicado en 1853).
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D. (2005). *La mitología contada con sencillez*. Madrid: Maeva Ediciones.
- HIGHET, G. (1996). *La tradición clásica: Influencias griegas y romanas en la literatura occidental* (A. Alatorre, Trad.). México: FCE. (Obra original publicada en 1949).
- HOMERO (2017). *Ilíada y Odisea. Con estudio introductorio e iconografía de la obra*. (Trad. L. Segalá y Estalella). México: Mirlo Editorial. (Obra original escrita ca. siglo VIII a.C.)
- JAGOSE, A. (1996). *Queer Theory: An Introduction*. New York: New York University Press.
- KOHAN, S. A. (2000). *Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento*. (3ª ed.). España: Alba Editorial.

- KOSOFKY SEDGWICK, E. (1998). *Epistemología del armario*. (Trad. T. Bladé Costa).
Barcelona: Ediciones de la Tempestad. (Trabajo original publicado en 1990).
- LUCIANO DE SAMÓSATA. (1992). *Obras* (Vol. I, Trad. J. Alsina; 2.^a ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). (Obra original escrita ca. siglo II d. C.)
- MACHUCA RAMÍREZ, J. A. (1995). Mijaíl Bajtín y las nuevas orientaciones de análisis en las ciencias sociales (la cultura cómica popular). *Dimensión antropológica*, 5, 105-124.
- MATEOS CASADO, C. (2017). Binarismos. En R. L. Platero Méndez, M. Rosón Villena y E. Ortega Arjonilla (Eds.), *Barbarismos Queer y otras esdrújulas* (pp. 46-55).
Barcelona: Edicions Bellaterra.
- MENÉNDEZ, R. (2013). *Cinco golpes de genio. Técnicas fundamentales en el arte de escribir cuentos*. España: Alba Editorial.
- MONTOYA GÓMEZ, R. D. (2012). *Ética sexual y estética de la existencia en la antigua Grecia: reflexiones sobre la homosexualidad desde Foucault*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- MORALES HARLEY, R. (2019). El héroe épico: una perspectiva comparada. *Pensamiento Actual*, 19(33), 25-39.
- MUÑOZ, J. E. (2009). *Cruising utopia: The then and there of queer futurity*. New York University Press.
- MURIEL, C. E. (2001). El Dulce Silencio de Hilaris: La “homosexualidad” en Grecia y Roma. *Orientaciones: revista de homosexualidades*, 2, 23-36.
- OTTO, W. F. (1954). *The Homeric Gods: Spiritual Significance of Greek Religion* (Trad. M. Hadas). Pantheon Books. (Trabajo original publicado en 1929).

- OVIDIO. (2013). *Las metamorfosis* (A. Pérez Vega, Trad.). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/metamorfosis--0/html/ff8ccec6-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- PAREDES, A. (2015). *Las voces del relato*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- PAUSANIAS. (2003). *Descripción de Grecia* (Trad. J. Pascual Barea). Madrid: Gredos.
- PÉREZ CARRANDI, J. (2021). Sexualidad marginal a través de la poesía de Catulo, Marcial y Juvenal. *Signos históricos*, 23(46), 242-285.
- PIMENTEL, L. A. (2017). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1998).
- PLATÓN. (1993). *Diálogos: Apología de Sócrates, Fedón, Banquete, Fedro* (Trad. C. García Gual). Madrid: Gredos.
- PLUTARCO. (1985) *Vidas Paralelas. Obra completa*. (Trabajo original publicado entre el 96 y el 117 d. C). Barcelona: Biblioteca Clásica Gredos.
- PORTERO, A., NÉSTORE, A., DE LA CRUZ, A., MONROY, V., NIETO JIMÉNEZ, G., RUAL, M., MOSQUERA, L., BEIZANA VIGO, M., GÓMEZ DE BARREDA, D. G., TORRES, S., DOMÍNGUEZ, A., GARCÍA MARINA, R., HERRÁN DE VIU, P., DUVAL, E. Y ESPIRITA, O. (2019) *Asalto a Oz: antología de relatos de la nueva narrativa queer*. Dos Bigotes.
- PRECIADO, P. B. (2008). *Manifiesto contrasexual*. Opera Prima.
- PRECIADO, P. B. (2008). *Testo yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*. Madrid: Espasa.
- R. L. PLATERO MÉNDEZ, M. ROSÓN VILLENA Y E. ORTEGA ARJONILLA (Eds.). (2017). *Barbarismos Queer y otras esdrújulas*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- ROMERO, F. G. (2004) *Sexualidad en Esquilo*. Universidad Complutense.
- ROSENBAUM, E. y SARDI, L. (2001). Luciano, Diálogo de los dioses. Algunas consideraciones sobre el humor. *Revista de Estudios Clásicos*, (30), 129-141.

- RUIZ, L. y NATZAHUATZA, A. (2023). *Resistencias Queer*. Ciudad de México: Grijalbo / Penguin Random House Grupo Editorial.
- SAMPERIO, G. (2005) *Después apareció una nave: Manual para nuevos cuentistas*. España: Editorial Páginas de Espuma.
- SÁNCHEZ BARRAGÁN, E. G. (2009). *Tras las huellas de Grecia y Roma. Una técnica de investigación en filología clásica*. México: UNAM.
- SAUNDERS, J. (2011). *Cómo crear personajes de ficción: Una guía práctica para desarrollar personajes convincentes que atraigan al lector* (5ª ed. Trad. S. A. Kohan). España: Alba Editorial. (Trabajo original publicado en 1992).
- SCHMITT-PANTEL, P. (2011) *Dioses y diosas de la Grecia antigua explicados a todo el mundo*. (Trad. R. Rius Gatell). España: Paidós / Espasa Libros. (Trabajo original publicado en 2008).
- SERRANO, R. (2019). Prólogo. En Portero, A., Néstore, A., De la Cruz, A., Monroy, V., Nieto Jiménez, G., Rual, M., Mosquera, L., Beizana Vigo, M., Gómez de Barreda, D. G., Torres, S., Domínguez, A., García Marina, R., Herrán de Viu, P., Duval, E. y Espirita, O., *Asalto a Oz: antología de relatos de la nueva narrativa queer* (pp. 8-16). Dos Bigotes.
- TRUJILLO BARBADILLO, G. (2022). *El feminismo queer es para todo el mundo*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- VILLEGAS MARTÍNEZ, V. S. (2018). *El personaje gay. Un acercamiento crítico desde la perspectiva de género, los estudios gay y la teoría queer en seis cuentos mexicanos*. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores.
- VITAGLIANO, M. A. (2003) *Cómo ambientar un cuento o una novela. Técnicas y recursos para escribir ficciones creíbles*. (2ª ed.). España: Alba Editorial.

WARNER, M. (Ed.). (1993). *Fear of a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory*.

Minneapolis: University of Minnesota Press.

ZANOTTI, P. (2010). *Gay: La identidad homosexual de Platón a Marlene Dietrich* (Trad. N.

Martínez Deaño). México: FCE, TURNER. (Trabajo original publicado en 2005).

HOMOIDOSCOPIO DIVINO

LA REIVINDICACIÓN QUEER DE LOS DIOSES



Imagen generada mediante IA (Sora), basada en la escultura *Grupo de Zeus y Ganímedes* (ca. 480–470 a.C.), conservada en el Museo Arqueológico de Olimpia.

ÍNDICE

- I. Hermafrodito • 94
- II. Reivindicación divina. Canto I: Nike • 103
- III. Reivindicación divina. Canto II: Fortuna • 124
- IV. Reivindicación divina. Canto III: Fama • 150
- V. Areté: Hijo del designio • 170

HERMAFRODITO

Jamás pensaste que la tragedia pudiera pasarte a ti, ¿verdad? ¡Oh, Hermes! Si tan solo hubieras escuchado las señales que el motor inmóvil intentó enviarte. Pero lo hecho, está hecho, y quizá es por eso que, después de pasar por tan graves desdichas, comprendiste la oscuridad: la otra cara de la moneda. Ahora, cuando llevas a alguien al Hades, disfrutas del silencio frío de los muertos más que del bullicio artificial del Olimpo.

Pero no siempre fue así. ¿Recuerdas aquella mañana en que coqueteaste con Ares? Él estaba en una audiencia con tu padre, Zeus. Tú estabas a su lado, por supuesto, eres el heraldo divino y tu deber es estar disponible para el dios de dioses cuando él así lo requiera. Tu trabajo te aburría cuando tenías que mantenerte en un solo lugar, estabas inmerso en el tedio, hasta que viste ese fuerte torso desnudo del dios de la guerra entrar al palacio. Te hizo remorderte los labios. Pensaste entonces en lo bueno que sería jugar con fuego y tentar a ese varón temible; lo buscaste con la mirada, él no se lo esperaba, nunca se imaginó siquiera que tuvieras otras intenciones en algún momento. Pero, ¿quién te conocía realmente?

Cuando sus miradas al fin se encontraron, sentiste un impulso loco por acercarte, pero lograste contenerlo. Contemplaste con detenimiento su barba cerrada; sus cabellos cortos y rizados, con chispas doradas que surgían ante el reflejo de la luz. Sus ojos grandes color avellana, y esas facciones masculinas por las que tus ojos negros se pasearon con detenimiento por primera vez. Entonces notaste que en la simetría de ese rostro todo te agradaba: cejas pobladas, mentón fuerte, nariz afilada. Su piel estaba tostada por el sol. Pensaste con deleite que eso era debido a las expediciones bélicas que llevaba a cabo junto con los guerreros que lo invocaban. El calor de la conversación con Zeus aumentó, y fue cuando el dios, con un aire obstinado, se dio la media vuelta y caminó fuera del palacio

mientras expresaba frustrado: “Tú nunca entiendes nada, esta guerra es necesaria, padre”.

Ese tono grave fue el ultimátum de todo, porque tu imaginación desarrolló una serie de escenas eróticas en las que deseaste estar con el dios.

Revoloteaste con tus sandalias aladas fuera del palacio, no te importó dejar solo a Zeus, necesitabas seguir llenándote los ojos de toda esa masculinidad, de esas anchas y fornidas espaldas. Un faldón de cuero dorado era lo único que lo cubría del deseo de tus ojos. Sus sandalias color cobre tenían correas que se enredaban de forma cuidadosa por sus fuertes y marcadas pantorrillas; así que tu mente viajó hasta Afrodita. Imaginaste el movimiento escrupuloso de sus manos para ponerle las sandalias al hombre que la había satisfecho no hace mucho, y eso te impulsó a volar frente a él. “Me temo que esa no es la mejor manera de dirigirte a nuestro padre.” Tu tono fue confiado, incluso irónico. El dios frente a ti te clavó una mirada enfurecida y, con el mismo tono con que se dirigió a su padre, te contestó: “Hazte a un lado, que ahora no estoy de humor para conversación alguna.” Te movió en los aires con una mano, cual mosca. Desplazaste tu vuelo con facilidad y te ignoró, alejándose a paso firme.

En ese momento pudiste irte, dejar todo como estaba, pero una vez que un dios decide algo, lo realiza. Y tu jovial ánimo dictaba que siguieras con la locura que tenías pensada. Lo seguiste a distancia, lo viste descender a la tierra; él no era más rápido que tú, por lo que fue fácil seguirlo hasta la cascada en la que se detuvo. Se desprendió de lo poco que traía puesto y se metió al agua fría para apagar un tanto el fuego de su enojo. Esperaste a que el dios se distrajera, mientras también te desprendiste de tus ropas: la toga blanca, el sombrero y las sandalias aladas, la bolsa de viaje y el cetro sagrado llamado caduceo⁴. Fue entonces que

⁴ Vara rodeada de dos serpientes enroscadas y ascendentes, coronada con un par de alas.

metiste los pies descalzos al agua helada. Tu piel clara se erizó, el corazón de tu forma mortal latía muy fuerte. Al adentrarte de lleno en la cascada, tu delgado cuerpo, de músculos sutilmente marcados, se estremeció. Se humedecieron tus rizos negros que te llegaban al hombro y esa visión tuya del agua corriendo sobre tu gloriosa personificación fue artística. Ares advirtió tu presencia y, al darse la media vuelta para mirarte, te adelantaste a besarlo... Fue entonces que tu sed de él se sació y el dios desahogó su energía contigo sin pensárselo dos veces.

A partir de ese momento, sus encuentros casuales se normalizaron. A ti solo te importaba el deseo, por lo que encontrabas esa situación muy placentera. ¿Recuerdas que alguno de aquellos encuentros se dio en el lecho de Ares? Las sábanas blancas olían a rosas frescas y a una feminidad embriagante por la que pensabas, inevitablemente, en Afrodita. Era probable que allí también pasara momentos pasionales la bella diosa, y te gustó imaginar su piel clara, sus largos cabellos rubios y rizados hasta la cintura, esos ojos de cielo y la suave sonrisa que se pintaba en sus carnosos labios rojizos, como una expresión natural de su semblante. De inmediato, el dios mayor notó por dónde iba tu imaginación, palmeó tu mejilla con brusquedad obligándote a mirarlo: “Si te atreves a tocarla, mi venganza será terrible. Ella es solo mía.”

La expresión firme y amenazante con la que habló el dios bélico te hizo regresar a un momento parecido del que te habías olvidado, hasta ahora. Rememoraste días lejanos en los que tus visitas al inframundo dejaron de ser un deber divino, cuando la hermosa Perséfone se te metió en los ojos y la idea de poseerla te atormentó cada vez con más fuerza. El rojo de sus largos cabellos y sus ojos verdes se te presentaban donde estuvieras. Peor fue todo cuando la viste deambular entre las almas de los difuntos, sosteniendo una vara de incienso humeante con la que trazaba dibujos de flores y sonreía para sí. Sus pies descalzos danzaban una

melodía que solo ella escuchaba y te maravilló el misterio de su esbelta figura, oculta entre tantos mantos color púrpura. Observaste maravillado esos labios de cereza que susurraban una fúnebre melodía antigua: era perfecta. La señora del inframundo era como un candil en medio de la oscuridad inminente de una caverna. ¿Cómo conservaba esa belleza infantil mientras habitaba en el subterráneo?

Todas esas preguntas te abordaron mientras detenías tu vuelo e inconscientemente plantaste los pies en el suelo de húmeda piedra. Caminaste hasta ella como un sonámbulo y tomaste la muñeca con la que sostenía el incienso. Sus grandes ojos te miraron con inocencia dudosa. Acariciaste sus cabellos y, antes de que pudieras hacer otra cosa, ella inundó las tinieblas con un estruendoso grito agudo que se te metió hasta lo más hondo del cerebro. Perséfone adivinó antes que tú las crueles intenciones de ese deseo que anidaba en tu ser. Intentó soltarse, se giró dándote la espalda y tú apresaste su vientre bajo con agarre firme, cubriendo sus preciosos labios con la otra mano. Ella tiró el incienso y forcejeó, pataleó inútilmente.

Ese alboroto despertó al rey de los muertos. Hades acudió al grito de horror de su joven esposa y, como una sombra, se plantó detrás de ti. Su mano se materializó en tu hombro y un frío despiadado te caló hasta los huesos. Con tremenda fuerza te separó de su amada y te arrojó contra el suelo. Caíste con el hombro, de costado. Tus ropas se desgarraron ante la fricción del impacto y quedaste aturdido. Él silbó a Cerberos, cuyas pisadas cimbraban el lugar a medida que se acercaba la bestia negra de ojos carmín. Sus tres cabezas te mostraban los filosos dientes y se plantó lentamente tras su dueño. El enorme animal emitía un gruñido bajo que sabías que, en cuanto cesara, dictaminaría tu sentencia. Perséfone, estremeciéndose en un sollozo, se refugió abrazándose al torso de su esposo. Tú no podías distinguir facción alguna del poderoso dios; para ti, sólo era una silueta corpulenta envuelta en una toga negra

con capucha, y ese misterio era escalofriante hasta para ti. Estabas atónito, incrédulo de ti mismo. ¿Qué clase de insensato intenta ultrajar a la reina del Hades?

Antes de que diera la señal al animal para despedazarte, saliste huyendo de allí tan rápido como tus alados pies te lo permitieron. La bestia ladraba y gruñía, corriendo tras de ti con trote estrepitoso, y sólo hubo silencio cuando saliste del inframundo y ascendiste al Olimpo. Las noticias vuelan tan rápido como tú, y en ese momento, ser hijo de Zeus fue tu carta de salvación. Hades se quejó con quien, además de rey, era su hermano, para que fueras castigado.

Heraldo divino, ¿acaso suprimiste las palabras que te dedicó el dios del rayo aquella vez?: “Hay leyes entre nosotros por una razón. No puedes hacer lo que quieras cuando quieras, Hermes. Sé más prudente; si no actúas con sabiduría, quizá la próxima vez no pueda salvarte de la furia de los dioses”. Ese día, tu padre se apiadó y, como castigo, sólo se limitó a mantenerte alejado del inframundo por un tiempo. Para volver, fue bajo un estricto juramento de nunca dirigirle siquiera la mirada a la gran dama del reino subterráneo.

Ahora te sientes de nuevo en ese momento, siendo condicionado sin razón. A Perséfone, por lo menos, la tocaste. De Afrodita sólo tenías vestigios y ya la deseabas. No tuviste que verla; recordar lo ocurrido anteriormente, lejos de amedrentarte, te impulsó a pensar con audacia: “Si voy a hacer esto de nuevo, tengo que hacerlo bien”. Partiste del palacio de Ares ya con la idea sembrada en tu cabeza; si ya habías logrado estar con el dios bélico, el camino era corto para lograr yacer con la diosa del amor.

Dejaste que pasara algún tiempo mientras estudiabas la rutina de la diosa. Sería poco probable lograr colarte con éxito entre los tiempos designados para Hefestos y Ares, elucubraste, y entonces algo se te ocurrió. Hermes, el comienzo de todo tu mal está en esa idea, porque decidiste convencer a tu padre de organizar un simposio entre los dioses: “Será

bueno para limar asperezas, padre. Ya verás lo mucho que se agradarán con la invitación”. Zeus cayó en tu juego e hizo que te encargaras de invitar a todos los dioses olímpicos a reunirse en su palacio. Un enorme banquete estaba dispuesto en una mesa rectangular de mármol, y se ubicaba entre blancas y esponjosas nubes. Las musas fueron las encargadas de deleitar sus oídos con las más bellas melodías.

Tú estabas inquieto, buscabas con la mirada a la diosa del amor. Al verla llegar al fin en compañía de Hefestos, te acercaste a saludarla. Ella te dedicó una mirada llena de agrado y te pusiste nervioso, un hueco en el estómago. ¿Lo recuerdas? La acechaste durante toda la reunión, pero a discreción. Parloteabas con uno y otro dios mientras bebías ambrosía y vino. Procurabas ser el conversador más ágil entre los dioses. Ella, primero, se hizo la desentendida, pero, a medida que se fue repitiendo la situación, Afrodita, divina entre las diosas, distinguió tu interés por impresionarla. No tardó mucho en coquetearte. Parpadeó con sus largas pestañas rubias cuando tu mirada viajaba hacia ella y, casi al finalizar la reunión, sonrió sólo para ti. Tu corazón se crispó y aceleró el palpitar; quizá te sonrojaste. Lo habías logrado.

No estuviste seguro de cómo, pero mientras tú salías del palacio de Zeus, la diosa te abordó, cubierta de mantos para ocultar su identidad. Te susurró con su dulce aliento a vino: “Llévame lejos, es ahora o nunca”. No lo pensaste dos veces. En tierra mortal era de noche y nadie los vería, por lo que la levantaste en vilo y volaste con ella en brazos. Llegaron a un gran campo de claveles rosas. Ella iluminaba todo a su paso con su divina presencia. Todavía puedes verla corriendo en el campo entre risas, acariciando los claveles con sus níveos dedos, y las luciérnagas volando a su alrededor y formando una corona en su rubia cabellera.

Abrazados uno del otro, se sumergieron entre la hierba. Ella, recostada entre claveles rosados, te pareció aún más hermosa. La perfección de su cuerpo siempre te fue inverosímil,

hasta el momento en el que la desnudaste y ella se entregó a ti sin dudarlo. Al terminar el encuentro, ella dijo: “No quiero que intentes buscarme. Si yo te necesito, acudiré a ti”. La voz de la fémina era sensual; no importaba su estado de ánimo, no olvidarías sus palabras gracias a ese sonido tan melodioso.

Después de lograr tu cometido, perdiste el interés por las emociones fuertes y te concentraste en tu trabajo. Pero ambos sabemos que era tarde para intentar dar marcha atrás a lo que habías desencadenado con tus actos, pese al secreto que sellaban tus labios. Volabas de un lado a otro, casi de manera mecánica, intentando dejar atrás aquellas cosas hacia las que habías sucumbido. Ah, pero lo peor viene en esta parte de la historia: ¿cómo fue el día en que recibiste esa noticia? No te retuerzas, destápate los oídos y afronta todo tal y como fue. Es verdad que cierto día regresabas al palacio de Zeus. Con cuidado fuiste descendiendo hasta que tus pies tocaron el suelo y caminaste hacia la entrada, pero no lograste cruzar la puerta porque una mujer te interceptó. Tú te dejaste abordar y, desconcertado, reconociste a Afrodita.

Pero esto habrá de contarse completo, porque resulta que de la noche que compartieron tú y la diosa, surgió un fruto que iba creciendo mediante el paso del tiempo en ella. Cuando Ares notó su estado, ella le aseguró que el hijo era suyo; la diosa encargó a Cupido vigilar a Ares e informarle si había algo de qué preocuparse. Y lo habría, porque éste, difícil de engañar, visitó a las mismas Moiras, quienes podían ver el destino: ellas le revelaron que, en realidad, el hijo que ella esperaba era tuyo. Cupido acudió en desesperado vuelo hasta su madre y la alertó del peligro inminente que se acercaba.

Fue por eso que ella volvía a abordarte: “Por favor, Hermes, ayúdame a ocultar a nuestro hijo. Aún no ha terminado de formarse, pero estoy dispuesta a dártelo para protegerlo de la terrible furia de Ares”. Al terminar de decir esto, ella bajó la cabeza y sollozó mientras

sus manos se aferraban a tu toga. ¿Cómo ibas a negarte?, si recién te habías enterado de que tendrías un hijo con la mujer más hermosa del Olimpo y que la venganza del funesto dios no se haría esperar sobre quienes eran inocentes de tu irreverencia. La llevaste a tu palacio, ella se desnudó para dejarte ver el bulto que ya se formaba y guió la mano a su vientre. Traspasó su piel en una luz dorada y tomó al pequeño y delicado dios en formación entre sus dedos. Al sacar a Hermafrodito de allí, era una esfera de luz blanca.

Tú, desesperado, recordaste cómo es que Zeus había terminado de gestar a tu hermano Dionisio, y ya esperabas esa transición con daga en mano. Apenas viste la esfera de luz, hiciste un corte en tu muslo derecho y, en medio de la profunda herida, Afrodita colocó a su hijo. Luego se inclinó a coser tu muslo y depositó un beso en la herida ya cerrada. Acariciaste su cabeza, la miraste conteniendo tu dolor e incertidumbre: “Estaremos a salvo”, dijiste más para ti que para ella. Aun así, obtuviste una sonrisa agradecida de su parte; ella no podía dejar de llorar.

Huiste lejos del Olimpo, bajaste a la tierra, estabas plenamente confiado de que nadie podía alcanzarte. Pero, a medida que el pequeño dios maduraba, tú te debilitabas, y llegó un momento en el que te fue imposible correr. Tu desgracia te alcanzó, el dios de la guerra te siguió la pista con parsimonia, y cuando tuvo la oportunidad de cazarte, lo hizo. Tú te habías ocultado en la copa de un árbol en algún bosque; habías perdido la noción de a dónde huías.

El dios llegó a donde estabas y arrojó un hacha; la rama en la que estabas se partió y caíste al césped. Intentaste correr, pero tus habilidades estaban muy deterioradas; Hermafrodito estaba casi a término.

Tus recuerdos de ese momento deben doler mucho, ya lo veo en tu mirada. Ares te levantó de las ropas, comenzó a golpearte en la cara a puño cerrado: “¡Te dije que era mía!”, exclamó mientras no dejaba de golpearte. Intentaste imponer las manos, pero, de por sí, la

fuerza del dios siempre había sido superior. Te tiró al suelo de vuelta, te pateó en los costados, y dentro de toda esta golpiza lograste proteger tu divino muslo de las agresiones. Hubo un momento en el que, agotado, quedaste boca arriba en el césped, miraste al cielo implorando clemencia a los dioses, suplicando en tu mente que todo aquello parara. Pero, cuando estabas al borde de la inconsciencia, Ares subió sobre ti y te arrancó las ropas... El acto siguiente se llevó consigo la dignidad que te quedaba. Y no se conformó con eso, maldijo a tu hijo, e imponiendo su mano en tu muslo pronunció terribles palabras: “Este engendro poseerá ambos sexos. Y por ser un fenómeno será estéril, así lo decreto yo”.

Terriblemente malherido y ultrajado, te hiciste un ovillo cuando el dios al fin se separó de ti. Sollozaste, por primera vez en tu inmortal existencia, inundado de un profundo dolor. Fue entonces cuando Cupido y yo te encontramos, te ayudamos a que tu hijo naciera, y, pese a que el daño ya estaba hecho, el niño pareció hermoso a tus ojos. Ahora que has sanado, la desdicha no ha dejado de perseguirte. ¿Cuándo será que recuperes la alegría? ¡Oh, Hermes! Me gustaría decirte que eres una víctima del destino, pero ambos sabemos que no es así, que tú te lo buscaste. ¿Sí lo sabes, Hermes? ¿Ya sabes por qué?

—Iris, ya déjame en paz.

REIVINDICACIÓN DIVINA

CANTO I: NIKE

El Olimpo era un lugar tranquilo y apacible cuando cada deidad se disponía a hacer sus tareas y le daban un respiro al dios de dioses, que ese día pretendía descansar en su magnífica morada. Aunque el gran Zeus parecía tenerlo todo, le preocupaba que cada vez escaseara su poder un poco más y tuviera que sacrificar algo de lo que tenía dominio allí en los cielos para alimentar con su energía y vigor todo aquel paraje divino. Además, estaba el hecho de que sabía muy bien que él seguiría reinando sobre los dioses siempre y cuando fuera el más fuerte de todos. De lo contrario, habría toda una revolución que solo resultaría en su caída. Debía hacer algo para defender su trono de los dioses oportunistas y, de paso, desaburrirse del Olimpo: necesitaba hacer algo nuevo e insertarse de nuevo en la devoción de los mortales.

Si algo le quedaba claro a Zeus, era que no había luchado por mantener la calma y el orden tanto tiempo como para ser derrocado de forma tan miserable. Al menos le gustaría poder elegir a alguno de sus hijos para que empuñara el rayo. Mientras tanto, él... ¿qué haría él? Deseaba recorrer la tierra, ver de cerca con sus ojos lo que la humanidad había hecho en ese tiempo. Meditar, poner en orden todo su caos interno, reencontrar su propósito y sus motivaciones, pero para eso habría de recuperar algo de su energía, y no podría hacerlo solo. Por eso había hecho un llamado al más querido de sus hermanos, y lo esperaba pacientemente, con los ojos cerrados, concentrándose en el sonido del agua que tenía muy cerca.

La ventaja de ser el único, poderoso e inigualable Zeus era que le sobraba la confianza en sí mismo, y aunque no tenía descartada la preocupación de su itinerario, era solo para ocuparse del asunto que le aquejaba: lidiar con el caos y seguir en calma.

—Te he llamado porque necesito saber si cuento contigo para esta afrenta. Hermano mío, hay que reconocerlo, cada vez estamos más débiles. Los tiempos modernos no nos están favoreciendo, pero tengo en mente una solución —Zeus cerró los ojos y extendió la mano para tomar su copa de vino, que estaba a un lado, en una mesita redonda de mármol junto a su silla de playa blanca—. Tengo pensado hacer un viaje astral para encontrar pistas que me ayuden a resolver este enigma. Mucho me temo que empeorará si no hacemos nada.

Poseidón creaba portales por medio de su elemento, y ya era habitual para él que cada vez que Zeus lo llamaba, el portal que creaba era dentro de su gran piscina en el templo principal del Olimpo. Emergió del centro de agua un remolino que irradiaba un resplandor celeste y, con un nado de flecha, entró el dios de los mares y salió de la piscina con agilidad, pero sin perder esa magnificencia que lo caracterizaba. Su cuerpo perfecto e inmortal escurrió agua, se desplazó con naturalidad y tomó una toalla dispuesta para él en una pequeña mesa de mármol a la derecha de la silla vacía junto a su hermano. Se sentó a su lado, con las manos entrelazadas y los codos apoyados sobre sus rodillas.

—Zeus, claro. Es el motivo principal de venir a reunirme contigo. Es momento de contarte que el océano se está deteriorando. He puesto toda mi energía en tratar de mantenerlo y restaurarlo, pero ya no es suficiente. Tu solución nos dará la guía para tener una idea de por dónde podemos comenzar —cerró el puño el dios del océano y miró al otro con determinación—. Sin importar con qué nos topemos, yo te cubriré —dijo con la seriedad que acostumbraba cuando se trataba de guardarle lealtad a su hermano. Tomó aire para confesar lo siguiente—. He tenido algunas visiones, pienso que tu oráculo nos va a guiar por la tierra

de los mortales. Nuestro enigma se esconde allí —habló sin dejar de mirarlo con sus ojos grises y una expresión pensativa.

—Me alegra contar con tu apoyo, Poseidón. Espero que las respuestas vengan a nosotros poco a poco. Yo también he tenido mensajes del motor inmóvil en mis letargos y sé que la falta de culto es lo que nos ha debilitado. Ahora solo nos resta averiguar el modo de recuperar la atención de los mortales para volver a ganar poder por medio de la popularidad. Hermes me ha prometido averiguar la manera más efectiva de lograrlo, pero tiene la teoría de que la fe de un alma joven nos será más provechosa que un alma vieja. Habrá que comprobar esa hipótesis —todo esto lo contó con entusiasmo contenido. Sus ojos oscuros chisporroteaban pequeños rayos que iluminaban el contorno de sus iris con una luz blanca. Bebió de su copa hasta terminarla.

—¿La atención de los mortales jóvenes? Qué curioso —se frotó el mentón barbado, pensando cuál podría ser la manera en que lo celebraran y alabaran, pues la gente había cambiado mucho. Ya no eran atractivas las promesas de rescatar sus navíos en la guerra, darles buena pesca o crear pozos de agua en medio de la nada. En la época actual, eso no causaría el mismo furor que en la antigüedad.

Zeus dejó su copa de lado y se recostó del todo en su silla al contemplar todas las posibilidades que había dentro de los resultados de esta aventura. Abrió una pierna con aire distraído y desvió la mirada.

—Hermano, debo ser muy honesto contigo: me deprimirá mucho que esto no resulte. Voy a poner lo que me queda de fe en la humanidad para esta travesía, pero, si no funciona... no sé lo que voy a hacer —su expresión se volvió melancólica al confesarle tal cosa. Zeus siempre se mantenía positivo y firme ante la adversidad, por lo que aquella actitud era nueva.

—No, Zeus. No hay que perderles la fe —se levantó del diván y caminó hacia el gran ventanal de cristal que estaba detrás de ellos; se recargó en una columna de mármol. El viento fresco alivió sus turbios pensamientos, intentando él mismo cumplir esa interlineada petición.

Lo miró en silencio desde su sitio, con cierta desolación, y sintió un hueco en el estómago al entender que el dios de dioses tenía tanto temor como el resto de las deidades olímpicas, y que esta vez necesitaba que lo salvaran a él, no a la inversa, como siempre había sido.

Caminó hacia él, con pasos llenos de convicción.

—Haremos lo que sea necesario. Dominaremos el idioma que hablan los mortales actuales, y van a tener que adorarnos otra vez. Lo juro por el Estigio —le prometió al pelinegro, poniéndose una mano en el pecho con solemnidad—. Ahora, ¿cuál es el primer lugar al que iremos? ¡Debemos partir de inmediato, no tenemos tiempo que perder! —lo animó el señor del mar, ofreciéndole su mano para que se levantara del camastro.

Zeus, desnudo y resplandeciente, solo tenía una toalla en su cintura. Escuchó complacido las palabras de Poseidón y suspiró con cierto alivio, tomando su mano para aceptar su ayuda. Caminó frente a su hermano, dedicándole una sonrisa condescendiente, y sin dejar de mirarlo, con su voluntad divina hizo abrir los portones con una brisa suave. Soltó la mano ajena, pero hizo una seña con el índice para que lo siguiera. Caminó para adentrarse en su templo, y en el umbral, una joven sierva lo esperaba con un antiguo papiro, que estaba dentro de un cilindro hecho de una especie de energía parecida al cristal.

Cuando el dios lo tocó, la protección desapareció y él lo desplegó. Mientras su toalla se difuminaba en el aire, un elegante y entallado traje azul marino, junto con una camisa blanca con los primeros dos botones abiertos, cubrían su desnudez en un resplandor. Dio un paso y un par de zapatos de vestir negros resonaron en el piso. Al llegar a la mesa, su capa

dorada se materializó en un deslumbrante resplandor momentáneo, y la corona de laureles de oro ordenó su divina cabellera rizada y oscura, que llevaba al hombro. Plantó el mapa con ambas manos sobre la mesa, y este se iluminó como si una potente lámpara estuviera debajo. Los ojos del que empuña el rayo se llenaron de luz azul eléctrico, que chisporroteaba en centellas.

— «Muéstrame dónde está Nike» —ordenó en griego antiguo, y del mapa surgió una burbuja de luz que representaba una proyección a escala de la tierra. De esta brotó una imagen, como la que sale de un proyector, mostrando el camino como en una cámara aérea. Sobrevolando la tierra, pasó al mar y se detuvo en una isla oculta entre densas nubes, que él mismo había puesto allí hacía siglos por súplica de quienes creía extintas: las amazonas.

El rey de los mares observó con serenidad el mapa que Zeus utilizaba para conocer la ubicación de los dioses. Aunque lo había visto hacer eso antes, no dejaba de resultarle asombroso, junto con el porte y estilo inigualables de su hermano. Se concentró en la imagen que el mapa iba mostrando. Dentro de la imagen proyectada, la vista se fue acercando más y más a un sitio específico de la isla, mostró un templo antiguo y luego una de las habitaciones: Nike estaba allí. La pequeña diosa estaba parada en el hombro de una mujer pelirroja y hermosa, que vestía una armadura como las de los griegos antiguos, sentada en un trono de plata, en una construcción de una belleza en decadencia. Era una caverna pulida y hecha a manera de salón de palacio. Todo era de piedra y estaba decorado por esculturas y pinturas ya deterioradas por el tiempo. Iluminada por débiles antorchas, que estaban colocadas en sitios estratégicos del salón.

Las mujeres frente al trono estaban en un funeral, adornaban cuidadosamente el cadáver de una anciana que estaba ataviada con una armadura y cubierta de flores. Su lecho estaba compuesto de leños sobre una barca, probablemente iban a quemar el cadáver en el

mar. La imagen se fue alejando y se difuminó como humo en el aire; finalmente, el mapa quedó marcado con el trazo de la ubicación exacta.

—La originaria isla de Lesbos —pronunció Zeus para su interlocutor, manteniéndose pensativo, y agregó con cautela—. Esas mujeres no se van a quedar con los brazos cruzados si intentamos llevarnos a Nike. Es sabido que han abandonado su culto a nosotros...

—¿También notaste que todas nuestras esculturas están descabezadas? ¡Solo las figuras femeninas de las diosas prevalecen intactas! ¿A qué se debe tanto rencor? —interrumpió Poseidón con un tono de asombro.

—La verdad es que me repudian desde el momento en que preñé a trece amazonas. Las tuve conmigo en el lecho porque rapté a su líder y me transformé en ella durante una fiesta bacanal —Zeus miró a los lados con nerviosismo mientras contaba aquella historia.

Poseidón no pudo evitar una franca risa y negó, cubriéndose la frente con una mano.

—Atenea y Artemisa se enojaron mucho contigo por ese acto, ya lo recordé. Nunca quisieron contarme, ni siquiera de forma general, lo que había sucedido.

Y yo no me atreví a preguntártelo en su momento, porque ellas me fulminaban con la mirada. Oye, ¿pero se quedó impune aquello?

—¡Por el rayo que no! Yo intenté hacer las paces, no solo por el enojo de mis hijas, sino por diplomacia. Las oculté del mundo con nubes sagradas, y aunque cesaron los reclamos de mis hijas, mi culto no se reanudó y tiene siglos que no se embarcan fuera de la isla, debido a que tampoco te tienen en alta estima, hermano. Artemisa me contó que, a sus ojos, somos “tiranos despreciables y peligrosos”.

—Oh, esas amazonas... Son tan testarudas que podrían darnos batalla incluso siendo medio mortales —se lamentó Poseidón. Era cierto que tenía mucha suerte con las mujeres, pero esas siempre fueron la excepción: malvadas, musculosas, hostiles, temibles y grandes

estrategas. Eran como muchos clones de Atenea. Ni tomando en cuenta lo que ellos entendían como una condición vulnerable, por eso de la mortalidad, se descartaba que, si se lo proponían, podían hacernos pasar un mal rato.

—Esas insensatas odian a todos los hombres, incluso a nosotros. Por eso es que este tema lo había delegado a mis hijas, pero no pienso involucrarlas en este asunto. Además, despertarlas del letargo en el que están ahora me tomaría más energía de la que pretendo invertir en este plan.

—Dudo mucho que te apoyaran en esto realmente, hermano. Y justo esas guerreras se manejan de esta forma debido a tus hijas —comentó Poseidón con una sonrisa maliciosa. Luego se encogió de hombros y añadió—: Entiendo que las amazonas tengan motivos para odiarte, pero ¿yo qué tengo que ver con eso? No gocé de su compañía en el lecho como tú —se quejó el dios del mar. Suspiró y negó con la cabeza, restándole importancia.

—Yo les hice un favor: las salvé de la extinción. Deberían alabarme de día y de noche. Incluso las resguardé, no solo de los hombres, sino de la horrible actualidad, ¿y así me lo agradecen? Estoy a nada de ofenderme, y eso sería muy malo para ellas —se mantuvo serio, con tensión en sus facciones durante un momento.

—Es una pena que no podamos castigarlas como se merecen. Por mi parte, propongo que lleguemos a Lesbos por mar, si te parece buena idea. Necesitamos una estrategia para entrar en sus dominios y, además, salir con la diosa Nike en mano. Literalmente.

Entendía que no todos los dioses disfrutaban del mar como él, con su belleza y sus colores, pero también con sus monstruos y sus misterios.

—No nos van a estar esperando. Se me ocurren varias cosas para sorprenderlas y separar a Nike de ellas. Puedo tentarla... Sé que siempre ha querido algunos tesoros que están bajo el mar y que he mantenido en mi resguardo: algunas joyas únicas. En cuanto las vea,

sabr  que se trata de mí, pero no podrá resistirse... —elucubr  el dios del océano, entusiasm ndose con ese plan, aunque no sabía todavía cómo manejarían lo de las amazonas. Ahí radicaba su riesgo, pero no tenían más remedio que correrlo.

Zeus arqueó una ceja, ladeando ligeramente la cabeza. Sus ojos chisporrotearon en centellas azules en cuanto su hermano mencionó esas maravillosas ideas. Sint  su dorado corazón acelerarse de entusiasmo y luego entrecerró los ojos negros, rebuscando dentro de sus propias opciones qué tan viable era llevar todo eso a cabo.

—Guarda tu energía de viajar por mar para una mejor ocasión. Nuestra misión no termina aquí, así que te prometo que ya tendrás oportunidad. Aunque... Me gusta la idea de ofrecerle un soborno a esa ambiciosa, pero recuerda que ella tiende a ser escurridiza por naturaleza: está la posibilidad de que la misma Nike nos desenmascare y escape aprovechando el caos —murmuró, llevando una mano a su mentón barbado. Una nube se formó tras ellos, y Zeus tom  asiento sobre ella en aire distraído.

—Se hará como tú lo consideres mejor. Pero, Zeus, disculpa si dudo,  seguro que podremos transportarnos en tus nubes? —Poseidón desconocía qué tan débil se encontraba Zeus como para un viaje así, pero entendía que el punto era optar por lo más rápido y práctico posible.

El dios de dioses cerró los ojos, concentrándose en la energía que requería para conservar la forma de esa nube. Y ante su pregunta, volteó a verlo con el rostro iluminado y una sonrisa entusiasmada.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Por ahora todo es propicio.  Aprovechemos esta oportunidad para obtener a Nike a toda costa!  Listo para ser la carnada? —exclamó con emoción en su tono, y soltó una carcajada al terminar de hablar. Ya se estaba divirtiendo y no habían comenzado.

Poseidón dibujó una lenta sonrisa al verlo tan animado, misma que se borró al escuchar eso de “carnada”, y agregó con gravedad:

—Esas mujeres son impredecibles, pero tendré que confiar en que vamos a salir bien librados de su locura. —Se rió también mientras llevaba una mano a la cabellera de su hermano y la revolvía un poco—. La idea de ser la carnada no me encanta, ¡pero aplaudo tu originalidad en sugerir como anzuelo al experto en cosas del mar!

Zeus empujó a su hermano, siguiendo ese modo juguetón propio de la camaradería, y se puso de pie sobre la nube, concentrándose en duplicar su tamaño para poder llevar consigo al otro.

Esta se hinchó lentamente hasta tomar una forma esponjosa, lo suficientemente amplia para ambos.

—¡Te juro por mi divino rayo que castigaré a cualquier amazona que se atreva a ofendernos! ¡Vámonos de una vez! —declaró con solemnidad y le tendió una mano para ayudarlo a subir.

—Como digas. Pero más te vale impedir que esas mujeres me torturen, ¿eh? —se subió a la nube sintiendo vértigo al instante. Las alturas le desagradaban; él era más de profundidades, rodeado de agua, no de un inmenso vacío. Se cruzó de brazos, manteniendo su atención en Zeus y haciendo esfuerzos para no mirar hacia abajo. Se notaba tenso; eso de volar en nube era como andar en bicicleta y debía mantener el equilibrio junto con su acompañante para no caer.

—Ánimo, hermano. Deja que sea yo quien se preocupe de más, ¿de acuerdo? Temer es sufrir el doble.

Sobrevolaron el Olimpo, descendieron a la tierra y viajaron a gran velocidad hasta la isla de Lesbos. Poseidón distinguió el lugar fácilmente por el espeso cúmulo de nubes que

parecía inamovible en medio de su preciado mar. Para atravesarlo, el dios del rayo dispersó un hueco profundo que se fue cerrando a su paso. El aterrizaje era la peor parte para el rey del mar, por lo que le dio la espalda a Zeus y cerró los ojos con fuerza, aguantando el hueco en su estómago ante la caída. Su hermano no pudo contener una carcajada apenas lo notó; le parecía muy divertido cómo intentaba disimularlo.

Cuando estaban por llegar a la playa, Poseidón se zambulló dentro del agua, dio una vuelta en ágil nado para relajar la tensión de sus nervios y luego sacó la cabeza del agua para ver al dios de dioses, que aterrizó con gracia, poniendo los pies descalzos sobre la arena.

—No nos han visto, ¿verdad? Porque ya hubieran salido con toda la caballería... — Poseidón dejó de hablar en cuanto miró que, a lo lejos, en efecto venía la caballería, galopando hacia ellos entre gritos que llamaban a la batalla, lanzas en mano y portando armaduras relucientes.

—¡Maldición! —se quitó el collar con dije de tridente del cuello. Este creció en tamaño hasta poder empuñar el mango con la mano. Tomó su arma con ambas manos en posición horizontal—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Improvisar, en eso quedamos! —Zeus cerró ambos puños y los agitó hacia el suelo. Saltaron pequeñas centellas de sus antebrazos, pero no sucedió nada más. La energía utilizada para transportarse en la nube había sido demasiada como para poder hacer otra cosa con premura. Miró a su acompañante con extrañeza, subiendo las cejas y entreabriendo la boca, sintiéndose confundido.

—¿Qué? ¿Y el rayo? —Poseidón abrió grandes los ojos con sorpresa al notar lo que pasaba.

—¡No está funcionando! Necesito sentirme furioso, así funciona esto —apartó la mirada al suelo, lo que lo hizo sentir presionado.

—¡No me digas! —el rey del mar asió su arma con ambas manos y, sin más, golpeó en el vientre a Zeus con el mango del tridente, lanzándolo sobre la arena a una buena distancia.

El otro ni siquiera pudo contestar nada; todo pasó muy rápido. Gruñó por el golpe, se dobló y se sostuvo el abdomen, mientras sus pies derrapaban, marcando surcos sobre la arena. Se frenaba con dificultad por la fuerza empleada, pero atinó a flotar, deteniendo su caída.

—¡Carajo, Poseidón!

—¿Qué tal eso?, ¿funcionó? —gritó para ser escuchado. Todo se había ido por la borda apenas llegaron al lugar, porque subestimaron a Nike. Si el otro dios no empuñaba el divino rayo pronto, lo que les esperaba iba a ser muy malo. Saltó hacia donde estaba Zeus, girando su arma hacia su espalda y adoptando una pose defensiva.

—Desdichado... —se quejó incorporándose. Al mirarlo, notó que estaba sonriendo y eso lo hizo fruncir el ceño. Sus ojos se iluminaron con una luz celeste—. ¡Wow! ¡Sí! —ante la repentina furia, lo recorrió la seducción del divino rayo para poseerlo entero, y ni siquiera tuvo que esforzarse para encolerizarse y dejarse tomar. Además, aumentó su rabia al ver que esas mujeres no habían frenado en su camino hacia ellos, animándose para seguir la batalla. Si algo era odioso para el dios era que perturbaran su sagrada paz con su insolencia.

—¡Vamos, Zeus! —lo animó Poseidón, soltando una carcajada.

El padre de dioses extendió los brazos y, con una sonrisa confiada en los labios, se fue elevando en los aires. Los fuertes vientos azotaron la isla y dispersaron las sagradas nubes, diluyéndolas. Esas que él les había obsequiado a las Amazonas hace tanto tiempo, cuando las reubicó allí para protegerlas. Cuando la caballería estaba a una distancia considerable, un rayo cayó con temible estruendo frente a ellas, marcando una línea divisoria de fuego al estrellarse contra el suelo.

—¡Su insolencia la pagará esta isla! ¡Estoy harto de mortales insensatos que no respetan en nada a los dioses! —exclamó, mientras la capitana de la caballería frenaba de golpe, tirando de las riendas, asiéndolas con fuerza.

—¿No vas a matarme? ¡Maldito crónida⁵! ¡Los titanes jamás te perdonaremos! —puso su mano sobre la empuñadura de la espada que apuntaba a su cuello, intentando alejarla de ella, y llevó la otra al suelo para forzar el empuje e incorporarse un poco. Distrajo al dios con eso, y en un parpadeo tomó una daga pequeña que escondía en su muslo e intentó herirlo. Zeus reaccionó y clavó su espada contra el hombro de la mujer. El filo de plata la atravesó como una ráfaga y la fijó al suelo, arrebatándole un grito de dolor y haciéndola soltar su arma.

—Lo preguntaré una última vez. ¿Dónde está lo que me pertenece? —exigió el dios, poniéndole un pie en el torso con fuerza. Con su voz de trueno, la tierra misma se estremeció con poderosos rayos que azotaron el lugar.

—¡Lo oculté de ti y de todos! —Andrómaca puso una mano en la empuñadura de la espada intentando sacarla, pero era inútil, no se movía ni un poco, y el dolor no la dejaba luchar como hubiera querido. Miró al otro con odio en sus ojos verdes y prosiguió—: Honré a mi abuelo volviendo a robarle a quien empuña el rayo. ¡En cuanto tu poder se agotara, iba a matarlo! —le escupió sangre con desprecio, misma que cayó en el pie del dios.

—¡Maldita seas! ¡En el Hades tendrás tu merecido castigo por esto! —el dios no soltó la empuñadura de la espada e hizo pasar corriente eléctrica que torturó a Andrómaca, haciéndola retorcerse.

Poseidón extendió las manos hacia los caballos de las amazonas, que inmediatamente obedecieron al dios equino y tiraron a sus jinetes para huir de allí. Se quedó pasmado al

⁵ Hijo de Cronos, de allí el epíteto.

escuchar que su hermano cuestionaba de un “él” a Andrómaca, y supuso de inmediato de quién se trataba. Se apresuró a correr a su lado y exclamó:

—¡Si la matas, no obtendrás tu respuesta! ¡Zeus, ya detente!

El dios luchó internamente por frenar ese arrebato. Escuchar a Poseidón fue afortunado. Antes de que se le pasara la mano y Hades clamara por esa alma, llevó una mano a sus sienes y se concentró. Entonces, pudo entrar en esa mente como hace mucho no lo hacía en otro ser. Esa mujer tenía diluida en dos generaciones de mortales la sangre del titán Prometeo, y era por eso que no podía leer su mente o controlarla con la facilidad con la que lo haría en un simple mortal. Al principio hubo resistencia para que esa mente le revelara sus secretos. Gruñó, evocando energía con esfuerzo y... Pudo ver a su amado Ganimedes, oculto dentro de una pequeña celda en la cima del volcán de esa isla. Zeus lo había convertido en una pequeña ave blanca con toques negros en las alas y la larga cola. A la especie, irónicamente, se le conocía como “Mito común”, y era tan tierna como una bola de algodón. Esto lo hizo para mantenerlo seguro durante su último letargo. Dejó a Nike resguardando a su joven amante, pero cuando despertó, ni la diosa ni la pequeña ave estaban allí, y ahora entendía el porqué: esa bruja semititán había logrado llevárselos de su lado.

En cuanto razonó lo que ella le había hecho a su adorado, confinándolo en la oscuridad, sintió una punzada en el vientre. Se obligó a suspirar y salir de esa mente. El rayo iba siendo dominado por su espíritu, y él volvía a su apariencia mortal y original; los cielos se apaciguaban junto con él.

—¡No veníamos a hacerles daño! ¡Póstrense a los pies de sus dioses y esto parará! —ordenó el dios del mar, haciendo que sobre su cuerpo apareciera su reluciente armadura de escamas y empuñando su tridente para imponerles respeto.

—¡Preferimos morir antes que postrarnos ante hombres! —dijo una de ellas, muy segura de sí, dando un paso al frente. Zeus frunció el ceño, sus ojos resplandecieron e hizo caer un rayo al cuerpo agonizante de Andrómaca, que se extinguió sin dejar rastro en un espantoso estruendo. Poseidón volteó a ver a Zeus con sorpresa, conteniendo una queja, pero recuperó la seriedad de inmediato y miró con gravedad a las guerreras. En su mirada había lástima. Se los advirtió.

El resto de las amazonas tiró al unísono sus armas al suelo ante eso. Ya no estaban dispuestas a enfrentarlos, pero no se arrodillaron; claramente preferían el Hades antes que ponerse a su merced.

—Poseidón Egeo: tú eres uno de los máximos exponentes del abuso masculino sobre las mujeres. Zeus, Padre de todo: tu gobierno consiente injusticias para nuestras hermanas y no estamos dispuestas a aceptar más ultrajes ni vejaciones para satisfacer tus deseos, ni los de tu panteón. Debes tener eso claro, aunque hoy temamos por nuestras vidas ante ti — declaró otra mujer, que mantenía la cabeza baja, igual que las demás, pero en el último momento le dirigió una mirada envalentonada al dios del rayo, dejando ver un curioso destello dorado en sus iris.

Zeus extendió la mano a su interlocutora, intercambió una mirada con Poseidón, que asintió e hizo que una brisa marina recorriera las filas de las amazonas. Al tiempo, Zeus hizo que aquella mujer desprendiera un destello que la dejó confundida por un instante, como si no supiera dónde estaba. En cuanto la brisa llevó ese destello a las otras, comenzó a pasarles lo mismo.

—¿Comprenden que con su osadía nos daban armas suficientes para extinguirlas para siempre? ¡Que los primigenios se apiaden de ustedes! Nosotros, los dioses, nos hemos alineado a las órdenes que recibimos del motor inmóvil y ninguna criatura en la tierra podría

entender esos propósitos por medio de razonamientos mortales. Me ofendieron y despreciaron, a mí que les di nubes para ocultarse de los hombres que tanto detestan, y pese a su despecho me preocupé por impedir que su linaje se perdiera, dándoles a todas divinas hijas para fortalecer su pueblo, sin haber forzado a ninguna a yacer conmigo.

Nosotros no somos hombres mortales, somos sus dioses, y el pueblo de las amazonas estaba obedeciendo la veneración insana de otra amazona como ustedes, cuya única cualidad ha sido la sangre de Prometeo —dijo Zeus en tono de regaño.

Una joven castaña sollozó de repente y se cubrió la boca, cerrando los ojos. Ante las miradas sorprendidas y los aleatorios destellos que emanaban de sus hermanas, se obligó a hablar.

—Eres el dios de dioses, yo no quería ofenderte, ni a ti ni a Poseidón. ¡La verdad es que muchas aquí fuimos arrastradas a esto sin más opción, mi señor! Yo doy fe de haber visto a Andrómaca cometer muchas injusticias junto con sus fieles más cercanas, pero, pese a que en mi cabeza lo que presencié no me gustaba, no podía dejar de seguir sus órdenes. ¡No podía detenerme!

—Reconozco que no es voluntad general faltarnos al respeto. Sé también que su líder, Andrómaca, había fundamentado mal las bases del helenismo para ponerse a la cabeza. Ha caído en la gravísima falta de hybris y no había otro castigo para ella que este que han presenciado. Las más devotas a la falsa secta han sido alcanzadas por mi rayo, y eso pueden verificarlo; no fue al azar. Ustedes, en cambio, tienen una oportunidad de abrir los ojos a la verdad y postrarse ante nosotros; no para sobajarlas ni humillarlas, sino porque nosotros, como dioses, somos quienes permitimos y fomentamos que sigan ocupando esta tierra y viviendo en libertad. ¿No son ustedes nuestras hijas?

—¡Lo somos, padre! —exclamó otra de ellas que ocupaba un lugar alejado entre la multitud.

Poseidón escuchó impasible las palabras de las mujeres que hablaron en turnos y finalmente reaccionaron, devolviendo su lealtad al dios de dioses y a él. La expresión de Zeus se fue endulzando con la tranquilidad y afabilidad que lo caracterizaban. Suspiró y alargó la mano hacia la más reacia de ellas, que se negaba a mirarlo.

—¿Crees que vale la pena guardarle rencor a tu padre, Dánae?

La mujer estaba temblando, apretaba los puños y mantenía la cabeza baja.

—Andrómaca era muy especial para mí. ¿Te vengaste del rapto que te jugó la dueña de mi corazón?

—Te estoy dando una oportunidad. Y sobre ese “rapto” no tengo nada bueno que decir, por lo que me abstendré.

—Eso es lo único en lo que te has abstenido. No puedo estar de acuerdo contigo —se dio la media vuelta y comenzó a caminar lejos del dios. Todas las presentes temblaron ante eso. Una de ellas se arrodilló al fin, vencida por el miedo, y varias comenzaron a hacer lo mismo: algunas con devoción y otras con cierta renuencia, a la que terminaban por renunciar.

Las palabras de la chica dolieron a Zeus. Imaginó el dolor por el que debería pasar antes de abrir los ojos del todo.

—Hay cuestiones en las que ni yo puedo intervenir, y solo Eros podrá aliviarte —agregó en un tono enigmático y con cautela. Su voz resonó en la mente de Dánae, pero ella continuó alejándose.

—¡Amazonas, de pie! —Poseidón levantó el tridente, y las tres puntas destellaron con una luz roja para atraer su atención—. Deben saber que Andrómaca las ha utilizado, y gracias a nosotros han sido liberadas de su yugo.

Zeus levantó una mano para tomar la palabra, y el dios del mar asintió, bajó el tridente y retrocedió un paso para cederle la palabra, dejándole explicar mejor la situación. Las mujeres se incorporaron, había expresiones de asombro y desconcierto entre ellas.

Al dios de dioses le bastó intercambiar una mirada con Poseidón para enviarlo a hablar con Dánae. Los ojos azules del señor del mar no perdían detalle de las órdenes de su hermano. Asintió a la señal, redujo el tridente a su forma de collar y se fue a seguir a la chica que caminaba por la orilla de su reino. Empezó a atraerla con la marea que lamía la playa, haciendo que se deslizara hacia él. Ella intentaba correr, pero la arena humedecida la hundía cada vez más y no se lo permitía.

Dánae finalmente se detuvo en su intento, entendió que no podría huir.

—Ya basta, no deseo verlos más... Se lo dije a Zeus.

—Sé que la amabas, quizá eras la única que la amaba de verdad, sin necesidad de trucos. Pero en el fondo entendías que sus propios actos la destruirían.

Ella se quedó mirando al vacío, se llenó de melancolía.

—¿Ahora cómo voy a continuar?... Ella lo era todo para mí —declaró con un hilo de voz, cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Todo esto fue tan repentino...

—Es normal que ustedes, como mortales, no puedan entender esto del todo, y en realidad no es trabajo suyo entenderlo, sino aceptarlo —Poseidón caminó por la arena para quedar frente a frente con Dánae y colocó su mano en su brazo. Cuando ella lo miró, notó que sus ojos se volvieron totalmente azules, y entonces el dios entró en su mente. Dejándola ver un pacífico recorrido de una pequeña esfera de luz, la esencia de Andrómaca, que flotaba mar adentro, uniéndose a sus aguas y restallando en la espuma de las olas turquesa; participando en el ciclo de la vida, alimentando la tierra donde crecen los arrecifes y las anémonas que albergan la fauna marina.

Evaporándose y subiendo al cielo para volver a descender en la lluvia que fertiliza los campos y mantiene llenos los pozos que hidratan a las guerreras. Aquel recorrido por el ciclo de la vital esencia le pareció hermoso a la amazona.

—¿Ves cómo algo de ella es parte de todo? —declaró solemne el dios. Dánae soltó un sollozo doloroso. El dios frente a ella le irradiaba la paz del mar mismo, y ella al fin pudo liberar algo de ese gran dolor—. Diles a tus hermanas la verdad que yo te he mostrado y escribe una nueva historia para tu pueblo —ordenó apacible.

* * *

Zeus no perdió más tiempo. En cuanto terminó de explicarles la situación a las guerreras, cerró los ojos y todo él se cubrió de un resplandor dorado. Se transformó en un águila que voló a gran velocidad hasta la cima del volcán de Lesbos, donde la pequeña ave lo esperaba en un hueco entre las rocas y una reja de acero. Puso sus garras contra los barrotes embrujados que le impedían al joven volar fuera de allí y los arrancó, soltándolos por las alturas. Después se adentró y capturó entre sus garras a la pequeña y débil ave, que se agitó en gorjeos de júbilo y trémulo se removía entre sus garras llena de alegría. El corazón del dios se hinchó de amor en cuanto lo tuvo así de nuevo; ejecutar ese rescate inevitablemente llamaba a la nostalgia del día en que dio rienda suelta a su arrebató de tener a ese joven solo para él.

* * *

El dios del mar preguntó directamente:

—¿Dónde está Nike? Hemos venido en su búsqueda, se requiere su presencia en el Olimpo.

La chica asintió y enjugó sus lágrimas. Lo miró con seriedad.

—Mi señor, por favor, sígame. Yo los guiaré. —La joven guerrera se encaminó hacia el templo principal de la isla.

Sus cabellos azabaches, largos y rizados, iguales a los de la forma mortal del gran Zeus, se agitaban en el viento mientras corría.

El dios de dioses se sumó a Poseidón, volando a su lado. Con un resplandor dorado, volvió a su forma humana, llevando a Ganimedes en la palma de la mano con especial cuidado. Le mostró a su hermano al ave, que gorjeaba dichosa dando saltitos, y sonrió satisfecho por el éxito absoluto de su misión. Besó la pequeña cabecita del ave, dedicándole una mirada enternecida.

—Te busqué con desesperación, no sabes cuánto te he echado en falta, mi lirio querido —lo posó en uno de sus hombros y caminaron dentro del salón del templo. Justo al centro del trono de piedra, si se miraba con atención, podía distinguirse a la pequeña diosa de cabellos dorados, que esperaba sentada con la pierna cruzada. Sus rizos caían sobre sus hombros y portaba un elegante vestido dorado, del que asomaban sus alas al tono, que soltaban destellos de luz cuando ella se movía. Con los ojos ámbar y la atención misma de un felino curioso, miraba a los dioses que se acercaban a ella, junto con la amazona semidiosa Dánae a la cabeza.

—Mi bendición solo puede ser frenada por la intervención de un dios olímpico. Yo informé a Andrómaca de su presencia, pero evité advertirle que no había modo de que ella ganara esta batalla —sonrió con seguridad y se levantó con elegancia sacudiéndose un poco el vestido—. En fin, esta es la primera de sus victorias en el mundo actual, hijos de Cronos. No pienso resistirme a estar de su lado nuevamente, pero sepan que eso es porque mi bendición ya es digna de ustedes. Se lo han ganado limpiamente.

—Conocemos las reglas de tu lealtad, Nike. ¿Ya vas a venir a divertirme de verdad con los mejores? Estos jueguitos de tercera no te van —Poseidón le tendió la mano a la diosecilla, sonriéndole divertido.

—Tardaron menos de lo que pensé en hacer recapacitar a estas mujeres que tan bien me han acogido en sus tierras. Que todo esto haya tenido una buena resolución me tiene contenta y ahora tienen su triunfo asegurado, ¿qué harían sin mí? —Nike sonrió con coquetería y subió a la mano de Poseidón, caminó sobre su brazo y revoloteó hasta sentarse en su hombro, soltando un suspiro—. ¡Como en los viejos tiempos! ¡Qué comodidad! ¡Vámonos, señores! —exclamó animada, levantando el puño al aire.

—Buena diosa. ¡No creerás todo lo que tengo que contarte! —intervino Zeus, manteniendo una afable sonrisa. Le animaba bastante sentir a Nike de su lado de nuevo. Miró a Dánae entonces y acarició su mejilla—. Cuando me necesites, clama a mí, puedo escucharte, llevas mi sangre. ¡Ahora sal allá e informa a esas mujeres la renovada voluntad de los dioses y retoma el helenismo con rectitud! Confío en que aprovecharán esta nueva oportunidad para agradar a todos los dioses por igual.

—¡Gracias, padre! ¡Gracias, venerables dioses! Me esforzaré al máximo —les aseguró, mirándolos alternadamente con motivación. Se notaba mucho más serena. Dio un paso atrás y los reverenció con profundo respeto—. ¡Buen viaje!

—Cuídate, hija —una nube de plata se formó a sus pies. La aventura apenas comenzaba, y él lucharía por seguir en el trono mientras estuviera en su mano.

Aquella motivación había sido mutua, pues ahora ellos también se llevaban esa alegría en el corazón. Se elevaron por los aires lentamente para salir del templo. Poseidón tomó aire para soportar aquel viaje de vuelta al Olimpo.

Dánae corrió para ver cómo se iban. Salió al balcón, miró al cielo y, luego, decidió dirigirse al resto de las guerreras, que la esperaban expectantes para conocer los designios de los dioses. Soltó un grito bélico, que fue respondido al unísono. Todas le rindieron honores al estilo amazónico: golpeando sus muñequeras una contra otra y respondiendo el grito bélico con ímpetu. Todas miraban con devoción a los dioses elevarse por los cielos y perderse entre las nubes, que les devolvieron su divina protección y una nueva gobernante. ¡Los dioses estaban de vuelta!

REIVINDICACIÓN DIVINA

CANTO II: FORTUNA

—Oh, Poseidón, ¡tanto tiempo y sigues viéndote igual de mal encarado! —el heraldo de los dioses bajó del cielo con un ligero aleteo de sus tobillos, que sólo otros dioses podían escuchar. Aterrizó en el barandal del balcón, sentándose a un lado del rey del mar, y le sonrió ampliamente. Hermes arqueó la espalda, poniendo ambas manos a los lados de sus caderas y pegando un pie a las pequeñas columnas, mientras estiraba con gracia la otra pierna.

—¡Oh, no, por todas las Erinias! ¡Ya llegaste, qué desgracia! —se lamentó el dios ante el arribo del heraldo a su terraza, como un pajarillo molesto a sus ojos. Devolvió la mirada hacia la playa. Estaba en su día de relajación, por lo que no iba para nada formal: vestía una camisa de algodón sin mangas, con un par de botones abiertos, bermudas color olivo y sandalias de cuero con correas gruesas. Su pecho estaba tatuado con runas, y en su cuello colgaba una gruesa cadena de la que pendía el dije de su tridente.

—Ajá, a mí también me da el mismo gusto verte. Es deseo de mi padre que sepas que él y Nike han pensado que la mejor forma de reivindicar nuestro poderío será armando una banda —declaró con solemnidad.

—¿Una banda?, ¿nosotros? O sea, Zeus y yo —sonrió, pensando que era una broma de su hermano, pero su sonrisa se fue desvaneciendo al notar que el otro lo miraba serio.

—¡Por supuesto que no! Tú serías el tipo que carga las bocinas y esas cosas. Contrataríamos a Slash y Aerosmith —intervino con ágil ironía en su tono y perdió la seriedad después, dejando ver nuevamente una sonrisa. Hermes flotó de donde estaba y se sentó sobre la mesa de centro; no juzgó las prendas ajenas porque él vestía una camisa ligera

de color blanco, con un estampado de pequeñas flores amarillas. El diseño era de manga corta y llevaba tres botones abiertos. Junto a su casco de oro alado, del que sobresalían sus rizos negros, llevaba unas bermudas color caqui y sus sandalias con las que tenía libres los tobillos para revolotear con libertad.

—Nunca entiendo del todo lo que hablas últimamente, tu exceso de conocimiento de la actualidad mortal es una incógnita para mí —se quejó el mayor a grandes voces—. Francamente, desconozco los gustos de estos mortales de hoy en día, pero te aseguro que nunca, en ninguna época, han escuchado a alguien que sea tan bueno como yo —dijo Poseidón con mucho orgullo, y se dio la media vuelta para entrar en el templo, consciente de lo que iba a seguir, pues no había forma de huir de Hermes—. ¡Pero nunca nos ha escuchado tocar Nike! ¿Está loca o qué? —argumentó el dios, yendo detrás de la barra de la cantina que había en una esquina de la habitación, donde tenía licor, para servirse una copa de whisky—. Te ofrecería, pero no parece que tengas edad para beber —lo molestó divertido, manteniendo media sonrisa.

El heraldo soltó una falsa carcajada, revoloteando por donde él caminaba para seguirlo junto con el hilo de su conversación. Cruzó los brazos y se sentó en el aire en pose de flor de loto, y se acercó flotando lentamente, disimulando no mirarlo.

—¿En qué estaría pensando tu padre cuando creyó que yo aceptaría eso? —se preguntó en voz alta y desvió la mirada, concentrándose en obtener su propia respuesta.

Hermes aprovechó la divagación y le quitó el trago de las manos en un parpadeo. Después, en una ráfaga de viento, ya estaba de pie al otro extremo de la barra.

—No debiste molestarte. ¡Gracias, grandote!

—¡Hey! —trató de atraparlo con un movimiento de su mano, pero el veloz ladrón ya estaba lejos de él. El dios del mar apretó los puños, molesto; el rebatir de las olas empezó a

escucharse más fuerte afuera, así que cerró los ojos y respiró hondo. Miró feo a su interlocutor mientras tomaba otro vaso de cristal de su mesa, se sirvió un whisky doble y se lo tomó de un trago. Quizá así le sería más fácil relajarse estando con ese odioso hijo de Zeus. Se sentó en uno de los bancos que tenía a la mano y se apartó el largo cabello del rostro, suspirando con fastidio—. En resumen, la respuesta es un rotundo: no. ¿Algo más?, ¿o ya harás el favor de largarte de mi templo?

—¡Me encanta, porque actúas como si tuvieras opción, y no la tienes, Poseidón! Para empezar, vas a soportarme ahorita, quieras o no —sentenció el joven, levantando ligeramente el mentón con una actitud airada.

El fornido dios ignoró ese comentario y continuó:

—¡Ah! Y la próxima vez, dile a tu padre que, si quiere hablar conmigo, con mucho gusto aquí lo espero, pero que no te mande a ti ni de broma.

Se había puesto de malas y no quería seguir agitando las aguas de los mares con su humor, así que por eso había decidido echar a su sobrino de allí con malos modos.

Hermes voló lejos de él con su trago en mano y le dio un pequeño sorbo mientras meditaba su respuesta. Cuando el otro terminó de hablar, subió una ceja, lanzando una mirada traviesa con sus astutas pupilas oscuras.

—¿Seguro que no quieres escuchar el resto del plan?

Poseidón guardó silencio de inmediato ante esa expresión en el jovial dios. Fue extraño sentir que lo desarmó y descolocó de golpe al no reaccionar de mala manera, como él esperaba. Lo miró desconcertado, mientras sostenía en su mano el vaso vacío. Balbuceó algo al principio, pero se repuso como mejor pudo, sacudiendo la cabeza.

—Eres un insolente, ¿cómo te atreves a insistir? —gruñó, poniendo el vaso en la barra.

Hermes voló sobre la barra de tragos y se recostó en ella con la elegancia de un gato caprichoso, acostumbrado a subirse a sus anchas en todos los muebles. Le era indiferente el espacio personal, al menos con los dioses olímpicos. Volteó a mirarlo con naturalidad. Su oscura melena rizada estaba derramada sobre la pulida superficie de mármol.

Levantó una pierna mientras repensaba su respuesta, que no tardó en llegar. Lo recorrió con la mirada de pies a cabeza.

—Yo me voy cuando quiera, no cuando tú digas, Poseidón —aseguró con rebeldía.

En su rostro deslumbró una gran sonrisa orgullosa cuando sus ojos volvieron a encontrarse. La sonrisa no se borró al asegurar, confiado:

—También soy una divinidad, aunque te pese admitirlo.

Arqueó la espalda sobre la barra y colocó las palmas a sus costados, haciendo fuerza para levantarse, dejando ver unos discretos pero bien trabajados bíceps.

Su delgada figura se volvió hipnótica mientras se incorporaba para sentarse en la barra, quedando de frente al dios mayor. Recargó el mentón en la rodilla y columpió el otro pie con el impulso de un suave aleteo de sus tobillos. Volvió a mirarlo con interés y sonrió, apretando los labios antes de añadir, juguetón:

—Yo digo que habrías de aceptar la propuesta, tío Poseidón... ¡No puedes dejarme solo con mi padre y sus locas ideas! Yo voy a ser el bajista y necesitaremos algo de sentido común allí: es increíble que yo lo diga, pero equilibrarías un equipo así, ¿sabes?

El dios del mar se acercó a la barra, disimulando que se preparaba otro trago mientras lo observaba de forma intermitente por el rabillo del ojo. Por poco derrama su whisky sin querer ante tal distracción; alcanzó a detener ese líquido con un destello azul en sus ojos. El licor adquirió ese mismo resplandor y se quedó levitando sobre el vaso de cristal.

Ante la tentativa de un error de esta insufrible categoría, el dios frunció el ceño y le dedicó una mirada definitiva al joven.

—¡Ya bájate de mis muebles de una buena vez, Hermes! No eres un animal, aunque lo parezcas. Justo al lado de ti tienes un banco; ese es para sentarse. ¿Tu papá no te enseñó modales o qué? —lo regañó con brusquedad, como a un chiquillo, y se apartó con marcados pasos hacia la ventana, huyendo de ese intento de seducción que por poco y logra atraparlo del todo.

El aludido rodó los ojos y sonrió de lado. Luego hizo una trompetilla, negando ligeramente.

—Ay, por favor. Qué exagerado. ¿También eres el personal de limpieza aquí? En el mar se andan quedando muy bajos de presupuesto, ¿eh?

Poseidón, agobiado, observó su reino desde ahí con trago en mano, y sorbió el líquido flotante, dejando el vaso a la mitad antes de hablar.

—A ver, ¿dices que vienes a mí para buscar sentido común? —soltó una risotada—. ¡No contigo cerca! Esa ni tú te la crees, embaucador —acusó con sorna y volteó a verlo.

Lo recorrió con los ojos y luego apartó la mirada, testarudo como el mismo mar, dándole la espalda. Sin que el heraldo lo advirtiera, de la botella de whisky brotó un chorrito, como el de un atomizador, que salpicó al otro, de forma intermitente, dos veces.

—¡Que te bajes de mi barra, niño! —repitió, volteándose a mirarlo, riéndose de él.

Hermes dio un respingo y voló lejos de la barra con sorpresa. Se detuvo frente al dios del mar y le lanzó una mirada de reproche, subiendo el mentón.

—¡Oye, hiciste trampa! ¿Y así me llamas “embaucador”? Genial. Ahora apestaré a alcohol y has arruinado mi camisa. Gracias. —Se sacudió las ropas con las manos y lo miró, indignado de nuevo por un breve instante.

El dios del mar miraba incrédulo a Hermes, con una sonrisa divertida por las quejas que continuaban.

—¡Uy! ¡Perdón! Ahora las mujeres huirán más rápido de ti que antes —se burló en voz alta y se terminó su trago.

El heraldo negó con la cabeza y suspiró, resignado. Llevó una mano a su bolsillo y sacó una tableta electrónica. Comenzó a pulsar la pantalla, concentrándose en eso.

—Ok. Si no quieres, voy a comenzar a reorganizar la agenda de mi padre, porque necesito un acompañante poderoso para ir a capturar a Fortuna. Y si no serás parte de la banda, menos vas a querer salir de expedición, ¿cierto? ¡Ni hablar!

Poseidón recuperó el interés en cuanto mencionó la palabra “expedición”, pero siguió mirándolo con extrañeza, notando cómo usaba con destreza esa tonta tecnología de mortales.

—¿Cómo puede ser que encuentres útil esta basura actual? No entiendo cómo pueden vivir a través de estas cosas tan banales. De por sí, la mente mortal ya era pequeña antes de que intentaran contener su limitado conocimiento del mundo en estos objetos.

—¡Bueno, pues perdona por haber tenido una linda idea junto con las musas en un día de ocio y juerga con Apolo! En realidad, el utópico objetivo inicial de esta tecnología era un acercamiento accesible al conocimiento. ¡Y sonaba bien! Pero entonces la fiesta se puso más salvaje por culpa de Dionisio y... No, no estamos orgullosos de lo que pasó después. Pero es útil si se usa bien, eso que ni qué —Hermes terminó de escribir rápidamente sobre la tablet; sus dedos se movieron con mucha habilidad. Después se guardó el aparato en el amplio bolsillo de nueva cuenta y voló hacia la barra para buscar entre las botellas, seleccionando una de vino. Hablar de esa anécdota le había dado un antojo repentino.

—Si estaban tan aburridos, debieron utilizar su energía en algo productivo, no en estas barbaridades... —intentó opinar el mayor, lanzando un comentario aleatorio sobre lo anterior

para disimular su interés en el otro tema. Hizo una breve pausa y, al fin, lanzó la pregunta—
: Oye, ¿y en quién más pensabas entonces, si yo no aceptaba?

—Atenea o Hércules. Mi papá obviamente se inclina más por Atenea —contestó rápido y con habilidad, apareciendo en un parpadeo junto al dios, con una copa de vino en la mano. Su postura erguida mientras volaba hacía que se apreciara su delgada y perfecta figura, que resaltaba incluso con esas ropas informales. Mantenía los talones juntos, para volar en un solo sitio como lo haría un colibrí, con las plantas de sus pies a unos centímetros del suelo—. ¿Por qué, grandote? —se sentó en el sillón individual que se ubicaba cerca del otro dios y entonces dio un trago a su copa.

—¿Qué? —exclamó Poseidón, indignado. La tierra se estremeció bajo sus pies. El amo del océano ni se inmutó mientras el templo vibraba y las cosas se caían de los muebles—. ¡Zeus es un imbécil! ¡Y tú claramente no sabes convencer a nadie! ¡No puedo creer que tengas asignada esta misión entre los dioses! —refunfuñó, fulminándolo con la mirada.

El heraldo no se asustó ante esa reacción; solo lo miró de reojo, se acabó la copa de golpe dejándola de lado y volvió a sacar la tablet, anotando rápidamente la declaración de Zeus que se acababa de hacer para leérsela a su padre después. El casco alado se le bajó un par de veces mientras se mecía en ese temblor temperamental; estorbaba su visión mientras trabajaba, por lo que lo tomó para agitarlo en el aire. Se difuminó en polvo dorado, que destelló como diamantina y desapareció.

Hizo una pausa. Colocó una mano en su rodilla y sostuvo con la otra mano la tablet contra su pecho. Apretó los labios y subió una ceja, visiblemente fastidiado.

—¿Ya vas a terminar con eso, gruñón?

El temblor fue disminuyendo su intensidad. Poseidón suspiró hondo entonces, y, a medida que se esforzaba en respirar hondo, el temblor cesaba... hasta que paró. Y volvió a mirarlo, receloso.

—¿Entonces sí o no? Ya estoy corto del tiempo que me autorizó el “imbécil” —se señaló la muñeca con el índice y volvió a poner el puño en la rodilla—. Mira, yo entiendo que ya te sientas oxidado para estas cosas. Y con esta demostración, ahora estoy seguro de que tu poder ni es tanto como antes. Digo, no se cayó el templo con todo y el coraje. Así que no te preocupes, es eso lo que argumentaré a tu favor ante mi papá —sonrió burlón, cruzando la pierna.

Retomó entonces con obligada calma:

—Hermes. Ya cállate.

La cara le cambió a Poseidón apenas mencionó a Zeus una segunda vez. Le preocupaba lo que el heraldo fuera a decirle a su hermano, y sabía internamente que no tenía escapatoria de esa situación: cuando a Zeus se le metía una idea, era imposible quitársela de la cabeza. Además, no deseaba que Atenea se involucrara en ese asunto.

—No será necesaria esa odiosa mujer —suspiró. Sintió la resignación al hacerlo esa última vez. Iba a continuar, pero fue bruscamente interrumpido.

—¿Cómo así? ¿No te habías negado ya? Porque entiendo que mi visita no ha sido en vano. Al menos te dejo avisado de que voy a andar en terrenos acuíferos, porque encontré rastros de la pequeña Fortuna cerca del Amazonas, y eso se va a poner muy divertido —dejó ver una sonrisa llena de astucia y le guiñó un ojo—. De paso, también visitaré a la linda ninfa Calypso. Pero descuida, voy a evitar hablarle de ti; dudo que quiera saber...

Poseidón desvió la mirada cuando se mencionó a la ninfa; había tenido una tormentosa relación con ella y lo que menos quería era recordar tiempos tan poco gratos. Pero

ese irreverente mocoso no paraba de hablar, dando todo ese irritable repertorio. Su rostro empezó a endurecerse, dando paso a una expresión furiosa.

Gruñó.

—¡Ya basta! Deja de torturarme.

Se dio la media vuelta para señalarlo con firmeza.

—Sí iré contigo, alitas. Pero habrás de comportarte durante el viaje, porque estarás en mis terrenos —se señaló el pecho con el pulgar.

Hermes nunca se amedrentaba por los berrinches de su tío; lo conocía perfectamente como para saber que no era capaz de infringirle daño alguno. En realidad, solo era gritón y malhumorado. Además, al final siempre cedía si se le fastidiaba lo suficiente, y en este caso, tal y como esperaba, Poseidón cedió. El joven suspiró y lo siguió con la mirada. Éste caminó frente al sillón para quedar frente a frente al heraldo, que le sonrió conciliador.

—De acuerdo, Poseidón —su tono era de alivio; estaba satisfecho con que finalmente aceptara—. La verdad es que yo tampoco me siento con la energía suficiente para cumplir esta misión solo, y papá debe utilizar su energía en otras cosas que son prioritarias por ahora —secretamente temía fallar y caer en letargo, pero esto último no lo diría.

—Sí, pero como tú también sabes, seré responsable de ti ante Zeus. Así que más te vale trabajar en equipo, mocoso —advirtió, mirándolo fijamente con su intensa mirada azul y plantando ambas palmas en las coderas del sillón.

—Mira, mi seguro de éxito es que me acompañes. Así lo haremos —aseguró, manteniéndole la mirada con determinación—. ¡No debemos esperar más! ¿Nos llevas al Amazonas o le pido una nube a mi padre? —preguntó retador, sólo por el gusto de molestarlo.

Poseidón arqueó una ceja y dio una palmada en la cabeza ajena.

—¡No te hagas el tonto! Sabes perfectamente que puedo llevarte al Amazonas —
aclaró con indignación.

Hermes soltó un quejido ante esa repentina agresión, que le desordenó los rizos y le plantó la frente contra la tablet. Poseidón no pudo contener una sonrisa burlona.

—Pero iremos a mi estilo —el dios cerró los ojos y se concentró.

De la profundidad del océano emergió un gran barco. Algunas barracudas y anguilas reptaron por sus muros de madera, limpiándolo en el transcurso, y regresando al mar de un salto. Poseidón señaló el barco con la mano extendida, lleno de orgullo, una vez que estuvo listo en la superficie: esperándolos. Estaba emocionado. Iba a dirigirlo por sí solo hasta el Amazonas, y realmente no había otra forma más sencilla, ya que si viajaban por debajo del agua gastarían más energía de la necesaria, y le sería más complicado proteger a Hermes, que era uno de los hijos más preciados para Zeus, y eso él lo sabía muy bien.

—Felicidades, aprenderás a navegar con el mejor —dijo en tono presuntuoso y se encaminó hacia la playa, sacando el pecho, con los hombros erguidos, pavoneándose como un concursante de fisicoculturismo—. Sígueme.

El heraldo observaba a Poseidón con una expresión entre alegre y divertida por la solemne presentación; no pudo evitar reírse con eso último. Empezó a volar alrededor del otro, trazando un círculo amplio para dejarlo dar esos amplios pasos sobre la arena, tomándose su tiempo, con la brisa marina revolviéndole los oscuros cabellos.

—¡Oh, vaya, muchas gracias! Voy a atesorar tus enseñanzas —respondió en tono sarcástico—. Poseidón Egeo es el único capaz de enseñarle algo nuevo de los viajes al patrono de los viajeros —añadió, malicioso, y levantó más su vuelo, solo por si acaso.

—Pues claro, porque será un viaje por mar. Mira y aprende, niño —una vez arriba, el señor de los mares se puso de pie ante el timón. No era un barco muy grande, aunque tenía

un camarote cómodo. Había elegido un navío mediano para que avanzara más rápido—. Si el viento nos sigue favoreciendo en esta dirección, vamos a llegar muy pronto —le comentó tranquilamente—. Pídele a tu padre que nos favorezca —sonrió con malicia.

Hermes se posó en el barandal a un lado del dios y se sentó en mariposa, poniendo sus manos sobre sus tobillos.

—Yo estoy contigo, grandote, eso ya es en sí un atroz favorecimiento. Mi papá saldría sobrando aquí —ambos soltaron una sonora carcajada por ese comentario.

Poseidón interrumpió su risa ante un bostezo; de repente se sintió cansado. Había sido bastante energía ya el haber sacado ese barco de las profundidades y ponerlo a navegar. El menor notó este cansancio de inmediato y extendió una palma frente a su tío, dedicándole una mirada apacible, para indicarle que iba a hablar ya con más seriedad.

—No desgastemos tus energías en tareas inútiles. Voy a ayudarte, vengo más fresco gracias al letargo del que recientemente me despertó mi papá. Los cuidaré a ambos, sobre todo ahora que andamos débiles por nuestra decadencia en el mundo actual —entrecruzó los dedos de ambas manos y estiró los brazos para desperezarse, y se puso de pie con perfecto equilibrio sobre el barandal del barco—. Así que este apuesto dios de tobillos alados tiene también flamantes trucos bajo la manga para mostrarte, Posy.

Extendió la mano izquierda en el aire, y su cetro sagrado de oro, el caduceo, apareció en un resplandor azul cielo y se quedó flotando frente a él. Lo tomó con ambas manos y lo puso contra el suelo del barco. Sus ojos se tornaron de un verde neón y su semblante se volvió sombrío y lúgubre. De repente se aferró con fuerza al caduceo como si algo intentara arrebátárselo. Gruñó. Comenzó a tirar hacia arriba con una expresión concentrada, y los músculos de sus brazos se marcaron porque estaba haciendo visible fuerza para irlo subiendo lentamente, cada vez con menos esfuerzo.

Hermes fue sacando una especie de sombra de consistencia viscosa del suelo. Primero se vio la forma de una cabeza humana y luego, poco a poco, lo que parecía un charco oscuro sin forma se fue haciendo silueta, que cuando estuvo afuera fue velada por una cegadora luz verde que impedía ver lo que realmente sucedía allí. El heraldo voló fuera del barco y giró el caduceo con ambas manos, dejándolo horizontal. En cuanto hizo aquel movimiento, se escuchó el sonido de carne chocando, sonoros chasquidos y huesos tronando. Luego, el grito distorsionado de un alma en pena inundó el ambiente, y se fue distinguiendo como una voz masculina. Mientras este ser se materializaba por voluntad del joven dios, el heraldo se mantenía serio y solemne: flotando, inmóvil.

El aire se tornó helado y soplaba alrededor de ellos, agitando el barco, trayendo del inframundo el aroma de tierra húmeda y carbón quemado, que se mezcló con el característico del mar. Poseidón contempló en silencio el asombroso espectáculo; le parecía fascinante lo versátil que era su sobrino para desenvolverse bien tanto en el Olimpo como en el Hades.

Al fin, todo ese resplandor se fue apagando y logró distinguirse un hombre mortal. Sus pupilas eran del mismo color verde con el que brillaban las del hijo de Zeus, solo que, a diferencia de la vivaz deidad, este sujeto no transmitía emociones: estaba en trance. Tenía características griegas: cabello oscuro, corpulento, aspecto maduro y unas desgastadas ropas de navegante antiguo. El mayor reconoció su rostro apenas lo vio y bajó la mirada, intentando ocultar su repentina nostalgia. Hermes suspiró, aflojó el agarre del caduceo y volvió a posarse en el barandal, recuperando su aspecto habitual, notoriamente relajado.

—¿Qué mejor que alguien más capitanee la nave para tomar un descanso? Saluda a Hípalo. ¿Lo recuerdas? ¡Un devoto encantador! Yo nunca pude decirle que no —Hermes voló sobre el mortal y le dio un golpecito en la cabeza con la punta del caduceo; este resonó como si estuviera hueco. Hípalo se inclinó respetuosamente frente a ellos y luego caminó

hasta el timón, colocando una mano firme sobre este y mirando a Poseidón en espera de órdenes.

—¡Hípalo! —exclamó contento de verlo. Se trataba del mismo hombre que él recordaba de hacía tiempo, de la época en la que interactuaron durante la gloria misma de los olímpicos. Aquel griego era tan virtuoso que Poseidón le había permitido ser el primero en cruzar el océano Índico—. Extraño tus ofrendas, es un gusto tenerte en mi barco —se apartó del timón para que el mortal se posicionara mejor—. Ya he colocado el rumbo; hay que mantenerlo hacia el oeste y luego rodearemos la costa. Las estrellas nos guiarán hasta el corazón del Amazonas. Nunca te llevé hasta allá, pero debes saber que mil cosas místicas se esconden en esa selva, además de Fortuna —notó que Hermes aterrizaba a su lado y, mirándolo de reojo, añadió—: Por todos los dioses, espero no tener que toparme con Calypso... o lo pagarás, embaucador.

El viaje seguía su curso sin novedades. El heraldo divino ya se había relajado y voló a la copa del centinela para contemplar cada ángulo con vista privilegiada desde allí. Bostezó y se sentó, bajándose el casco a la altura de los ojos para echar una siesta en lo que la intensidad del sol bajaba. Era ese un buen momento para dejarse llevar por Morfeo. Se quedó dormido profundamente, pues el barco meciéndose sobre el agua lo arrullaba. Ni siquiera se dio cuenta cuando las aguas comenzaron a agitarse con violencia.

—...Y creo que estoy alterado, no porque no le corresponda, sino al contrario. Pero tampoco voy a darle la razón a ese infe... —Poseidón estaba recargado en el borde del barco, cerca del timón, hablándole en voz baja a Hípalo, cuando entonces algo le golpeó en la cara—. ¿Qué rayos? —se enojó al instante, pero entonces una gran ola los derrumbó sobre la cubierta.

Hermes se despertó ante una violenta sacudida y tuvo que abrazarse al mástil para no chocar contra él. El suelo del barco se cimbró y se escuchó un repiqueteo sobre la madera que indicaba que algo estaba subiendo a cubierta. Cuando se incorporó como mejor pudo para mirar debajo, observó que, efectivamente, la cubierta se estaba llenando de unos cangrejos negros que brillaban como la obsidiana y que, al parecer, pesaban tanto como una roca. El dios del mar solo vio con sorpresa que más cangrejos llovían sin darle tiempo para analizarlos. Atinó a ponerse delante de Hípalo, para evitar que esas cosas los dejaran sin capitán.

El oleaje se agitaba tanto que, entre la brisa, llegó uno de esos cangrejos hasta el mástil del centinela, y el heraldo se vio obligado a esquivarlo. Este golpeó contra la madera, dejando una marca por el impacto, y ya en el suelo de la copa, el heraldo se inclinó a tomarlo con ambas manos, notando que esa criatura era del tamaño de su cabeza, pero con una forma aplanada. Apenas vio las características de ese animal, supo bien de quién se trataba esa jugada. Entonces dejó caer el cangrejo y voló de inmediato cuesta abajo.

—¡Hey, Poseidón! ¡Es tu ex: Calypso! —alertó al rey del mar con un tono preocupado. El aludido vio al heraldo bajar sobre la cubierta y, cuando le pronunció ese nombre, el dios del océano frunció el ceño.

—Maldita sea... —tomó el dije de tridente de su cuello y este se agrandó con un destello azul. Luego lo hizo girar velozmente delante de él para rebotar fuera del barco a los cangrejos que llovían.

—¡Carajo! ¿Y ahora qué? Los dominios de Calypso están muy cerca de donde vamos, grandote. ¿Tan rápido llegamos? —Hermes materializó el caduceo y esparció, de un brusco tajo en el aire, una bruma púrpura que convirtió en arena a los cangrejos de la cubierta. Pero

más de ellos subían a reemplazarlos, comenzando a inclinar y cimbrar el barco de nueva cuenta.

Los ojos del dios mayor se llenaron de una luz azul, y el mar empezó a agitarse con más violencia.

—¡Cuida de nuestro capitán! —rugió esa orden mientras se concentraba en que las olas lamieran las paredes externas del navío, llevándose a los cangrejos con la corriente. Dirigió el agua sobre cubierta y arrastró con ella a los que subían con insistencia. Una vez sin los cangrejos invasores, se esforzó por mantener corrientes marinas alrededor del barco que los mantuvieran alejados. Funcionaba, pero le requería demasiada energía, por lo que no iba a resistir mucho tiempo así.

—¡Desvíen el curso que llevamos! —ordenó, mientras cerraba los puños, apuntándolos hacia el agua para mantener su control sobre esta.

Del suelo del barco emergió lentamente una sombra negra. Los cangrejos se volvieron arena y el calor del lugar disminuyó abruptamente, junto con los colores de los alrededores. De repente, todo se veía en una escala de grises.

—¿Qué veo? Es el gran Señor del Mar... —el eco de aquellas palabras resonaba en las cabezas de los dioses. Era una sensual voz femenina: Calypso. La sombra se fue materializando en una perfecta figura esbelta, de voluminosos atributos. Sus labios carnosos trazaron una sonrisa y luego ahogó una risilla, tomando unas anguilas que componían la falda de su vestido para fingir que hacía una reverencia, mirando hacia abajo en falsa actitud mansa.

—¿Qué pretendes, bruja? ¿Por qué nos impides avanzar? —Poseidón frunció el ceño, mirando con determinación a la perturbadora sombra sonriente frente a él.

La bruja se dejó ver del todo, y los colores en la visión de los dioses volvieron de golpe. Tenía la apariencia de una mujer de raza negra: de grandes ojos color jade, rasgados e hipnotizantes; nariz pequeña y estilizada; rostro afilado y pómulos pronunciados. Sus cabellos negros, de apretados rizos largos, parecían tener vida propia: se mecían todo el tiempo como si estuvieran debajo del agua. Sus grandes senos se pronunciaban atrevidos por el escote del vestido hecho de anguilas.

—Ambos saben lo que deseo. Pero sé que no me lo darán por las buenas... Esta es una oportunidad única para obtener más poder —respondió, poniendo las manos en su cintura, en un gesto coqueto, dirigiendo una mirada llena de deseo al tridente que estaba en la mano del dios mayor y luego otra al sagrado caduceo.

—Calypso, sólo te puedo decir que el caduceo no es negociable por ahora. Pero puedo arreglarte una cita con papá, no creo que eso le moleste.

Los ojos de jade se posaron en Hermes, con cierto brillo curioso y alegre en la mirada, y al escuchar esa burla, su sonrisa se borró.

—Poseidón, esta nueva alianza tuya... no me gusta —mientras hablaba, su imagen se iba cubriendo de sombras que la volvieron una mancha negra y difusa. Sus ojos brillaban como antorchas y, pronto, fue lo único que se distinguió. Gritó de repente; esas ondas sonoras eran un arma poderosa que aturdió al joven y desvió su vuelo, haciéndolo luchar contra la fuerte corriente de aire para no salir disparado lejos de allí. De aquella mancha negra que era Calypso emergió un enorme tentáculo que impactó contra el desprevenido heraldo.

—¡No pasarán!

Hermes, al fin, fue arrojado a un lado con ese golpe. Se incrustó en un extremo de la cubierta por el impacto. Calypso, apenas tuvo el paso libre, se arrojó contra Poseidón, emergiendo de las sombras para golpearlo con los múltiples tentáculos color turquesa que

ahora tenía por piernas. Y fue tal su ímpetu que lo arrojó fuera del navío con la misma saña que al joven.

El divino mensajero se incorporó lo más rápido que pudo de entre las tablas, y viendo el ataque a su compañero de aventura, empuñó el caduceo con la mano derecha. Su rostro se volvió sombrío y sus ojos se llenaron de luz verde: invocó a los muertos que habían perecido en los alrededores de esos mares. Estos emergieron del agua: eran muchos esqueletos desgastados, vestidos a medias con jirones de ropa llena de maleza marina. En cuanto se acercaron, tiraron de la hechicera para hundirla.

Calypso lanzó un hechizo contra Poseidón antes de ser alcanzada por los muertos, pero aquel destello de luces fue recibido por un espejo de agua que el rey formó para protegerse, y tal magia se extinguió en sí misma. La furiosa bruja luchó por quitarse los esqueletos de encima apenas los sintió, desprendiéndoselos de la piel misma, porque se aferraban con sus dedos de hueso con tal fuerza que se encarnaban. Los abatía con sus tentáculos como mejor podía, golpeándolos y agitándose entre gruñidos violentos. A estos cadáveres se les sumaron un puñado de medusas que fueron enviadas por el dios del mar para fastidiarla más, mientras se le enredaban en los tentáculos, impidiéndole actuar a sus anchas. Mientras tanto, debajo de Poseidón, en el manto acuífero, comenzaba a madurar a gran velocidad un volcán que muy pronto causaría estragos.

El de tobillos alados, en un acto piadoso, había ido hasta Hípalo para regresarlo al Hades. Al tocar su cabeza con el caduceo, este se difuminó en el aire entre un destello verde y un montón de cenizas. Cuando volvió a elevarse, notó la jugarreta de Calypso desde los aires, al ver el humo que salía del agua y hervía a fuego lento a criaturas marinas y a muertos por igual. Frunció el ceño y se desplazó hasta Poseidón.

—¡Toma mi mano! —lo sobrevoló y le tendió la palma extendida.

El castaño dio un salto habilidoso y se sostuvo del joven, que pujó por lo pesado que estaba el otro. Con grandes esfuerzos, y apenas logrando levantarlo unos centímetros del agua.

—¿Es todo lo que tienes, mocoso?

—¡Calla! ¡No tienes idea de lo pesado que estás! —volaba lejos de la hechicera, tomando la mano ajena con ambas para soportar el peso. Gruñó, apretando los dientes y tensándose para hacer fuerza.

Calypso se agrandó poco a poco dentro del mar y, al alcanzar el tamaño del barco que se hundía frente a ella, de un manotazo se quitó de encima a los cadáveres que volvían a arremeter sin descanso contra su figura. El barco se partió a la mitad cuando emergió por completo el volcán que de inmediato comenzó a hacer erupción, incendiando lo que quedaba del navío al ser alcanzado por la lava que se extendía y devoraba todo a su paso.

—¿No puedes llamar a alguna criatura que sea útil? No sé, un monstruo marino... el Kraken... ¡Mierda, ya no puedo! —gritó con frustración, haciendo un último esfuerzo por arrojarlo lejos de la lava. El rey se impulsó también para ayudarlo con su peso y juntó las manos en el aire para sumergirse en el agua como una flecha. El joven dio una bocanada para recuperar el aliento y fue entonces cuando la mujer lo capturó con rapidez, apretando su cuerpo en su enorme mano y, con la otra, tomó uno de sus pies.

—¿Y si te arranco las alas, Hermes? —soltó una carcajada al verlo removerse inútilmente, como lo haría un roedor asustado. Entonces, con curiosidad, agarró una de las pequeñas alas que sobresalían de su tobillo, tirando de ella lentamente para torturarlo, arrancándole un alarido.

—¡Suéltalo! —ordenó Poseidón mientras arrojaba el tridente contra ella. Este emitió un potente rayo azul que le dio justo en la mano, atravesándola. La bruja soltó un grito

ensordecedor y arrojó al heraldo dentro del agua. Ahora sí se había enfurecido la ninfa, por lo que se lanzó contra su atacante, estrujándolo con dos de sus tentáculos, que lo atraparon de un zarpazo.

El dios del océano resopló al ser apresado y cerró los ojos, apretándolos, mientras forcejeaba con ella para que no lo aplastara. Gruñó, logrando darle batalla a esa mujer que, por más que intentaba, no lograba triturar al fuerte dios.

—Ustedes, los dioses, se han vuelto gusanos muy débiles. Ya no intenten ocultarlo. Cédeme el tridente y podrás llevarte con vida al inútil de tu sobrino —dijo ella con tono burlón, acercándolo hacia su rostro y apretándolo aún más al añadir otro tentáculo. Aquel comentario enfureció al rey del mar, quien utilizó esa energía para liberarse, rompiendo uno de los tentáculos al abrir los brazos, usando la fuerza de su espalda y pecho. Aunque Calypso quiso mantener su agarre con los otros tentáculos, su propia sangre volvió complicada esa tarea.

—¡Maldito seas, Poseidón! ¡Me las vas a pagar! ¡Te lo juro! —gritó histérica mientras él se liberaba del agarre de los tentáculos y se lanzaba de nuevo al agua. El tridente llegó hasta él por sí solo, y lo empuñó con ambas manos fuertemente. Comenzó a controlar las corrientes de agua con toda esa rabia, aprovechándose de que ella se retorció de dolor y frustración. Las aguas se revolvieron cíclicamente en un gigantesco remolino que empezó a absorber a Calypso, mientras él se mantenía estático en esa posición dentro del agua. El sagrado tridente comenzó a irradiar una luz azul que parecía palpitar, y el dios empezó a moverlo en círculos sobre su cabeza, potenciando cada giro violento, cada vez más rápido.

Le preocupaba que Hermes no emergiera del mar, y con todo ese caos iba a ser más complicado que lo lograra solo. Se concentró, cerró los ojos y mentalmente comunicó su voluntad a los delfines cercanos. Los fieles súbditos rastrearon al joven mensajero, que se

había quedado inconsciente, y lo empujaron hacia la superficie. Con dedicación, lo acercaron todo lo posible hacia la orilla, nadando con fuerza contra la poderosa corriente. Algunos eran absorbidos irremediabilmente, pero otros más se unían a la causa, con tal de cumplir con el mandato de su dios, tal cual lo había solicitado.

La bruja gritaba y se retorció furiosa, esforzándose por salir hacia la superficie, y el dios forcejeaba con ella tratando de contenerla. Hasta que la energía se fue agotando de su ser y fue volviendo a su tamaño natural, lo cual fue peor para ella, pues fue arrastrada con más facilidad hasta el ojo del remolino. Al fin se perdió en las aguas, arrojada irremediabilmente hacia el fondo del mar, donde se las vería con todos los súbditos marinos que el dios fue capaz de influenciar.

Poseidón se aseguró de que su sobrino estuviera en la orilla del mar, y cuando vio que había logrado sus objetivos, suspiró. El agua dejó de agitarse. Él se quedó flotando: estaba muy cansado, había usado demasiada de su vital energía.

Cuando Hermes abrió los ojos, le dolía todo. Despegó la mejilla del lodo con manglares, y al mirar a su alrededor y distinguir a lo lejos la vegetación colorida, se sintió bien al saber que al menos habían llegado a su destino y se encontraban a orillas del Amazonas. Comenzó a moverse lentamente para sentarse y, entonces, al encoger una de sus piernas, sintió un dolor punzante que le arrancó un quejido.

—¡Erinias! —cerró los ojos, jadeando ante esa incesante sensación. Puso su mano en el tobillo con cuidado, sintiendo que fluía de él una calidez inusual. Entonces miró su mano: allí estaban las manchas de ícor dorado en sus dedos. La bruja había logrado desprender una de las pequeñas alas y la traía colgando como un jirón, además de que le había dislocado ese tobillo por el forcejeo. Era eso una ofensa muy grande, que esa fémina iba a tener que saldar con él tarde o temprano. Pero entonces, un pensamiento intrusivo: “¿Y Poseidón?”.

Miró a su alrededor, pero él no estaba allí. Sintió una presión en el estómago, un nudo en la garganta y unas náuseas inevitables. Sería lo peor perderlo en su primera misión juntos. Miró fijo al horizonte, intentando ordenar sus ideas, calmarse primero para poder saber qué hacer, y entonces, en el agua, cerca de él, fue emergiendo una silueta. ¡Era el dios que flotaba, devuelto hacia su destino! Un banco de pequeños peces atrajo al dios hasta allí, y todos parecían alentarlos en lenguas que el mensajero notó curiosas, pero no conocía. Se apresuró con cuidado para adentrarse un poco más en la orilla y lo recibió con cuidado. Lo tomó de un brazo y lo jaló como pudo, arrastrándolo a su lado.

—Gracias, chicos. Yo me encargo —dijo con agrado de verlos atentos a que él se encargara de su dios. Estos reverenciaron y se dieron media vuelta, adentrándose en las densas aguas. Hermes lo puso con esfuerzo boca arriba sobre el fango—. ¡Hey, grandote! Oye, no es hora de dormir —lo removió un poco, agitándolo por el hombro, y después dio un par de palmadas en su mejilla. Poseidón abrió los ojos con dificultad; se sentía molido, pero tanto sus súbditos como ese insistente joven evitaron que cayera en letargo. El joven suspiró al verlo reaccionar.

—¿Hermes? —se llevó la mano a la sien y, al sentarse, le dolió todo el torso y los brazos—. Esa maldita loca de Calypso... En el pasado nunca hubiera sido capaz de darme esta tunda... ¿Estás bien? —giró la cabeza, y se escuchó tronar su cuello. Luego estiró los brazos; tenía moretones, pero sanarían pronto. Hermes se rió por ese comentario, y al querer volver a mover la pierna derecha de lugar contuvo un quejido. Lo había olvidado por un momento ante la preocupación, pero ahora el dolor estaba ahí de nuevo.

—¡Uff! Mi divina misión no son directamente las batallas cuerpo a cuerpo. Como sabes, yo resuelvo las cosas diferente, carajo —confesó en voz baja, intentando distraerse en algo para no centrar su atención en su malestar.

El mayor miró que el heraldo parecía compungido y observó el ala descarnada de su tobillo.

—Tranquilo, te vas a recuperar poco a poco —dijo, manteniéndose sentado. Se giró, dándole la espalda—. No podemos detenernos ahora, así que súbete. Debemos continuar.

A Hermes le dolió el orgullo ante esta oferta de ayuda, pero no tenía de otra más que aceptarla por ahora. Se acercó a él con mucho cuidado, pero aun así el dolor era casi insoportable al mover el tobillo. Poseidón lo cargó en su espalda, poniéndose de pie lentamente.

—Cerca de aquí erigieron un templo. Allí debe estar la diosa que buscamos.

El joven se esforzó por disimular lo que le estaba pasando, pero estaba sudando frío y temblaba, abrazado al fuerte cuello, poniendo la pierna buena con facilidad en el costado del otro. En cuanto a la otra pierna, con el ala herida y el tobillo maltrecho, cada que se removía con los pasos del otro, tenía que hacer esfuerzos monumentales para no quejarse. Cuando dolía demasiado, apretaba al dios, sabiendo que no le haría daño con esto. Frotó su frente contra su nuca, sintiéndose muy cansado, con una especie de náuseas generadas por el terrible malestar. Además, ya resentía todo el cuerpo adolorido por la batalla.

—Oye, por fortuna estaba contigo y salvé el día, ¿no? De nada —intervino en tono lastimero, intentando hacerlo reír para distraerse. La jungla a su alrededor, aunque se les presentaba majestuosa, en ella nada podía asustarlos.

—Sí, claro. ¿Cómo olvidé agradecerte? ¡Gracias, niño! Olvidemos el detalle de que yo evité que te aplastara Calypso y te quitara del todo una de tus sagradas alitas —lo molestó con ironía. Cuando escuchó al otro reír, en un parpadeo tomó, sin previo aviso, el tobillo ajeno lastimado que colgaba a su costado y, abarcándolo con su gran mano, lo acomodó de un tirón, haciéndolo tronar. El heraldo soltó un alarido y golpeó el hombro del otro con el

puño en reacción. Fue el turno de Poseidón de soltar una franca carcajada—. Sé que no eres un guerrero encarnizado, Hermes, pero eso es por culpa de Zeus. Te sobreprotegió demasiado y mírate ahora, todo llorón —agregó mientras se lo acomodaba mejor en la espalda, dando un salto y aferrando mejor sus piernas contra él. No se esforzó más en ser cuidadoso porque, además, a cada paso que daba, la maleza lo golpeaba sin que pudiera hacer gran cosa.

—¡Desgraciado, ten cuidado!

—Es desesperante atravesar esta maleza contigo a cuestas, ¿sabías? —sostenía los muslos de Hermes con ambas manos, pero tuvo que soltar uno, encorvándose para que el menor no cayera. Éste sólo soltó un quejido y se aferró como mejor pudo.

Arrancó el dije de tridente de su cuello y este creció a su tamaño natural. Con él, emitió un disparo de energía azul que abrió el hoyo que necesitaba, justo hasta donde estaba el templo.

—Listo. Ya casi llegamos —resopló. Le pasó su arma a Hermes para sostenerlo bien y seguir. Poseidón también estaba empezando a sentirse muy mal: le latían las sienes, le dolía todo el cuerpo por la batalla con la ninfa, y llevar al heraldo estaba resultando también un calvario para él, pero siguió, casi arrastrando los pies, hasta que al fin llegaron—. A ver... Te voy a poner aquí.

Al llegar justo frente a las ruinas de lo que fue un templo, se dio la vuelta y, con calma, dejó al menor sobre un escalón alto, tallado en piedra, oscurecida y desgastada por la humedad. El joven percibía su sentido del tacto opacado, como si tuviera los miembros dormidos a medias. Se percató de lo frío que estaba ese escalón a diferencia del calor húmedo de esa jungla.

Poseidón empezó a cortar manualmente la maleza, puesto que la energía ya no le daba para volver a disparar como antes.

—Tú espérame. Yo entraré a ver. Si pasa cualquier cosa, grita con toda la fuerza de tus pulmones de pájaro, ¿entendido? —sonrió en el último momento por su mala broma.

El heraldo no tenía fuerzas para reírse, pero el rey del mar siempre lograba divertirlo. Respiraba con dificultad, intentando poner atención a lo que el otro decía, pero el sonido se distorsionaba por momentos, y la vista se le nublaba de forma intermitente.

—Qué bobo eres, Posy —negó ligeramente con una sonrisa apagada—. Voy a gorjear, seguro. Tú no te preocupes —dijo en tono sarcástico y se acomodó mejor en el escalón, subiendo la pierna herida. Dejó escapar un quejido. Continuó hablando bajo—. Oye, súbeme a un árbol, amaneceré mejor si me cubres con ramitas y me consigues gusanos —cerró los ojos con media sonrisa y se rió bajo, sin poder evitarlo más, seguido del dios mayor, que soltó la carcajada mientras se adentraba a las ruinas.

—¡Eso es! ¡A mantener el buen humor en lo que trabaja papá Posy!

Hermes dejó caer la cabeza contra la columna de mármol desgastado que tenía cerca, manteniendo una sonrisa, y vio al dios del mar abrir una brecha con el tridente hacia el interior del templo abandonado. Relució un destello entre la maleza que pareció opacarse al adentrarse más por la intrusión del tridente. Ambos dioses lo notaron desde diferentes ángulos.

—¿Viste lo que yo? —Poseidón dejó ver una sonrisa confiada que rasgaba sus ojos.

El heraldo mantenía los ojos abiertos con esfuerzo. Lo que le quedaba de energía estaba utilizándose en sanar su tobillo, por lo que comenzó a sentirse adormilado. Pero, pese a eso, se esforzó por hablar fuerte y claro:

—¡Por Zeus que vi algo!

Hermes se obligó a levantarse y trastabilló hacia donde estaba el otro, que se apresuró a sostenerlo del hombro y la cintura para que no se derrumbara. El astuto dios extendió la

mano derecha en el aire y materializó el caduceo en un resplandor. Jadeó por el esfuerzo, sintiendo un mareo, pero apretó los dientes forzándose todavía más, y el cetro divino se iluminó. El heraldo se desvaneció en los brazos del dios, que lo aferró como mejor pudo para irlo recostando con cuidado.

Del suelo de roca mohosa emergió de repente un cadáver bastante maltratado por el tiempo, que de un rápido zarpazo sostuvo en su mano lo que a simple vista pareció una ráfaga dorada. La apretó entre sus descarnadas manos, poniendo resistencia, agitándose, pero sin soltarla.

—¡Ah! —Poseidón miró con asombro lo que ocurrió frente a él. No supo cómo es que el menor logró atrapar a la diosa estando como estaba, pero por algo era un digno hijo de Zeus—. ¡Carajo! ¡No lo sueltes!

Dejó a Hermes y se adelantó hacia donde estaba atrapada la diosa por esa ánima invocada del Hades.

—¡Eres tú! ¡Maldita Fortuna! —se acercó a verla con mayor detenimiento—. ¡Qué suerte! —extendió una sonrisa entusiasmada al reconocerla y, de inmediato, tomó la jaula dorada que traía colgada a la cintura, otorgada por su hermano para dicha misión.

Justo en ese momento, la diosa alcanzó a soltarse de las manos del cadáver y Poseidón se tuvo que arrojar al suelo. Se apresuró a gatas para perseguirla, quedando en cuclillas cuando la tuvo entre sus manos.

—¡No, no, no! ¡No te irás! —se revolcó por la tierra sucia debatiéndose con ella. La diosa era pequeña pero muy fuerte, y lograba moverlo cada que se rebatía para zafarse de su agarre, pero no tuvo éxito, ya que fue arrojada dentro de la jaulita. Al fin, el mayor se levantó victorioso con su jaula cerrada y la diosa adentro—. ¡Mírate! Tan escurridiza y tramposa como siempre.

Contempló a la pequeña castaña de ojos y alas del color del cobre. Ella, emberrinchada, se cruzó de brazos haciendo un puchero y se sentó de mala gana, con sus bonitas facciones llenas de molestia. Poseidón no alejaba la intensa mirada gris de ella.

—Zeus requiere tu presencia, lindura.

REIVINDICACIÓN DIVINA

CANTO III: FAMA

Voló luchando contra la ventisca para capturar a Ganimedes y a su hijo Hermafrodito en el aire y rescatarlos de ese peligroso tornado. Con un gruñido, esquivó una bocina que salió volando desde el escenario.

—¡Zeus! ¡Poseidón! ¡¡Paren, carajo!! ¡¡Se los van a cargar a todos aquí!! —gritó, abrazando con fuerza a sus protegidos y gimiendo por el esfuerzo de no dejarse arrastrar por ese viento poderoso.

Cuando aquello se detuvo, descendió con dificultad, haciendo fuerza para no caer con ambos, y los dejó con cuidado sobre la arena. Volteó a un lado con fastidio y notó el cadáver de un hombre descalabrado por un tubo que había pertenecido al escenario y ahora yacía allí, entre la arena, asomándose a medias con manchas de sangre. Miró a su alrededor, gritó de impotencia y voló en círculos por el lugar, intentando reunir a los sobrevivientes. Los agrupó en un punto seguro y apareció frente a ellos, materializando el caduceo.

—No se dispersen, por favor —ordenó con solemnidad.

* * *

Un par de audios en YouTube se habían vuelto virales por las increíbles melodías de una banda misteriosa, misma que había prometido revelar su identidad de forma inédita en el famoso Rock in Roma de ese año, celebrado como edición especial en el puerto turístico de Roma, cerca de la playa. Era el momento de que Zeus llevara su plan más allá, así que dejó a Hermes como bajista y decidió integrar a su amante predilecto como mánager para tenerlo cerca.

Ganímedes se sentía natural, como pez en el agua; casi creía haber encontrado su vocación por segunda vez, aunque nada superaba el haber sido elegido por el más increíble de los dioses. Pero ante esta nueva encomienda, estaba como poseído: apenas comía o dormía, iba a todos lados hablando por celular y texteoando con un aparato de manos libres inalámbrico en la oreja. Se esforzaba al máximo por que la planeación de ese evento saliera perfecta. Estaba disfrutando tanto ayudar y formar parte de ese suceso, que no le importaba nada más.

Le consiguió a su rey un bello escenario junto a la playa, en el mejor horario: justo a la puesta de sol, cuando ya había bajado el calor, y el montaje estaba diseñado para que las luces se vieran mágicas al anochecer. El eterno joven rubio se había recogido el cabello en una coleta; lucía un traje gris (a juego con sus ojos), con camisa blanca y zapatos café. Todo debía salir perfecto de su parte.

Tratando de controlar sus nervios, respiró hondo y le hizo señas al personal de iluminación y montaje para que comenzaran. Apretó contra su pecho la hoja con la lista de canciones y llevó una mano a la solapa de su saco para hablar en el pequeño micrófono. Los dioses podían oírlo con claridad a través de sus auriculares.

—¿Listos? Nike y Fortuna ya nos acompañan. Vamos a enfocarnos en Fama, chicos. Salimos en breve. ¡A tu señal, Zeus! —esperó, emocionado, el inicio del espectáculo.

Entre las grandes luces que colgaban del escenario, dos enormes faros no eran eléctricos, sino que contenían a las pequeñas diosas, expectantes, con la mejor vista del show.

—Ya casi, Ganie. Iré a revisar si está listo mi padre. Tú respira, hombre, te vas a asfixiar —bromeó el heraldo al pasar a su lado.

Su cabello negro y rizado iba suelto y se mecía con el viento. Llevaba un casco forjado en plata, con el diseño de dos pequeñas alas que sobresalían a los costados; pantalón ajustado

de cuero negro con cadenas plateadas colgando de la cintura y un top de algodón blanco, desgarrado. Iba descalzo: se definía ante su público como un alma libre. Colgaba a su espalda un flamante bajo blanco con el dibujo dorado del caduceo en un costado.

—¿Do-dónde te habías metido, Hermes? —preguntó el ansioso joven.

—Ya estoy aquí, ¿no? —sonrió y le guiñó un ojo, siguiendo su camino al camerino de su padre.

Había evadido la pregunta por una importante razón: no podía revelar todavía aquel nuevo secreto que había surgido en su corazón. Convenía a todos que sus nuevas inclinaciones amorosas permanecieran ocultas. Por ahora no pensaría demasiado en eso, no hasta estar seguro de lo que sentía, pues tras su historial de malas experiencias, sabía que los sentimientos eran un deporte de alto riesgo. Por eso había asignado a Poseidón un camerino al otro lado del escenario, supuestamente lejos de él. De allí venía.

—¿Listo, Zeus? Te sorprenderá lo mucho que he mejorado con el bajo —dijo al entrar al camerino, observándolo a través del espejo—. Además, practiqué los coros, así que puedo apoyarte si olvidas la letra.

—Todavía no aprendo a comunicarme con esta horrible invención mortal —gruñó el todopoderoso, con un sombrero vaquero dorado, pantalón de mezclilla gris, playera blanca con el estampado caricaturizado de un rayo dorado al centro, y una chamarra de piel negra adornada con estoperoles dorados y flequillos en mangas y espalda. Completaba el look con botas a tono. Dejó el pequeño micrófono roto sobre el tocador.

Hermes se detuvo detrás de él y rió.

—¡Oh, ya lo rompiste, papá! —dijo con una sonrisa divertida—. Pero lo sabía y te traje otro.

Sacó un micrófono nuevo del bolsillo y lo colocó con cuidado en la chamarra de Zeus.

—Listo. Te ves increíble. Seguro este look va a marcar tendencia entre los mortales —palmeó su hombro y se acercó al espejo—. No quiero estresarte más, pero la verdad es que no sabemos lo que va a pasar hoy. Así que más les vale a ti y a Poseidón hacerlo lo mejor que puedan.

Desvió la mirada con cierta reserva y se colocó un mechón de cabello tras la oreja.

Zeus tomó el vaso de cristal frente a él y dio un trago a su whisky antes de contestar:

—Si decirme eso te ayuda a mantenerte tranquilo, por mí está bien. Descuida, todo saldrá como hemos planeado, hijo —dio otro trago y suspiró con decisión—. Ya casi es nuestro turno.

Se bebió de golpe lo que quedaba y dejó con firmeza el vaso sobre el tocador. La fuerza aplicada agrietó el cristal, pero el dios de dioses no le dio importancia. Luego se colgó la guitarra eléctrica negra, decorada con rayos de color azul neón pintados a mano, que abarcaban toda la superficie. Se puso los lentes de sol espejados. Cabe mencionar que este estilo country-rockero, en efecto, ya era tendencia entre los jóvenes mortales.

* * *

El viento arrancó a Hermes de la cercanía de Poseidón, y el rey del mar giró lentamente, manteniéndose flotando en el ojo del huracán que se había formado al alejarse el joven dios. La batería se elevó cerca del dios para retomar su parte musical, y el océano se levantó con violencia, arrastrando a las personas con él.

El padre de dioses no podía controlarse. El frenesí de experimentar ese poder lo tenía en éxtasis, y se dejó llevar de tal manera que no se percató de nada. A lo lejos, en su trance, escuchó los gritos de su hijo. Abrió los ojos y contempló el desastre. Sólo entonces fue consciente de que estaba flotando. Descendió al suelo, volteó a ver a su hermano y luego, de reojo, a Hermes, que lucía histérico mientras rescataba mortales. Él mismo tomó a algunos y

los llevó en nubes hacia el grupo reunido. Era inevitable ver varios cuerpos tirados por ahí, sin mencionar los que el mar había devorado y de los que sí podía estar consciente.

* * *

Al principio, las pequeñas diosas estaban indignadas con esos tres patanes, y no tomaron con agrado la nueva misión que se les había impuesto, sino con cierta resignación. Sin embargo, cuando entendieron mejor de qué se trataba, se involucraron hasta sentirse comprometidas con la causa. Todos se propusieron atraer a la arrogante diosa Fama con su futura presentación. Era cuestión de tiempo. Asomadas desde los faros en las alturas del escenario, contemplaban a la multitud y se llenaban de esa energía.

Miles de jóvenes almas estaban allí, celebrando que finalmente escucharían tocar al “Homoidoscopio Divino”. Sus gritos se volvieron ensordecedores cuando el contador en el escenario comenzó a indicar la salida de la banda. La muchedumbre, desde lejos, resonaba en el aire, con su barullo, gritos y entusiasmo. El dios de dioses se puso de pie. Dio un par de pasos y esperó a su hijo detrás de la cortina del escenario. Sonrió con los labios apretados al notar a Hermes llegar a su lado, intentando ocultar por vana costumbre ese entusiasmo. Los dioses compartieron una sonrisa cómplice al ver a Poseidón asomarse cauteloso al otro lado del escenario junto con Ganimedes.

Zeus suspiró y miró a Hermes. Presionó el botón del micrófono, esta vez de la forma adecuada, y dijo, lleno de confianza:

—Nacimos listos, ¿sabes, cariño? ¡Vamos! ¡Es hora de enajenar mortales!

Los dioses avanzaron juntos hacia el centro del gran escenario, que estaba a la intemperie. El heraldo, que solía caminar entre los mortales, ese día iba a darse el lujo de demostrar las características que lo elevaban entre ellos con mucho orgullo. Voló hasta su sitio y aterrizó delicadamente a un lado de Zeus.

Poseidón entró por el lado opuesto del escenario, con las baquetas en un puño, levantándolas hacia el público. Vestía una banda negra atada en su cabeza, que mantenía ordenados sus largos rizos castaños y ondulados. Llevaba un pantalón de mezclilla café con botas mineras negras, y su torso desnudo estaba adornado solo con la cadena del tridente que colgaba de su cuello. El padre de los dioses ajustó el micrófono frente a él. Poseidón se sentó detrás de la batería con gran solemnidad. Los gritos del público fueron estridentes, todos se volvieron locos apenas los vieron.

En el horizonte, la puesta de sol les daba la bienvenida. Era emocionante y nostálgico contemplar cómo Roma había cambiado tanto desde aquellos tiempos de gloria que los dioses conocían tan bien.

—¡Buenas noches, mortales olímpicos! ¡Espero que se sepan esta canción! —Zeus hizo una pausa y Hermes tocó las primeras notas de la melodía, uno de sus primeros éxitos. El público entero gritó eufórico al identificarla. Los dioses sintieron cómo la vibra de los mortales comenzaba a llenarlos de energía. Toda esa locura estaba valiendo la pena por ahora.

Esos gritos ensordecedores los estremecían, los revivían. Olvidaron todo lo demás a cambio de la adrenalina que recorría sus cuerpos con ferocidad. Una sensación alucinante que hizo que Poseidón iniciara el conteo con las baquetas, esperando que Hermes diera las primeras notas de una de sus canciones más alabadas y conocidas hasta ahora. El heraldo lo hizo como solo un dios podía hacerlo. El deleite auditivo que ofrecían se transformaba en poder, y no había dicha más grande para el rey de los siete mares que vivir ese momento, teniendo su reino tan cerca. Las olas fueron llevando el ritmo de la tonada mientras Poseidón se concentraba en tocar al compás. Los enajenados mortales lo hicieron sentir prácticamente ebrio de vitalidad, algo que no había experimentado en mucho tiempo. Se dijo a sí mismo

que tenía que esforzarse para controlar ese enorme flujo de energía, para no dejar que se le escapara de las manos. Pero perderse en ese delirio era un riesgo cada vez mayor.

Los ojos grisáceos de Ganímedes se humedecieron, estaba conmovido, impresionado. ¡Sonaban increíble! ¡El Olimpo entero estaba salvado! Fue cuando alguien de su equipo técnico se acercó para avisarle que ya había llegado Hermafrodita. El rubio corrió a buscarla y la abrazó fuerte. Era un poco más alta que él.

Hermafrodita lucía como la chica más bella, con su piel blanca, su intensa mirada azul y su cabello largo y ondulado, color chocolate. Estaba peinada con una cola de caballo alta, y vestía un vestido negro, pegado en el torso y suelto en la falda, que le llegaba arriba de la rodilla. Sobre el vestido, se había puesto una playera corta de color blanco con el nombre de la banda de su padre, Hermes. Llevaba tacones negros y una pequeña bolsa dorada al hombro. Sin maquillaje, sus finas facciones andróginas eran hipnóticas, confusas para las mentes cerradas. Dependiendo de la percepción, era una mujer hermosa con una energía viril, pero también un joven lo suficientemente apuesto como para pasar por chica.

—¡Oh, mi querida estrellita! ¡Tienes que ver esto! —Ganímedes la tomó de la mano y la miró a los ojos con calidez.

—¡Ganie! ¡Qué alegría! —exclamó ella con esa voz tan característica, un sexy timbre grave femenino, que sonaba intermedio, como todo él. Le sonrió con alegría.

—¿Ya traes tus tapones? —le tocó los oídos para asegurarse— ¡Trajiste tu playera! ¡Eso es!

—Sí, sí. Ya sé que te importan mucho los detalles.

—Bien, debes usarlos porque estando tan cerca, se escucha muy fuerte —la llevó hasta un sitio oculto del escenario, a pocos pasos de sus dioses— ¡Míralos! ¡Brillan más que nunca! —Zeus provocó un estruendo en el cielo.

—¡Mi dios! —murmuró inspirado. Suspiró, contemplando lo fabuloso que se veía su rey. Lo increíble que se veían todos en el escenario era como un sueño.

* * *

Ganímedes escuchó los truenos en el cielo cada vez más potentes y volteó a ver a Hermafrodita con pánico.

—Esto no está bien... —se llevó la mano al auricular y trató de advertir sobre lo que estaba pasando— ¡Zeus, ya para! ¡Cariño, por favor!

No le contestó. Abrió los ojos con sorpresa al ver cómo el huracán levantaba el mar y arrancaba un pedazo del escenario.

—¡Dita! —se lanzó a abrazar a Hermafrodita e intentó cubrirla con su cuerpo cuando se cayó un trozo de techo. Justo a tiempo, Hermes llegó para rescatarlos.

—¡Amigo! ¡Detenlos! —gritó, mientras se sujetaba fuerte de Hermes, volando por el aire.

Al segundo siguiente, al menos dos tercios de la gente en el concierto estaba de pie, completamente enajenada, mirando al cielo. Ganímedes ya conocía ese truco de Zeus, pero no entendía por qué lo había hecho. Miró a su alrededor, confundido. ¿Y Hermes?

—¿Pero qué rayos pasó? —preguntó en voz alta a Poseidón, que estaba cerca.

El aludido se esforzaba en disipar el huracán, intentando expulsar a las personas que el mar había arrastrado. Sintió claramente que algunas se ahogaron. Aterrado, volteó a ver a Ganímedes.

—Yo... no sé qué pasó.

* * *

Hermes daba golpecitos con el talón contra el suelo, marcando el ritmo, intentando no ver a Poseidón para no distraerse y poder hacer las tonadas adecuadas cuando se requería

delicadeza. Recordar aquellas lejanas lecciones que tuvo con su hermano Apolo en su infancia respecto a la música fue de gran ayuda, porque logró fusionarse con ese instrumento; de repente, un respiro de energía lo inundaba. Las alas en sus tobillos lo elevaron sin que él pudiera controlarlo más. Se balanceaba en el aire, tocando el bajo a medio metro del escenario.

Llegó el momento de acompañar la voz grave de su padre con los coros; su voz aguda hizo un contraste de otro mundo. Las mujeres que estaban en la primera fila gritaban como desquiciadas desde que se había elevado en el aire: "¡Hermes! ¡HERMES!". Bebían, fumaban, se desnudaban, lloraban... a esa hora, en el festival, casi todo estaba permitido. Les demostraría quién era él. Su mirada se detenía de mortal en mortal, y de repente todos le parecían tan hermosos. Era un momento perfecto; los rayos naranjas del sol acariciaban a dioses y hombres por igual, el mar lanzaba destellos dorados y el viento soplaba suavemente.

Siguieron sin pausas con la siguiente canción; no iban a detenerse ahora. La energía fluía hacia ellos cada vez más y más. La letra era melancólica, y cuando Zeus se dejó llevar, comenzó a nublarse ligeramente, y la lluvia fue cayendo con suavidad sobre los presentes. De repente, tenía más energía de la habitual. Hubo un momento en el que sus ojos se llenaron de luz azul mientras se mantenía tocando. Todo el público gritó frenético. Al principio, sólo les sonrió sin comprender; su estruendosa y vibrante voz siguió dando las notas correctas, pero cuando sintió que su cuerpo irradiaba centellas, se rió y continuó cantando.

—Somos auténticos dioses —dijo con su voz de trueno, intercalando ese comentario en una parte instrumental de la melodía, y un poderoso rayo atravesó el cielo—. ¡Sus dioses! ¡A ver, que se escuche fuerte: ¡Zeus, Hermes, Poseidón!, ¡Zeus, Hermes, Poseidón! —la gente gritó enloquecida, lo que el dios les pidió lo repitieron, uniéndose más a cada vez. No tenían miedo, estaban completamente seducidos. Podía ver admiración en sus ojos; ¿qué era

esa sensación? Buscó la mirada gris de su hermoso y joven amante, que seguía implacable a un costado del escenario.

Poseidón se perdió a sí mismo en la sensación de la lluvia mojando su rostro, junto con la euforia de tantas personas frente a ellos, dejándose llevar por el arrebatado estrepitoso de las notas que producía, por la cadencia en la voz de Zeus y por el ritmo insaciable del bajo. Los mortales gritaban, saltaban, se balanceaban y pedían más y más. Había una parte de esa canción que sólo eran la guitarra y la batería. Hermes paró y le señaló a su público que aplaudieran al ritmo.

El heraldo estaba frenético por la energía que se arremolinaba en su divino cuerpo; dejó de lado el bajo y voló hasta el rey del mar, contemplando lo perfecto que lucía concentrado en la batería. Se sentó sobre una de sus piernas; ambos dioses se miraron a los ojos. Poseidón no pudo controlarse y lo besó de forma impulsiva. El joven se sorprendió, pero ante la agradable sensación, se dejó llevar y cerró los ojos. Mediante ese beso, este se alargaba y se volvía más profundo. Para alardear de sus habilidades, el portador del tridente no dejó de tocar; mantuvo su solo de batería al tiempo que seguía besando a Hermes a su antojo. Es por eso que no distinguió que, de un momento a otro, el rugido que se escuchaba ya no era de las personas, sino del océano.

* * *

—¿Estás bien? ¿Estás bien, cielo? ¡Erinias! ¡Casi te pierdo en ese desastre! —el heraldo revisó que su hija no tuviera heridas y luego la abrazó con fuerza. Entonces ella notó que él estaba temblando.

—¡Hey, calma! No te preocupes. Yo estoy bien, de verdad lo estoy, pá — Hermafrodita correspondió el abrazo, conmovida por esa reacción y le acomodó bien su casco. Padre e hija se miraron con cariño.

Aquello era un desastre.

—¡Hermes! —el dios de dioses llamó con firmeza al heraldo para que acudiera y se calmara un poco—. ¡Ve a buscar a Hades! Habla con mi hermano y dile que soy yo el que le pide que nos ayude. Te ordeno que lo convenzas a como dé lugar. ¡Anda! ¡Vete ya!

Zeus se acercó a Gánímedes y acarició su mejilla, inclinándose a presionar sus labios en su cuello y se separó.

—Cuida a mi nieta, cariño; voy a trabajar.

Gánímedes suspiró por la repentina cercanía; esa deidad lo estremecía. Cuando se retiró, no pudo evitar una sonrisa amarga. Caminó hacia Hermafrodita y le pasó un brazo por los hombros.

—Ellos lo lograrán. Tu papá lo hará, muñeca, ya verás.

El tiempo simuló detenerse para los mortales: diez minutos terrestres exactos, que para los dioses transcurrieron muy lentamente, porque las deidades pueden desentenderse del tiempo de sus creaciones cuando Zeus así lo requiere, y moverse a gran velocidad. En ese lapso de confusión, Hermes se fue con el mayor de los hijos de Cronos con la encomienda de negociar por los muertos.

* * *

Zeus hacía mucho que no manipulaba tanta energía divina. Levantó los brazos en medio de ese solo de batería y giró en el escenario en saltos frenéticos, sin darle importancia al beso que estaba presenciando. Tomó el micrófono y emitió un aullido gutural que hizo gritar a los espectadores también. Se emocionó tanto que los truenos y la lluvia aumentaron de intensidad, y los vientos furiosos comenzaron a agitar el mar, hasta que Poseidón se unió a ese deseo.

Hermes se sentía ebrio de alegría, estaba aferrado a Poseidón, flotando, y se sentía increíble, hasta que sintió que algo había rozado su cabeza y se separó del beso. ¡Entonces contempló algo horrible! Estaban levitando en medio de un escenario que se desmoronaba a pedazos. Cuando Poseidón abrió los ojos, estaban llenos de una luz azul turquesa, como en trance. Una fuerte tormenta se mezcló con el clamor del mar, y los gritos que todavía se oían eran de pánico. Las nubes de la tormenta eléctrica empezaron a arremolinarse junto con el mar, y un viento cada vez más impetuoso despedazaba todo sin parar. Los faros de luces fueron estallando uno a uno, sacando chispas, y las pequeñas diosas volaron con esfuerzo a refugiarse entre las ropas de Zeus.

Poseidón se dio cuenta cuando ya era muy tarde. Dejó de tocar, dio un respingo y aterrizó en la tarima mojada, porque ellos también se habían elevado con el viento y ni lo sintió. Vio frente a él a su audiencia huyendo o pidiendo auxilio desde el mar agitado y el escenario derrumbándose, y luego notó que Zeus había aterrizado cerca de él.

* * *

Hermes psicopompo descendió al inframundo tan rápido como pudo, dejando tras de sí una estela luminosa; la adrenalina del caos que se generó de repente y la energía extra lo tenían al límite. Venía pensando rápido para argumentar y dio con una idea muy valiosa: dentro de una desgracia se encuentra una oportunidad. Porque si Hades resucitaba esa cantidad de mortales, no había forma de que no se hablara de ellos y de su grandeza. Las cavernas del inframundo resonaban a su paso, los ecos de su vuelo rebotaban amortiguados por el clamor de los muertos. Los espectros se apartaban del camino, reconociendo al mensajero y temiendo el resplandor de su caduceo, que arrojaba luces danzantes en las paredes de piedra húmeda.

Hades no siempre salía a supervisar el trabajo de sus hombres, pero en esos momentos había un escándalo en el Juzgado. Muchos de sus servidores en el inframundo, entre ellos los jueces (Minos, Radamantis y Éaco), estaban encantados con lo que Zeus, Poseidón y Hermes estaban haciendo, y el rey de los muertos terminó estando tan enterado que incluso viajó a la superficie para contemplar de lejos, y lo que vio fue increíble: mortales adorando dioses antiguos, algo que no sucedía hace milenios. Cuando volvió a su hogar, concluyó que lo que siguió a ese frenesí fue caos. Pues, al pasar por la orilla del Aqueronte, llegó un grupo de muertos muy particular a su reino y, sin querer, les dio la bienvenida personalmente a los muertos a causa de sus hermanos. Un minuto después, escuchó cercano el aleteo de Hermes, que se aproximaba a una velocidad que hacía mucho no tenía.

Voló alrededor de Hades, que vestía un lujoso traje y encima una toga, todo de color negro, lo que resaltaba esa piel blanca y su cabello castaño oscuro. Aterrizó frente a él. Contempló esos intensos ojos verdes, esa barba de un par de días. Ese aire de misterio le parecía asombroso, pues sus finas facciones nunca se desarmonizaban con algún gesto inapropiado, sin importar lo que él le dijera.

—¡Tío bonito, qué alivio! Vengo con urgencia a transmitirle una petición directa de mi padre. Es un tema urgente y tiene que ver con un proyecto del que no sé si ya está enterado...

—¿Que si estoy enterado? —dijo irónico, con su grave voz, restando importancia a la situación—. Lo estoy, me temo que todos lo están, sobrino. Me sorprendería que incluso otros dioses menores no estuviesen enterados de todo este alboroto —le sonrió. Era uno de sus sobrinos predilectos, después de todo.

El heraldo no pudo evitar reír por esa afirmación y bajó el rostro intentando recuperar la seriedad. Le agradó ver en él esa sonrisa, y de alguna forma, sintió que la idea le simpatizaba. Esperó respetuosamente a que él le diera la palabra para informarle.

—Habla, pues, dime aquí y ahora: ¿Cuál es la petición de mi hermano, el rey de dioses? —ya se imaginaba a qué iba eso, no hacía falta ser un genio.

* * *

Zeus, ya sin accesorios y con la vestimenta desordenada y empapada, miró a su hermano con una expresión llena de concentración.

—¿Puedes regresar a los que se fueron al mar? Necesito esos cuerpos en buen estado —luego lanzó una mirada nerviosa a los sobrevivientes. Extendió las manos y se elevó en los aires, cerró los ojos y se concentró. Entonces, los mortales miraron al cielo y se quedaron inmóviles, como congelados.

Poseidón estaba tan preocupado como él. Lucía desaliñado; su ropa estaba rota y estaba mojado, con arena pegada. Sus ojos se pusieron azules, y extendió una mano hacia el mar. Sentía cómo su energía estaba cargada diez veces más de lo que ya estaba acostumbrado. Ordenó a sus súbditos, los animales marinos, sacar del océano los cuerpos de esos desdichados, separando los vivos de los muertos. Grupos con docenas de delfines, mantarrayas y tortugas llevaron a la orilla a los mortales. Al mismo tiempo, miles de cangrejos y caracoles de mar emergieron del agua como una estampida para trepar velozmente por el escenario y desmontarlo. Pasaban cargando los pedazos para llevárselos al mar, y se veían aquí y allá limpiando el desastre. Al fin, el viento se calmó, el cielo se despejó, y el mar se quedó en calma, a la espera del heraldo divino y la decisión de su hermano Hades.

* * *

—¡Oh! Pero qué pillos son los tres. Han matado admiradores durante su estancia en la tierra mortal. Eso no está bien. De hecho, está casi tan mal como simplemente trastornar el ciclo de la vida y la muerte y solicitar su pronta devolución solo porque Zeus lo quiere así para cumplir sus caprichos —se acercó a Hermes y le habló frente a frente, inclinándose un poco para quedar a su altura, poniendo énfasis en sus palabras—. Pero, obviamente, no me están pidiendo eso, ¿verdad? —sonrió de nuevo y le dio la espalda al alado heraldo—. No, tú no me pedirías violar mis antiquísimas reglas internas solo por un “pequeño accidente”, ¿cierto?

Hermes suspiró y volvió a mirarlo, sintiéndose un tanto cohibido de tenerlo tan cerca, pero se esforzó por mantenerse firme en la petición, intentó pensar rápido en algo que no irritara al rey de los muertos y se aventuró a hablar con calma.

—Puedo dar fe de la dedicación impecable y escrupulosa con la que cumples tu labor, y de cómo tomas tu trabajo con la más seria de las devociones. Debes saber que, tal como respeto a mi padre, te respeto a ti, porque participo de ambas labores. Sé que tú eres tan sabio y poderoso como tus hermanos, y que mereces ser alabado, y ellos así lo desean.

Mi padre pensó en ti en cuanto se vio en apuros, porque te ama como a su hermano y confía en que lo ayudarás. En esta época, irónicamente, los mortales adoran a la muerte. ¿No crees que haya una posibilidad?...

Hades no podía evitar pensar en esas últimas palabras del heraldo. ¿Quería ser conocido? Sí. ¿Deseaba ser amado por los mortales? Quizá. A diferencia de los olímpicos, él nunca fue un dios de luz. Nunca fue amado, siempre fue temido y evitado. En su momento lo disfrutó, pero no hubiera deseado lo contrario a cambio de faltar a su deber sagrado.

—Muchas de mis leyes ni siquiera dependen de mí... —le dio la espalda, concentrado en sus pensamientos.

Al escuchar esas palabras, Hermes percibió que el dios libraba una batalla interna para ceder a la petición, y aquello lo impulsó a dar el toque final. Hizo una ligera inclinación, similar a una súplica japonesa.

—Si existe siquiera una pequeña posibilidad de ayudarnos, serás el héroe de esta hazaña. Te suplico, una vez más, que hagas una excepción. Sabes que, si fuera al revés, mi padre lo haría por ti.

Hades deseaba, patéticamente, el afecto de sus hermanos. Deseaba ayudarlos. Deseaba hacer su sueño realidad recurriendo a su mutua complicidad.

—Hay... hay una forma. O eso creo... —murmuró al fin—. Estaríamos desafiando a los Hados, pero existe una posibilidad —se secó el sudor frío de la frente con lentitud.

—Si hay alguien que puede evadir la ley del inframundo, ese es el mismo rey del inframundo —agregó el heraldo, manteniendo aquella inclinación, mirando hacia el suelo con humildad.

Hades lo miró por sobre uno de sus hombros. Le halagó bastante aquella reverencia. Tras un pequeño suspiro, volteó de nuevo para mirarlo de frente.

El heraldo se incorporó lentamente y mantuvo su atención en él con los ojos llenos de esperanza, puso toda su atención en las que serían sus próximas palabras, intentando que la ansiedad no se apoderara de nuevo de sus tobillos.

—Puedo sentir el lento correr del tiempo en la realidad. Sé que mis hermanos hacen eso, pero debes ser todavía más veloz de lo que ya has sido —llevó su mirada verde hacia el Aqueronte con decisión.

Con el caduceo, Hermes se acomodó mejor el casco alado sobre la cabeza y le sonrió lleno de confianza ante la mención de su velocidad. Se sentía de maravilla y completamente capaz de romper sus propios récords ese día.

—Busca a Caronte. Condúcelo de vuelta y dale esto —le arrojó una bolsa de piel llena de esmeraldas de la más pura calidad, que el heraldo atrapó en el aire—. Supongo que ya sabes qué hacer. —Hades comenzó a alejarse, pero antes de internarse en las profundidades, agregó—: Te advierto que aún queda una tarea más, después de esta, si no queremos ser castigados por tal osadía. Todavía no hemos terminado.

—Considérelo hecho, tío bonito —aseguró mientras lo veía alejarse y, al analizar eso último, se sintió intrigado, ¿había dicho “castigados”?

* * *

“Yo te veré en la entrada de mi reino y llevaremos las almas de vuelta a sus cuerpos, cuerpos enteros. Espero que Zeus haya hecho eso bien.”

Sobrevoló a su tío con una ráfaga de viento que desordenó su cabello corto y ondulado— ¡Rápido y fácil! Dime, ¿qué más habremos de hacer, tío? —voló a su alrededor con entusiasmo, bailando un poco en el aire.

Hades sonrió, esperaba a la ribera del río y ya tenía seleccionadas las almas que iban a regresar— Vamos, Hermes, que el tiempo corre, aunque se perciba lento. Llevemos estas almas de vuelta a sus cuerpos y, al recobrar cada vida, te pediré una última misión, una última solicitud que habrá de protegernos a todos de la ira de los dioses más antiguos...

Hermes empuñó el caduceo. Sólo él podía guiar las almas de los muertos, por ser su divina encomienda. Sus pupilas resplandecieron en luz verde y esas almas se alinearon y siguieron a los dioses fuera del inframundo. Hades se detuvo en medio del mar y sacó su casco divino. El heraldo vio de reojo, con emoción contenida, el afamado casco, que pocas veces usaba su tío, pues casi nunca salía de su morada. Así se ocultó Hades a los ojos de todos los mortales, vivos y muertos, y de los inmortales, exceptuando a uno de sus hermanos.

Cuando estuvo listo, en compañía de Hermes, se aproximó a la orilla, y, por su poder divino, invariablemente las almas fueron atraídas hacia sus maltrechos cuerpos.

Zeus notó la presencia de su hermano desde mucho antes de tenerlo cerca, y descendió lentamente para recibirlo. Miró sobre su hombro. Era el único que podía verlo. Las pequeñas diosas, Nike y Fortuna, se asomaron entre sus ropas con admiración. Ellas también podían verlo por gracia del dios de dioses y suspiraron con admiración. ¡Ese dios era tan apuesto! Era todo un suceso que saliera del inframundo.

—Hades, hermano mío, no terminaré de agradecerte que hayas accedido a ayudarnos. Pide lo que quieras y lo tendrás —Zeus le sonrió con calidez.

—Sabes que mi vitalidad radica en el miedo de los mortales a lo desconocido, y es por eso que mi reino no ha decaído tanto como el tuyo. Sin embargo, en solidaridad, y por afecto a ustedes, respondo a tu solicitud a cambio de que cada mortal reciba en su boca una gota del río Lete. No pido nada más en compensación. Esta es la única forma de evadir la responsabilidad por faltar a mis leyes: borrar de la memoria de los mortales las muertes acontecidas. Por ningún motivo puede quedar algún mortal con recuerdos del inframundo. Los misterios del Hades me pertenecen sólo a mí, y no consiento compartirlos con quienes no están listos para recibirlos —entregó a su hermano una botella pequeña. Zeus apenas recibió el frasco, las pequeñas diosas se lo arrebataron para cumplir inmediatamente con la petición de Hades, suministrando la gota de agua a cada uno de los mortales en ágil vuelo, entre destellos de oro y cobre.

—Entiendo, hermano. Ellos recordarán el concierto y las proezas de lo que han atestiguado, pero sólo sabrán que un milagro divino les ha salvado de morir. Debemos agradecer a la piedad que, por esta treta, nos mostrarán los más antiguos, quienes están por

encima de nosotros, los tres grandes —dijo Zeus con grave seriedad. Poseidón se aproximó con alegría.

—¡Eres muy generoso, Hades, y no olvidaremos este favor! No quiero empalagarte, pero me alegra mucho escuchar al menos tu voz, aunque no pueda verte —dijo el rey del mar, que se detuvo junto a Hermes discretamente. Ambos compartieron una mirada sugerente antes de que el dios continuara—. ¿Por qué no nos acompañas?

Hermes voló y se sentó en los hombros de Poseidón para descansar un poco; el dios ni se inmutó.

—Me temo que no deseo tal exposición con los mortales, eso es cosa de ustedes. Les deseo suerte, victoria y gloria en esta misión. Que Gea contemple el renacer de los dioses antiguos gracias a la unión de nuestra hermandad. Pero antes... —Hades se plantó de frente a Zeus, mirándolo retador. Ganimedes se preocupó al sentir la tensión en el aire y se sujetó del antebrazo del dios de dioses para que lo tomara con calma, pero no dijo una palabra. El mayor de los hermanos puso su índice sobre el torso de Zeus con firmeza—. Lo digo en serio: que no haya más errores de este tipo en un futuro cercano. Evítenme la pena de negarles el favor y confiscar a mi sobrino.

Los tres hermanos se mantuvieron serios durante un momento y, de repente... estallaron en carcajadas. Hades tosió un poco; hacía siglos que no se reía así. Recuperó la seriedad y añadió:

—En fin. Me retiro, mas seguiré observando sus hazañas —luego de ello, su voz y energía divina se dispersaron en una sombra que se difuminó en la arena.

Y así, quienes yacían inertes en la tierra, nutridos por la gracia de Hades con los minerales y elementos del subsuelo que él rige, comenzaron a reanimarse y, desconcertados,

se ponían de pie. Al terminar de levantarse los antes muertos, los sobrevivientes volvieron del trance y pudieron verlos.

“¿Nos salvaron?”, “¿Realmente tienen poderes!”, “¿Son los dioses!”. Se oían cosas como esas entre el barullo de la gente.

Un hueco se fue formando en medio de la arena. Hermafrodita, que estaba cerca de ese sitio caminando descalza, notó un blanco resplandor e introdujo su mano en el pequeño hueco, y al sacar lo que había, era una pequeña diosa con cabellos de plata.

—¡Es Fama! ¡Es Fama!

ARETÉ: HIJO DEL DESIGNIO

Sus pies blancos se sumergían en la arena del desierto. El dios Dionisio sentía, por primera vez, verdadero temor hacia su padre Zeus. Huía de él desde hacía semanas; tenían que atravesar el desierto del Sahara para ocultarse de su ira, ya que su relación con su hermano Apolo estaba por dar un peligroso fruto.

Sus rodillas temblaron después de un par de pasos más, trastabilló y finalmente se sentó en medio de la arena: ya había caminado mucho.

Apolo se había detenido frente a él a ver el hermoso horizonte, calculando en voz baja cuánto llevaban recorrido hasta ahora, repasando mentalmente las coordenadas que los llevarían a Egipto. Lo miró en silencio por un momento. El dios de la medida se resguardaba bajo un par de mantos, uno blanco y otro café, que le cubrían hasta la cabeza. Llevaba también unas sandalias de cuero, con tiras bien atadas a las velludas pantorrillas que apenas si asomaban con esas ropas. En sus pupilas parecía reflejarse el color del firmamento: el azul de sus ojos era indescriptible, incluso para el rubio, que constantemente se veía asaltado por tal mirada.

Mientras estaba sentado allí, una ventisca de arena lo hizo cerrar los ojos y reír. El viento removía los cabellos largos que brillaban como chispas doradas al sol.

—¿Cómo es que te divierte estar en una situación así? Ya no puedes más —dijo Apolo.

—Te recuerdo que lo importante de esta aventura es que estoy a tu lado.

El rubio lo contempló con sus ojos dorados, y una sonrisa suave cruzó su rostro.

El dios de la medida no pudo evitar acariciar su tersa mejilla, y Dionisio suspiró con alivio al sentirlo.

—¿Sabes que más o menos así nació el reciente dios de los mortales? Sus padres tuvieron que recorrer un largo y penoso trayecto para llegar a Belén. Por suerte, no nos dirigimos allí. No quiero que nos comparen con María y José.

—No tienes ni un pelo de María, Dionisio —el pelirrojo le tendió la mano y ayudó al dios andrógino a ponerse de pie.

Éste sonrió resignado, arqueando una ceja y, tomando esa mano, decidió dejarse ayudar. Apolo se dio la media vuelta y ofreció así su espalda, indicando con este gesto que lo llevaría a cuestas. Dionisio se abrazó a su cuello, enredando sus piernas en su cintura. Apolo tomó sus muslos con las manos, y eso bastó para mantenerlo fijo allí. Comenzó a avanzar con el otro encima, sin mucho esfuerzo. Los pies se le hundían en la arena, lo que dificultaba la soltura de sus pasos, y fue entonces cuando lamentó más que nunca no poder utilizar sus dones de dios, porque, en el momento en que lo hicieran, serían detectados por su padre o por alguno de sus verdugos enviados.

Caminaron un tramo penoso hacia la ciudad de Siwa, que estaba al norte del Sáhara. Apolo conocía bien esas tierras desde hace muchos ayeres; por eso tenía buena orientación dentro de un desierto tan vasto. Además, recordaba bien la existencia de un oasis allí, si es que los mortales insensatos no habían acabado con eso también. En la actualidad, ya no se sabía lo que había y lo que no; el regazo de Gea, actualmente, era muy confuso para los dioses.

A lo lejos, Dionisio notó un destello: el reflejo del sol en algo que avanzaba en su dirección. Inhaló sin razonarlo y se tensó. Fue entonces cuando el mayor volteó a su alrededor por instinto. Ambos notaron una camioneta que se dirigía hacia ellos. Dionisio se bajó de la espalda ajena de un brinco y comenzó a agitar los brazos en el aire de forma desesperada. Tardó unos minutos en llegar hasta ellos el vehículo blanco de dos puertas, que se detuvo.

Dentro, un egipcio con turbante y ropas amarillas les abrió la puerta. Comenzó a hablarles en una lengua que no conocían. Ambos pusieron atención al tipo de lenguaje con el que se dirigía a ellos, y bastaron un par de oraciones para ir comprendiendo el sentido de su idioma.

—...Si no fuera porque tengo que visitar a mi familia en Siwa, ustedes estarían muertos. ¿Cómo es que intentaban cruzar por cuenta propia hasta allá? —el hombre echó una mirada en el retrovisor, mientras los observaba ascender al vehículo, esperando la respuesta de esos extranjeros.

—Nosotros venimos de mucho más lejos de lo que se imagina, buen hombre. Agradecemos su ayuda; algún designio divino lo ha traído hasta aquí.

Apolo habló con mucha propiedad en árabe, que era el idioma que acababan de dominar con solo comprender la lógica con la que manejaba las palabras el hablante nativo aquel.

Fue cuando el hombre los miró mejor. Si realmente llevaban un tiempo dentro del desierto, ¿por qué no se notaban afectados por el sol? Su piel blanca los delataba como europeos. Su mirada se detuvo a estudiar a Dionisio, a quien creyó una chica rubia. Su ropa era inaudita: solo un vestido blanco de un solo tirante, que le llegaba por encima de las rodillas, con un cinturón ancho dorado, y debajo de este, un borde discreto en su vientre que denotaba un embarazo. Ni siquiera llevaba zapatos, y sus pies estaban intactos.

El hombre no dijo nada más durante el trayecto. De tanto observar a Dionisio, resintió la mirada de su acompañante y fue intimidado. El pelirrojo miró directamente al retrovisor. Sus cabellos asomaban a la túnica que los cubría, y sus finas facciones masculinas eran tan perfectas que no parecía humano, incluso teniendo forma de uno.

Llegaron al lago frío de Siwa. El hombre había quedado de verse allí con su familia, pero no tuvo que darles explicación alguna. En cuanto el auto se detuvo, Dionisio había salido tan rápido que el humano apenas pudo notarlo, y tras él, por supuesto, fue el dios Apolo, que lo perseguía sin saber exactamente de qué locura iba a protegerlo. El rubio se quitó el ligero vestido que llevaba puesto y lo arrojó sobre su cabeza. Luego, saltó para dar un clavado hacia el agua. Su desnudo cuerpo, del color de la leche, relució un momento mientras se elevaba por los aires. Ahora, solo una trusa blanca impedía un deleite total de las miradas mortales de la gente que allí estaba... y la dejó embobada.

Se sumergió. El contraste frío con el intenso calor del desierto le hizo sentir un gran alivio. Tardó un momento en salir, ya que recorrió todo el lago nadando en sus profundidades, y emergió cerca de donde Apolo se sentó a esperarlo.

—¿Qué esperas?, ¿por qué no vienes aquí? —los cabellos húmedos se le pegaban al cuerpo y los largos mechones dorados flotaban en el agua.

—No venimos aquí de vacaciones, se supone que tenemos prisa —le tendió el vestido para que se lo pusiera—. Anda ya, vámonos de una vez antes de que este sea el último lago que disfrutes.

—¿A qué le temes? ¡Eres un dios! ¡Puedes disfrutar tanto como quieras!

El rubio suspiró, frunciendo el ceño, y salió del agua con una mirada de desdén. Apolo negoció con unas chicas turistas para que los ayudaran a llegar a la ciudad. No faltaba tanto: era un corto trayecto por el Sáhara y podrían, al fin, descansar en una cama y reordenar sus planes.

Llegaron antes de la caída del sol a las humildes tierras pobladas de Siwa. Sus construcciones eran modestas y la tecnología no había entrado de lleno allí, por lo que la nostalgia visual de sus casas y sus ruinas arqueológicas hizo que Dionisio recordara el pasado

con vividez. Mientras miraba por la ventanilla del auto, buscó con los ojos la dirección hacia donde, hace tanto tiempo, hubo un famoso oráculo al que el mismo Alejandro Magno fue a visitar para corroborar su origen divino como hijo de Zeus. Entonces miró a Apolo. Él podía ver los designios del futuro, pero siempre se mantenía tan silencioso en ese aspecto que se llegaba a olvidar de esa cualidad tan valiosa en él. ¿Sabría en qué iba a terminar aquella huida?

Pareció escuchar su pensamiento, porque sus miradas se cruzaron mientras caminaban al hostel más cercano. No necesitaban reservación; se adentraron tan rápido que incluso les dio tiempo de buscar una habitación vacía y colarse en ella. El rubio, al fin, pudo sentarse a descansar entre las sábanas limpias y frescas. Suspiró con satisfacción y se sostuvo el vientre bajo con ambas manos. Apolo se sentó a su lado y puso la mano sobre las suyas. En cuanto hizo eso, le resultó fácil imaginar que la ira del dios del rayo podía desatarse con todo su poder.

Dionisio se durmió. El pelirrojo se quedó haciendo guardia para asegurarse de que no los acechaba ningún peligro. Esa noche en el desierto parecía tranquila, pero Apolo sabía que Zeus ya les pisaba los talones. Por eso se habían metido desesperados al desierto: intentaba que les perdieran la pista. Una ventisca azotó las ventanas del cuarto, abriéndose de golpe. El pelirrojo extendió las manos en el aire y materializó su arco con una flecha que ardía en llamas. El fuego, que iluminaba su rostro en la oscuridad, hacía alusión a por qué se le consideró en su tiempo un dios tempestuoso.

Primero, escucharon un ligero aleteo del que solo otros dioses eran capaces de percatarse. Luego, Apolo vio a Hermes entrar en ágil vuelo a la habitación. Dionisio despertó de un brinco, y al ver que el arquero apuntaba, se arrojó a abrazarse a su espalda. El dios, pese a ello, sostenía con la misma firmeza la saeta de fuego.

—No lo ataques, por favor, es nuestro hermano. ¡Apolo, te lo suplico!

El pelirrojo no bajó la guardia, y sus pupilas brillaron como las de un animal en la noche mientras tiraba suavemente de la flecha. Tensaba la cuerda del arco con sus dedos, y con ello, los músculos de sus brazos se tensaron y resaltaron.

El delgado joven flotó frente a ellos. Sus excéntricas ropas relucían con la escasa luz de la luna: un traje de dos piezas verde esmeralda y una playera blanca de algodón; su característico casco de plata alado, del que sobresalían sus largos rizos oscuros, y sus sandalias ligeras que desentonaban evidentemente, pero era la única forma de tener libres sus tobillos alados.

El bajo aleteo fue todo lo que se escuchó en esa pausa. El de cabello azabache miró fijamente a ambos. La escena le hizo bajar las cejas con severidad. No pensó que Zeus llevara las cosas tan lejos y, precisamente por considerar su trato una injusticia, estaba allí de manera fortuita.

—Yo no soy el enviado a terminar con ustedes. Estoy aquí para advertirles del gran peligro que se avecina.

Hasta ese momento, Apolo bajó el arco, pero no lo soltaba, ya que sabía muy bien que ese dios podría engañarlos con facilidad si así lo quisiera.

—Habla.

—Atenea es quien viene en camino a encargarse de ustedes. He escuchado a nuestro padre acordar con ella esta misión. Conmigo tendrían oportunidad, pero ella es infalible y, además, no puede negarse a las órdenes de quien es el rey de las divinidades —el dios Hermes era protector de los viajeros y establecía los límites de los poblados; estaba allí para guiarles el camino restante—. Tienen que irse de aquí mañana mismo. Zeus siente que su trono está

siendo seriamente amenazado con el dios que está formándose en el vientre de Dionisio, eso seguro que ya lo saben: no se detendrá ante nada para atraparlos.

Apolo desapareció la flecha de fuego y le dio la espalda al heraldo divino mientras hablaba.

—Atenea no me asusta. Puedo enfrentarme a ella. No va a temblarme la mano al tener que defender lo que ahora es mío.

El rubio miró a Apolo, abriendo grandes los ojos con sorpresa. Después, se asomó sobre el hombro del mayor para hablar con el otro.

—¿Qué es lo que propones, Hermes?

—Sólo apelo a la medida, de la que nuestro hermano es divinidad. Que detenga ese espíritu guerrero de una buena vez. Todos sabemos bien que Palas Atenea no ganaría por fuerza, sino por estrategia. Aun ahora que mi padre la ha llamado de su letargo divino para esta misión, quizá no tenga mucha energía... pero no la necesita. Porque trae las sagradas armas de mi padre, y es así como podrá herirnos. Ningún arma mortal serviría para ello...

Antes de que pudieran decir algo más, una explosión voló el muro opuesto a la ventana. Dionisio fue arrojado contra Apolo y se abrazó a él con fuerza por mero instinto. Hermes miró a través del muro derribado y retrocedió en el aire, boquiabierto.

A través del polvo y los escombros, emergió una figura luminosa, erguida y serena como una estatua viviente. Atenea, vestida con su armadura de oro bruñido, caminó sobre los restos del muro con una gracia implacable. La égida resplandecía sobre su pecho, y de su lanza emanaba una energía que hacía vibrar el aire mismo.

Sus ojos, de un gris acerado, se clavaron primero en Hermes, quien bajó un par de metros en el aire, asumiendo una postura defensiva. Luego, su mirada pasó a Apolo y a Dionisio, a quienes evaluó con una frialdad casi dolorosa.

—No vine a parlamentar —anunció, su voz retumbando en las paredes agrietadas—. Vine a cumplir el mandato del Olimpo.

Apolo, con un movimiento rápido, invocó otra flecha de fuego entre sus dedos. Dionisio, tembloroso, se sostuvo a su espalda, murmurando ruegos apenas audibles.

—¡Ni un paso más, Atenea! —advirtió el arquero, su mirada centelleando de determinación.

Hermes agitó una mano en el aire, intentando interponerse.

—¡No! ¡No se enfrenten aquí! ¡Si luchan ahora, no tendrán oportunidad de escapar!

—¡Basta de juegos! —rugió la diosa de la sabiduría.

Con un fuerte empujón, Atenea arrojó a Hermes al suelo con el escudo en mano. Se lanzó sobre él, cayendo a horcajadas sobre su torso. Tomó la espada con ambas manos, dispuesta a herirlo gravemente. Apolo, sin pensar, apuntó al hombro de Atenea y disparó. La flecha la alcanzó: un quejido escapó de los labios de la diosa y su agarre sobre la espada vaciló. Hermes aprovechó para quitársela de encima y voló lejos de ella.

Tomó a Dionisio del brazo y continuó su vuelo. Apolo corrió tras ellos por tierra, pero sabía que Atenea era más veloz que todos. Miraba constantemente por sobre su hombro, temiendo el momento en que la diosa se sobrepusiera al dolor de la flecha.

Atenea se incorporó y vino detrás de ellos, enfurecida. Dionisio gritó e intentó soltarse de Hermes para correr a defender a su adorado Apolo. El heraldo lo sujetó con fuerza por la cintura, manteniéndolo contra su cuerpo a pesar de los forcejeos.

—¡Apolo! —gritó el andrógino, extendiendo una mano hacia él.

Apolo seguía corriendo, concentrado en protegerse, sin notar que ya casi llegaban a la costa. Fue entonces cuando la diosa, sujetándose el hombro con fuerza, logró alcanzarlo.

A un metro de distancia, materializó en su mano la lanza sagrada y la arrojó con furia. El arma resplandeció como estrella fugaz en la noche, brillando a la distancia.

La lanza hirió el costado del pelirrojo, que cayó de inmediato. Su túnica ondeó al viento. No llevaba camisa; la sangre divina comenzó a derramarse sobre la arena. Sólo vestía un pantalón de manta y sandalias. Su espalda desnuda fue lo único que alcanzó a ver Hermes al mirar por el rabillo del ojo.

Dionisio se debatió con más fuerza y logró soltarse. Cayó de lleno en la arena, sin sufrir daño a pesar de la altura. Se incorporó y corrió desesperado. Sacó la lanza del cuerpo de Apolo y lo volteó boca arriba. Lo vio respirar, agitado. Hermes llegó enseguida, tomó a su hermano herido del brazo.

—¡Voy a llevarlo a la costa, haz algo!

Dionisio asintió con decisión. De repente, sonrió como un maniaco. Su rostro perfecto se transformó en una expresión espantosa, reflejo puro de su deseo de venganza. Apretaba la lanza en su mano.

Atenea los alcanzó al instante. Tomó la espada que colgaba de su cintura y se preparaba para atacar, pero Dionisio se le adelantó. Arremetió contra ella con tal fuerza que ambas armas resonaron por todo el desierto. La diosa derrapó hacia atrás, clavando los pies en la arena para no caer.

Dionisio arrojó la lanza lejos y se cubrió la boca con el dorso de la mano. Hinchó el pecho y, al descubrirla, escupió un polvo dorado que alcanzó a la diosa. El polvo flotó, volviéndose humo fino que se introdujo por los poros de su piel.

Atenea se debatió, pero fue inútil. Frente a sus ojos se repetía una vez más el asesinato de Palas, su compañera, la que había dado origen a su nombre. Revivía ese instante terrible,

el momento del golpe mortal, el cuerpo que caía... La visión la hizo gritar llena de horror. Cayó de rodillas ante un cadáver que ya no estaba.

Cuando Dionisio se aseguró de que el hechizo surtía efecto, se dio la media vuelta y corrió. Sus pies surcaban la arena como el viento. El goteo de icor de Apolo marcaba el camino y le escocía el alma.

Vio a Hermes subir al pelirrojo a una pequeña embarcación y luego volar de nuevo hacia él. Lo tomó por la cintura y lo alzó del suelo para subirlo también.

En ese instante, la tierra tembló. Poseidón emergió con fuerza del mar, disparado entre las olas. Aterrizó con un estruendo sobre la embarcación. Vestía únicamente unos shorts de baño azul rey; sus cabellos largos y rizados, empapados, caían en cascadas sobre sus hombros anchos. Su cuerpo bronceado brillaba bajo la luz de la luna, como si fuera forjado en ámbar vivo.

—¿Cómo se atreven a surcar mis dominios sin pedirme permiso? —tronó, su voz reverberando sobre las aguas.

Enseguida notó que uno de sus sobrinos estaba herido, y sus ojos, como tormentas en calma tensa, se posaron en Hermes, exigiendo respuestas.

El heraldo, imperturbable, sonrió con astucia: estando en el mar, Atenea no tenía jurisdicción... pero él sí.

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¡Ayúdanos a huir de Atenea!

Al escuchar aquel nombre, Poseidón frunció el ceño, un rayo de hostilidad cruzando su semblante. ¿Zeus había despertado ya a esa mujer? Sin dudar, llevó una mano al dije de tridente que colgaba de su cuello. De un tirón, lo arrancó: el objeto se expandió en un resplandor cegador, hasta convertirse en un arma imponente. Lo empuñó con solemnidad.

No hizo falta palabra alguna: toda respuesta estaba ya dicha en el fulgor decidido de sus ojos celestes.

Aquel viaje se volvió leyenda. Jamás navío alguno se desplazó con tanta rapidez. La humanidad hablaría durante siglos del fenómeno inexplicable en que un pequeño barco pesquero cruzó sin percances desde las costas de Egipto hasta la India en apenas doce horas.

En cuanto a Apolo, también era el dios de la salud y la medicina, dones que no olvidó en medio del caos. Supo guiar a Dionisio para que cosiera su herida: era profunda, pero sanaría. Allí, en el desierto donde su dorada sangre cayó, creció un sendero de girasoles que guiaba hacia el mar. Y la aguja con la que fue cosido se convirtió en una reliquia sagrada.

El primer sitio donde sus nívicos pies tocaron tierra firme fue en la costa de Okha, en la India. Al instante, el lugar se colmó de corales dorados, nacidos de la dicha incontenible que sintieron al saberse fuera del alcance de la diosa... y del mismo Zeus. Hermes se retiró con el alma más tranquila y juró guardar silencio sobre su paradero. Aquella tierra era segura: se hallaban bajo la jurisdicción de los dioses hindúes, y los olímpicos hacía siglos que no intervenían en Oriente.

* * *

Y el momento llegó. Dionisio, dios del éxtasis, dio a luz a un hijo varón. Lo llamaron Areté, porque encarnaba el punto medio entre las oposiciones que ellos representaban: era la perfección misma.

El niño fue adorado desde su primer respiro, como merecía. Su infancia se llenó de travesuras irónicas y enseñanzas de sabiduría tan profunda, que no solo instruían a los mortales, sino también a sus propios padres. Fue entonces que Dionisio comprendió el verdadero temor de Zeus: Areté no necesitaba aprender. Aquel ser supremo solo aparentaba

ser un infante por la forma humana que lo contenía, pero en su esencia llevaba un conocimiento que ningún niño de su edad podría siquiera imaginar.

A los diez años, Apolo mandó llamar a Hermes a través de una musa para que se hiciera cargo del entrenamiento de su hijo. Ambos padres habían comprendido que el joven necesitaba una disciplina esmerada para aprender a defenderse de los enemigos y obstáculos que pudiera enfrentar en el futuro. Hermes, siempre escurridizo, lograba intercalar sus viajes con Poseidón con la educación de su pequeño sobrino.

Para enriquecer sus conocimientos teóricos y acercarlo al mundo actual, trajo consigo a su hija Hermafrodita, quien se convirtió de inmediato en una atracción irrefrenable para el joven dios, que no tardó en perseguirla a donde fuera. Apolo, dios de la medida, permitió todo sin intervenir, sin pronunciar palabra. No podía revelar ninguna de sus visiones como oráculo, pero en secreto, tenía ya trazado el destino de su hijo con minuciosa precisión.

La felicidad y el éxtasis con que vivían los dioses entre los indios, adorados por un rebaño cada vez más numeroso, solo aumentaban con el tiempo. Pero nada es para siempre, ni siquiera para los dioses. Apolo lo sabía. Y también sabía que el día de la confrontación se acercaba. Por eso comenzó a preparar mentalmente a Areté, para que se hiciera a la idea de lo que venía: una prueba mayor que cualquier otra.

Y fue justo en su cumpleaños número dieciocho cuando todo comenzó. Areté besó a Hermafrodita, quien quedó al instante profundamente enamorada. Sin embargo, el romance se vio interrumpido por una extraña señal: un hueco perfectamente redondo se abrió entre las nubes, y su presencia inquietó a toda la India. Muchos acudieron a elevar oraciones a los dioses y a hacer preguntas al oráculo del templo de Okha, buscando comprender el presagio.

Apolo había prohibido terminantemente a la sacerdotisa del templo que revelara cualquier visión relacionada con su hijo. Pero los fanáticos hindúes, al notar que el oráculo

callaba algo importante, se amotinaron y tomaron el lugar por la fuerza. Golpearon a la sacerdotisa hasta que, temiendo por su vida, gritó la verdad: dos dioses terribles venían en camino para ocuparse de Areté.

Y entonces, en lugar de asustarse, el pueblo hindú comprendió que había llegado el momento de poner a prueba al dios de la perfección. Juraron inmortalizar esa historia, y encargaron su redacción al mejor entre ellos. Por eso no podían huir, aunque quedarse allí fuera un acto temerario.

Del hueco entre las nubes descendió primero un dios corpulento y musculoso, de cabellos negros, con una armadura oscura como la noche. Empuñaba una espada de plata cubierta de sangre seca, y montaba un caballo negro como el abismo. Era Ares, el dios de la guerra funesta, cuyos ojos se posaron sobre el templo hindú-heleno con desprecio absoluto.

Tras él descendió, sobre un caballo blanco, Palas Atenea. Su rostro era severo, implacable. Ambos dioses aterrizaron con tal fuerza que la tierra se cimbró a sus pies.

Areté se encontraba en el templo, junto a Dionisio y Hermafrodita, atendiendo a los devotos cuando todo comenzó. El joven castaño alzó sus ojos turquesa hacia su padre, luego hacia la joven, y finalmente los dirigió hacia la entrada del templo.

—¿Ha llegado el día, padre?

Entonces, Ares irrumpió a galope dentro del sagrado recinto. Empuñaba su espada con ambas manos, y a su paso descabezaba esculturas, desgarraba pinturas y destrozaba objetos preciosos con furia desmedida.

—¡Es él! ¡Areté, protégenos! —exclamó Hermafrodita, aterrada. Su rostro palideció al ver al funesto dios.

Corrió junto con los fieles que huían despavoridos; no todos lograron escapar del filo o del caos. Aun así, ella guió a algunos a un refugio oculto dentro del templo. Abrió la puerta

con manos temblorosas, resguardando la entrada, y desde allí miró a Areté con miedo y una devoción que luchaba por no quebrarse.

Apenas descendieron los verdugos de Zeus, una tormenta eléctrica comenzó a azotar la ciudad de Okha. Haber expandido el helenismo a esos dominios resultó un arma de doble filo: otorgaba jurisdicción a todos los dioses, sin exclusividad para sus antiguos protectores.

Ares lanzó una daga directo hacia Hermafrodita.

Apolo, presto, se interpuso, desviando el arma con una copa de oro que encontró en su camino. Luego la tomó del hombro y la empujó dentro de la habitación.

—No salgas hasta que todo haya terminado —ordenó con gravedad, cerrando la puerta con premura.

Había advertido a Hermes lo indispensable: no debía intervenir, pues había visto en sus visiones que su hija sobreviviría. Cerró el puño en el aire, y en su mano se materializaron el divino arco, y una flecha de energía divina, ambos parecían hechos de luz. Disparó la flecha con precisión hacia Ares, que avanzaba con violencia hacia Dionisio. El dios de la guerra se movió rápido, y aunque la flecha le alcanzó el hombro, no lo detuvo. Soltó un quejido, rió con desprecio y lanzó una mirada envenenada al pelirrojo, mientras seguía hiriendo sin clemencia a cuantos encontraba.

Dionisio, con un gesto sutil, transformó a sus devotos en vides para protegerlos. Bastó una palmada en el aire para que su esencia los envolviera. Apenas hubo terminado el conjuro, el destello de la flecha de Apolo iluminó su rostro... y Ares ya estaba frente a él.

Apolo disparó de nuevo, desesperado. Pero Ares atrapó la flecha en el aire. Esta le quemó la palma, y el humo ascendió como un presagio oscuro. El dios soportó el dolor, giró el proyectil ardiente y lo devolvió con fuerza temible. Apolo apenas logró esquivarlo.

—¡Dion! ¡Apártate! ¡No, por favor! —gritó con el alma desgarrada al ver cómo su amado sacaba de entre sus ropas una máscara dorada.

Dionisio se la colocó, y al hacerlo, su cuerpo entero resplandeció con la luz de los antiguos misterios. Ares se lanzó desde el caballo, espada en mano. Dionisio, sin miedo, se volvió para enfrentarlo. En su mirada brillaba una decisión inquebrantable.

Con una mano golpeó el pecho del dios de la guerra, y su yelmo se agrietó hasta romperse como vidrio. Con la otra tocó el corcel, que se desintegró en el aire, disolviéndose en una lluvia sangrienta.

Pero no fue suficiente.

La espada de Ares atravesó su pecho.

Areté estaba inmóvil, enajenado por lo que contemplaba, tembló ante tal brutalidad: por primera vez en su vida se sintió aterrado. Un rayo cayó cerca del templo, haciendo cimbrar la tierra. El joven cayó de sentón, estremecido por el estruendo.

Dionisio extendió los brazos hacia el cielo... Se convirtió en vino, y éste visualmente conservó la forma de su cuerpo por unos instantes, y después se derramó en el suelo deslizándose hacia los pies de su hijo. Parte de su esencia se convirtió en vapor, que envolvió a su atacante y lo asfixió momentáneamente. Ares tosió sangre dorada, debilitado.

Areté, al verlo, sintió que el corazón se le rompía. Recordó las palabras de Apolo aquella mañana:

“Nadie puede ayudarte en este ascenso. Tu rebaño ya ha germinado, está consagrado y crece entre los mortales. Estás listo para ser el nuevo soberano del Olimpo.”

Tembloroso, se levantó como pudo. El vino fue absorbido por las plantas de sus pies, y un vértigo embriagador lo sacudió de pies a cabeza. Una descarga de pura adrenalina lo

recorrió: aún no sabía cómo se manifestarían sus poderes divinos, pero algo dentro de él había despertado. Era distinto. Era más.

De pronto, una gran lechuza cruzó en picada el templo devastado. Con sus garras aferró al joven y lo elevó por los aires. Lo transportó velozmente fuera del templo y, al llegar a la explanada trasera, lo soltó en pleno vuelo. Areté cayó de bruces al suelo abierto, jadeando, aturdido.

Atenea descendió de su corcel con calma ritual, como si el mundo no ardiera a su alrededor. Sus ojos eran gélidos y la espada de Zeus brillaba en su puño como una sentencia divina.

—¿Vas a enfrentarme, chiquillo tonto? —dijo con desdén, caminando hacia él con paso letal.

Desde el interior del templo, Apolo divisó el vuelo del ave sagrada. Apenas reconoció la silueta de su hijo en el aire, supo que estaba en peligro. Corrió entonces entre ruinas y cuerpos caídos, las lágrimas le ardían al deslizarse por sus mejillas. El dolor por Dionisio lo consumía: su amante eterno, arrebatado por la violencia sin sentido. Se sentía impotente, quebrado... pero no derrotado.

No mientras su hijo siguiera en pie.

Y allí estaba ella. Atenea. La estrategia implacable. La hija perfecta de Zeus. Avanzando con la espada en mano hacia Areté.

Y él, Apolo, no podía permitirlo.

Apolo alzó su arco divino, resplandeciente aún con la furia del sol. Su mirada se clavó en su hermana con determinación. No podía permitir que tocara a su hijo. No ahora. No después de lo que había perdido.

—Llegas tarde, hermano. Tu amado ya no podrá ayudarte —se burló Atenea con voz venenosa—. Y lo arrebató nuestro padre, a través de Ares. ¿Valió la pena tu traición?

Apolo contuvo el grito en su garganta. Sus dedos tensaron la cuerda, liberando dos flechas que Atenea esquivó con agilidad felina. Una tercera fue desviada con el filo de su espada. Entonces, en una maniobra veloz, la diosa arremetió contra él. Su espada cortó el aire y se estrelló con violencia contra el arco de Apolo. El crujido fue seco y definitivo: el arco divino se partió en dos.

Los ojos de Apolo ardieron de impotencia y dolor. Con un grito de rabia desenvainó su espada, una hoja forjada en la luz del mediodía, y se lanzó contra su hermana. Lo que siguió fue una danza brutal y hermosa, una batalla entre el sol y la estrategia, entre el arte y la guerra. El acero chocaba en un estruendo que hacía temblar las columnas del templo. Apolo atacaba con furia, y Atenea respondía con una precisión aterradora.

—Dionisio no fue más que una debilidad —escupió la diosa—. Lo sacrificaste todo por amor, y lo perdiste tan fácil. No eres un guerrero. Nunca lo fuiste.

El corazón de Apolo titubeó. La imagen de Dionisio siendo atravesado por la espada de Ares, nubló sus sentidos. Su guardia bajó apenas un instante... y fue suficiente.

Atenea giró con maestría, desarmó a su hermano con un golpe certero y, sin vacilar, le hundió la espada de Zeus en el vientre. De la herida brotaron potentes rayos de sol que iluminaron el templo como un nuevo amanecer. Atenea gritó, cegada por la intensidad del resplandor. Sus ojos se quemaron, y cayó de rodillas, llevándose las manos al rostro.

Apolo, mortalmente herido, cayó de espaldas. Su cuerpo comenzó a arder, pero no era fuego común: era la llama pura de la divinidad. Todo él se transformó en un incendio dorado. Una llamarada resplandeciente emergió de su pecho, se elevó como un nuevo sol naciente y avanzó con furia hacia Ares, que trastabillaba sin su montura, tambaleándose hacia

ellos. El fuego lo arrojó contra el suelo con violencia, luego se curvó como un escudo viviente y envolvió a Areté. Las llamas lo protegían como lo haría un padre... y como lo haría un amante que había entregado su alma por amor.

Ese fuego fue el que terminó de poseerlo.

Las llamas se introdujeron en él, lo recorrieron por dentro, fueron absorbidas por su cuerpo, que se iluminó con un resplandor divino. Entonces, en sus manos, comenzaron a materializarse dos chakrams: círculos de plata pulida, planos, del tamaño de sus palmas, con el centro hueco. Eran armas arrojadizas de origen indio, que el joven dios conocía bien gracias a sus estudios. Areté observó sus nuevas armas con asombro, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿De verdad se había quedado huérfano?

Areté permaneció tenso e inmóvil, con los chakrams brillando en sus manos. El resplandor de su cuerpo iluminaba el suelo ensangrentado a su alrededor. Podía sentir su propio palpitir en los oídos, pero, al concentrarse mejor, escuchó algo más: el eco de quienes le habían formado tal y como era —la risa de Dionisio en el gorjeo de las aves, la melodía de la lira de Apolo danzando en la luz, el aleteo de los tobillos alados de Hermes en los caminos del viento, la mirada amorosa de Hermafrodita reflejada en el inefable horizonte—.

Y, sin embargo, estaba solo.

Un sollozo tembloroso se escapó de su pecho. No era un sollozo de miedo, ni siquiera de tristeza pura: era la desbordante consciencia de todo lo que amaba y de todo lo que debía proteger, tanto afuera como adentro.

Cerró los ojos. El tiempo se detuvo. Se permitió sentirlo todo. Entonces, su esencia divina se expandió como una estrella que respira: raíces invisibles se tendieron bajo sus pies, un fulgor dorado floreció en su pecho, y su espíritu contempló el universo de su ser. Vio el dolor como el abismo del Tártaro, la pérdida como una grieta profunda... Y en medio de ello,

descubrió la fuerza cálida y sanadora que había germinado gracias a su propio amor y a quienes creyeron en él.

No era un guerrero de conquista; no era un dios de venganza. Era algo nuevo, algo que el Olimpo aún no había visto: un soberano que no dominaba por el miedo, sino por la bondad, la compasión y el autoconocimiento.

Apretó los chakrams en sus manos y lo entendió: era capaz de construir otro camino, uno más fértil, uno donde los sueños no fueran arrasados por la guerra, sino sembrados y cuidados.

Levantó la mirada lentamente, erguido como un joven roble que, tras resistir la tormenta, comienza a florecer. A su alrededor, la tierra vibró. Brotes verdes asomaron entre la sangre, y una brisa perfumada acarició su piel. La perfección de su postura, la serenidad en su mirada, el temblor vencido en sus dedos: todo en él anunciaba la llegada de una nueva era.

La voz grave de Apolo susurró, como un eco de su corazón:

“La luz verdadera no es la que ciega, hijo mío, sino la que guía.”

Luego escuchó a Hermes:

“Hay cosas que soy incapaz de enseñarte, Ari. Y que tendrás que vivir para entender.”

Areté secó sus lágrimas con el dorso de la mano. Ya no lloraba de dolor, sino de promesa. Al mirar su palma, vio una mancha dorada en lugar de agua. Icor.

La respiración de la tierra pareció acompasarse con la suya. Su energía divina fluyó por su piel como un manto de estrellas y hojas vivas. Al comprender y asimilar el dolor, se sintió más fuerte, más verdadero. Los colores que percibió al mirar a los dioses fueron distintos: más vivos, más nítidos, como si cada tono llevara dentro un latido.

Si debía derrotarlos para alcanzar su destino, así lo haría.

Estaba listo.

Todo a su alrededor se volvió más estrepitoso y radiante. Con el primer paso que dio hacia ellos, la tierra reverdeció bajo sus pies, como inclinándose ante su decisión.

Entonces vio a Ares incorporándose. El dios de la guerra se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano y, con un bramido de furia, volvió a cargar hacia él, espada en mano, dispuesto a terminar lo que había empezado.

—¡Funesto Ares! —proclamó Areté, con voz que vibraba como una lira bajo la tormenta—. ¡Decreto que toda maldición que condenó a Hermafrodita a la esterilidad y al oprobio queda hoy erradicada! ¡Su ser, pleno y perfecto, florecerá libre de tus cadenas!

Su voz era una tríada: hablaban en él sus padres y su propia alma. Era el eco de todos los que habían sido ultrajados.

Con un movimiento preciso, lanzó ambos chakrams. Las cuchillas giraron con velocidad letal, cruzando como destellos plateados y silbando al cortar el aire. Se clavaron en la frente de Ares con fuerza divina. El dios de la guerra apenas alcanzó a abrir los ojos de par en par antes de evaporarse en una nube densa de humo negro. Las cuchillas, fieles, regresaron a las manos de su amo.

Atenea, desde la distancia, sintió la derrota de su hermano. Apretó los dientes. Aún sin vista, percibía con claridad la energía de Areté, tan nueva, tan poderosa. Silbó y acudió pronto su caballo blanco, lo guió montando ágil y con instinto certero hacia él. Saltó de la montura en el último segundo, esquivó uno de los chakrams arrojados y, con un movimiento rápido, logró herir la mejilla del joven dios con la espada de Zeus.

Pero las llamas que lo rodeaban treparon por el metal como serpientes ígneas y quemaron la mano de la diosa, obligándola a soltar su arma. En ese instante, Areté tomó su

muñeca con fuerza y la atrajo de un tirón. Sin dudar, le clavó el chakram directamente en el vientre.

La cuchilla atravesó la armadura como si fuera de papel. Atenea jadeó, un sonido que fue mitad dolor, mitad incredulidad.

—Tú merecías esto, Palas Atenea —dijo Areté con voz firme—. Sé muy bien que no es la primera vez que atacas a mis padres... ni a Hermes.

—Zeus... Zeus terminará contigo —murmuró Atenea, la voz entrecortada por el esfuerzo. Una mueca de dolor cruzó su rostro y su respiración se volvió pesada—. Derrocarlo... alguna vez fue mi misión...

—No. Ahora es la mía. Ha llegado mi turno en el trono del Olimpo.

Areté hundió con decisión la cuchilla. La diosa entre dioses se deshizo en polvo de estrellas, que se dispersó con el aire como un suspiro cósmico.

En ese instante, las armas desaparecieron, las llamas se extinguieron. Areté aplaudió una vez, con solemnidad, y el eco de ese gesto se expandió por el templo como una orden sagrada. Sus devotos regresaron a la normalidad, incluso aquellos que habían cruzado las fronteras de la muerte. Se apresuró a buscar a Hermafrodita, la encontró ilesa, y la alzó en brazos con ternura.

Salió a paso firme del templo, mientras la tierra temblaba bajo sus pies. La energía divina ardía dentro de él como un fuego incontenible, creciendo, desbordándose. Ya no era el mismo. Era un dios.

Afuera, Pegaso —el hijo de Poseidón— los esperaba, radiante, con las alas extendidas.

Areté no vaciló. Sabía cuál era su destino.

Montaron el corcel alado, que ascendió con majestuosidad entre nubes iracundas. Al cruzar el umbral que el dios del rayo había dejado abierto para el regreso de sus hijos, el joven dios sintió que atravesaba también un plano astral. Finalmente distinguió los castillos flotantes entre las nubes y los caminos de mármol trazados con precisión a través del cielo.

Pegaso aterrizó frente al palacio del rey de los dioses.

Areté descendió despacio, con parsimonia. Miró a Hermafrodita, que seguía sobre el corcel, y le pareció más hermosa que nunca.

—Por favor, ten cuidado —susurró ella con dulzura, esbozando una sonrisa tenue.

—Espérame aquí... —dijo él, y comenzó a subir los peldaños blancos del palacio.

Si las cosas eran como en la tierra, la batalla no había terminado. Un chakram ya se materializaba en su mano, y el fuego divino lo envolvía de nuevo, junto con una embriaguez audaz que lo llenaba de propósito. Al entrar, vio de espaldas el trono de oro, imponente en el centro del recibidor. Lo rodeó con calma, buscando sin prisa el rostro de Zeus. Pero al llegar al frente... el trono estaba vacío.

Hizo un movimiento brusco con la mano y arrojó el chakram con fuerza. El arma se incrustó profundamente en el respaldo del trono. Areté suspiró, se dejó caer en el suelo en posición de loto y cerró los ojos para concentrarse.

Entonces lo sintió.

Presencias divinas se acercaban.

Al abrir los ojos, vio emerger desde el otro extremo del palacio irreal a sus padres. Caminaban juntos, resplandecientes como nunca antes los había visto. Tras ellos venía su abuelo, Zeus, que se detuvo en el umbral con semblante sereno. Ganímedes, a su lado, llenaba su copa de vino.

Ares y Atenea fueron los primeros en acercarse. Se detuvieron frente a su sobrino, los dioses bélicos resplandecían con una luz inmortal, y aunque no mostraban heridas, Areté entendió que sus formas mortales habían sido destruidas... pero no sus esencias. Esa era la verdad de los dioses, pues ellos no conocían la pena mortal.

Ambos inclinaron ligeramente la cabeza.

El joven no se inmutó. Se puso de pie con serenidad, dispuesto a escuchar.

—Te felicitamos por tu ferocidad en la batalla sobre Gea. Se requiere eso, y más, para ascender al trono —dijo Atenea con neutralidad, retirándose el casco y colocándose a Areté—. Yo respeto las decisiones de nuestro padre. Además, me requiere como tu nueva instructora. Tienes mucho que aprender, sobrino.

—¡Oh! ¡Es un honor escuchar esas palabras! —respondió Areté con sinceridad—. Jamás debí subestimar a la diosa de la sabiduría, y me disculpo por ello. De igual manera, tío Ares, me siento profundamente honrado, no tengo palabras...

Pero Ares lo interrumpió bruscamente.

—¡Basta de adulaciones! —gruñó con su habitual tono irritado—. Ahora te respetamos como una deidad más entre nosotros, pero no esperes que te hagamos caravanas innecesarias. —Le dirigió una breve mirada conciliadora antes de alejarse sin más.

Areté los vio retirarse con asombro. Aquel gesto tácito de subordinación le pareció tan poderoso como cualquier ceremonia. Apenas salía de su ensimismamiento cuando sintió la presencia de otros dos dioses que se acercaban con paso firme: Poseidón y Hermes.

El heraldo le entregó una copa de vino al joven Areté y, en un parpadeo, trajo otra copa extra que le ofreció a Poseidón con una sonrisa juguetona, acercándose aún más mientras mantenía la mirada fija en él. La tensión entre ambos dioses era palpable, una

electricidad que apenas podía ser disimulada. Aun así, Hermes se dirigió al castaño sin mirarlo, porque seguía sosteniéndole la mirada al rey del mar con descaro.

—¡Brindemos por este logro, Ari! —exclamó Hermes. Su voz, cargada de una picardía que no dejaba lugar a dudas, hizo sentir un tanto incómodo al aludido. Pero Areté respetaba profundamente a su tío, por lo que asintió, levantando ligeramente la copa. Hermes lo miró por fin, con ternura, al notar esa acción.

—¿Ya conocías a este gruñón de acá? —añadió con una sonrisa traviesa, señalando con un gesto descarado a Poseidón, quien, al oírlo, perdió por un momento su fachada solemne. Sus cejas se fruncieron con desconcierto mientras miraba a Hermes, que no parecía ni un poco intimidado.

—Mi señor, es un honor. El tío Hermes me ha hablado mucho sobre usted —farfulló Areté, un tanto nervioso por la energía que esos dos se traían.

Poseidón, con un tono bajo y gruñón, respondió con malicia y diversión:

—Ten más respeto a tu rey del mar, heraldo de quinta —sus palabras fueron ásperas, pero su actitud reveló mucho más. Sin previo aviso, lo tomó con firmeza por la cintura, tirando de él hacia su cuerpo con una fuerza inusitada. La proximidad se volvió abrumadora, y Hermes, sorprendido por la acción, apenas pudo reaccionar antes de que Poseidón lo besara con intensidad.

El beso fue ardiente, dominador, dejando a Hermes sin aliento, aunque también, quizás, ligeramente complacido por aquella lucha de poder que ambos mantenían. Cuando finalmente se separaron, la mirada de Poseidón brillaba con una mezcla de desafío y diversión.

Con un suspiro, se giró hacia Areté, y su expresión se suavizó, como si la presencia del joven trajera consigo una calma inesperada.

—No temas de nosotros. Somos tu familia —dijo con una sonrisa cálida, casi protectora, aunque su voz conservaba un dejo grave, como si aún saboreara lo que acababa de hacer—. Todo esto era parte de un plan que llevamos puliendo desde que supimos de tu concepción, pero no podíamos revelarlo o se iba a arruinar.

Hermes, aún algo desconcertado, no pudo evitar una sonrisa traviesa mientras recuperaba el equilibrio. Su respiración seguía acelerada. Se aclaró la garganta y añadió:

—Ahora, si nos disculpas, necesito comentar algo con Posy a solas. ¡Volveremos después de un breve mensaje! —agregó divertido, intentando disimular su sonrojo.

Areté negó levemente con la cabeza, y una sonrisa se fue dibujando en su rostro conforme avanzaba esa escena. Finalmente, soltó una risita y se llevó una mano a la sien, intentando ocultar su vergüenza. Era muy tímido, y Hermes era impredecible para él... pero le caía muy bien.

Hermes flotó con el aleteo habitual de sus tobillos y jaló a Poseidón del brazo para apartarlo, susurrándole un par de cosas al oído. El dios mayor le sonrió complacido y se inclinó para responderle algo inaudible, muy cerca del rostro del otro.

En ese espacio cargado de tensión y complicidad, las palabras que intercambiaban se volvieron solo un preludio de lo que estaba por venir, pues era evidente que estaban profundamente enamorados.

Pegaso acercó a Hermafrodita hasta la entrada y la depositó con gracia. Ella no podía pasar desapercibida: su vestimenta hindú tradicional, de un rojo intenso, capturaba todas las miradas. Buscó a Areté, y su rostro se iluminó apenas sintió la profundidad de esas pupilas color agua marina.

Pero la escena se vio bruscamente interrumpida por Dionisio, que irrumpió tropezando con pasos desiguales, la toga guinda deslizándose provocativamente por uno de sus hombros y una copa vacía que agitaba con alegría, como si aún estuviera llena de vino.

—¡Nuestro pequeño está listo, te lo dije! —exclamó con voz arrastrada, embriagado de emoción y alcohol. Sus ojos relucían con un fulgor travieso mientras se detenía frente a Apolo, llevándose una mano a los labios en un gesto teatral que rozaba la coquetería. Dio un par de pasos erráticos y estuvo a punto de caer, pero Apolo, con su habitual temple, lo sostuvo con una mezcla de resignación y ternura.

—Con cuidado, Dion... —murmuró, y aunque su tono fue contenido, hubo un leve temblor en su voz cuando los cuerpos se rozaron.

Dionisio se dejó abrazar más de la cuenta, apoyando el rostro contra el cuello de Apolo, aspirando su aroma con un suspiro satisfecho.

Areté, ya habituado a esa danza de contrastes entre sus padres, sonrió con afecto. Era una escena conocida: la embriaguez juguetona de uno y la serena firmeza del otro, entrelazadas en una intimidad que trascendía las palabras.

—Pá, no llores, por favor —dijo conmovido, y luego añadió con un suspiro—: Es por su guía que hoy estoy aquí.

Ganímedes añadió con cierto sarcasmo:

—Todo esto fue gracias a tu “inductiva” embriaguez constante, Diony.

El dios del vino soltó una risita al escuchar su comentario. Zeus, sin poder contener una sonrisa, rodó los ojos con fingido reproche y luego volvió la vista hacia su joven amante. Sus miradas se encontraron con una dulzura callada, como si compartieran un secreto antiguo. Fue entonces cuando las manos de ambos se buscaron casi sin pensarlo, entrelazándose con ternura.

—Estamos muy orgullosos —sentenció Apolo, mirando con intensidad a su hijo. Luego se hizo a un lado, aun sujetando a Dionisio, y con voz solemne anunció—: Vas a casarte con Hermafrodita... si es que Hermes así lo autoriza.

—¡Obvio! —irrumpió el heraldo con alegría, alzando su copa como si bendijera una unión sagrada—. ¡Yo autorizo, aplaudo y bendigo con *glitter* esta unión!

Luego guiñó un ojo a su hija y alzó un pulgar con una sonrisa desbordante. La sala estalló en una risa general, celebrando su irreverencia tan característica.

Hermafrodita quedó inmóvil por un instante, mirando primero a Apolo, luego a Hermes. Al comprender lo que ocurría, su rostro se iluminó de emoción. Con un sollozo de felicidad, la diosa queer corrió a los brazos de Areté y se abrazó a su cuello. Él dejó caer la copa, impactado por la ternura del momento, y la envolvió con fuerza entre sus brazos, mirando a los Olímpicos con devoción.

Entonces, Zeus se adelantó unos pasos y posó una mano sobre el hombro de Areté. Sus ojos, que parecían contener la enigmática eternidad, lo miraron con gravedad y ternura.

—Sabes por qué están aquí, ¿verdad? —murmuró con cierta reserva.

Areté asintió, sin apartar la mirada.

—Para restaurar nuestro poder y el helenismo.

—Exacto, muchacho —confirmó Zeus, con un leve gesto de aprobación—. Tu nacimiento no fue una casualidad. Eres el cruce de lo imposible, la armonía entre opuestos. Naciste con un poder que no se ha visto desde mi ascenso... Y aunque al principio no lo entendí, las Moiras me dijeron que tu llegada sería algo diferente y bueno para todos.

—¿Y los otros dioses? —preguntó Areté con cautela—. ¿Podré despertarlos?

—El motor inmóvil es propicio; sí —respondió Zeus—. El mundo moderno ha silenciado su culto... pero siguen ahí. Dormidos. Esperando una chispa. Tú. Y habrás de guiarte con sabiduría por los misterios, por el oráculo... por tu esencia divina.

Hubo un breve silencio. Zeus dejó escapar una sonrisa serena y miró a Hermafrodita con ternura.

—Descuida, linda. Sé que tu misión te fue revelada por mi hijo Apolo desde el momento en que te cruzaste con Areté. Ahora es tiempo de instaurar un flujo libre entre eso que tú encarnas...

—Lo que los mortales llaman “queer” —intervino ella, con orgullo.

—Así es. Los griegos lo intuyeron, pero no llegaron a hacerlo virtud —asintió Zeus, con una gravedad momentánea en la voz. Luego, curvó los labios con picardía y añadió— : Y si lo haces bien, te juro que nos ahorras siglos de discusiones en la cena familiar... Créeme, lo digo con conocimiento de causa.

Areté y Hermafrodita rieron con una mezcla de complicidad y alivio. El joven miró a su abuelo sin poder evitar sentirse profundamente conmovido.

—Así que esta era la prueba... ¡Les juro que daré lo mejor de mí para no defraudarlos! —dijo, y luego se volvió hacia Hermafrodita—. ¡Tú serás reina del Olimpo!

Proclamó, y alzó la mirada hacia Zeus.

—¡Dios de dioses, no subí aquí para destronarte! Vine buscando respuestas... y ahora, las tengo. Gracias.

Zeus, complacido por su honestidad, se irguió con una energía juvenil.

—¡Has pasado la prueba, Areté! ¡Al fin podré jubilarme! —gritó con alegría—. ¡Nos vamos de gira, muchachos!

Alzó su copa de oro y la estrelló festivamente contra las de Poseidón, Hermes y Ganímedes, que estallaron en carcajadas, mismas que retumbaron como trueno en el firmamento, y el eco de su alegría se mezcló con el canto del universo. Areté, con Hermafrodita de la mano, dio el primer paso hacia su reinado, sabiendo que el Olimpo, por fin, también podía ser un lugar para el amor libre. En lo alto del Olimpo se dibujó un hermoso arcoíris, que celebraba el inicio de una nueva historia.